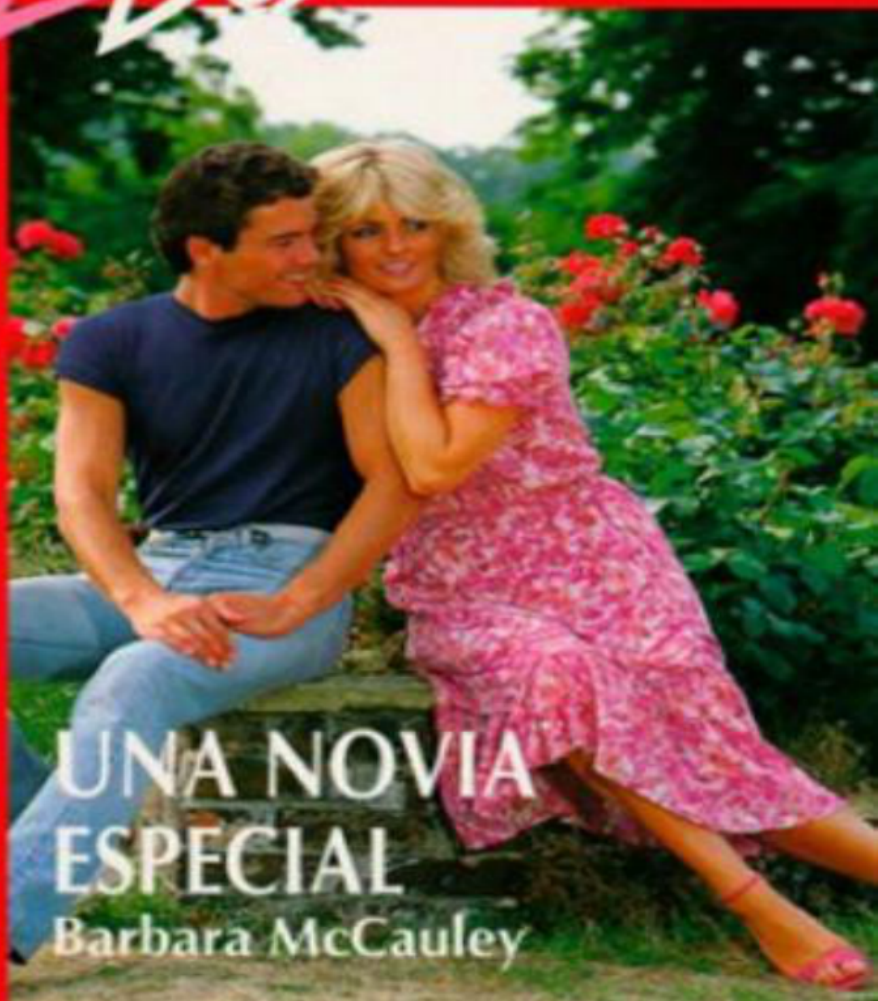




HARLEQUIN®

• Recrea el tiempo para ti™

*Y Deseo®*



UNA NOVIA  
ESPECIAL

Barbara McCauley

\$3.50 U.S.

*Una novia especial*

*Barbara McCauley*

*5° Multi. Convenientemente casados*

**Una novia especial (1998)**

**Título Original: Seduction of the Reluctant Bride (1998) Serie:**

**5° Multi. Convenientemente casados**

**Editorial: Harlequin Ibérica**

**Sello / Colección: Deseo Nº 818**

**Género: Contemporáneo**

**Protagonistas: Sam McCants y Faith Courtland**

# Argumento

*Sam McCants era un vaquero despreocupado y conquistador. Entonces, ¿por qué demonios aquel tejano de pura cepa se había dejado cazar por una novia de ciudad, aunque el trato fuera sólo por dos meses? En cuanto Faith Courtland dijo el «Sí, quiero», se largó a Lonesome Rock Mountain musitando algo sobre una herencia familiar. Y de no haber sido porque era demasiado sexy, Sam podría haber dejado que aquella cascarrabias se Barbara McCauley – Una novia especial – 5º Multi. Convenientemente casados largara a las montañas. Pero él quería su noche de bodas. Así que ensilló su caballo y partió al galope en busca de aquella taimada esposa necesitada de una buena seducción.*

# Capítulo 1

Digger Jones estaba muerto.

Nadie en el pueblo de Cactus Flat, Texas, podía creérselo, desde luego. ¿Quién habría pensado alguna vez que una inesperada tormenta podría llevarse al dueño de la vieja cafetería? Había trabajado en su mina del Cañón de Lonesome Rock más de cuarenta años y sobrevivido a huesos rotos, neumonía, mordeduras de serpiente y climatología que habrían inmovilizado a la ciudad de Nueva York. Digger Jones era demasiado terco para morir.

La tormenta había convertido el cañón en el que Digger había acampado en un río furioso que barrió todo a su paso. Los grupos de búsqueda sólo habían podido encontrar la mitad de una tienda de campaña y algunas ropas. Quizá hicieran falta meses para dar con un cuerpo en la devastación que dejó el río. Lo más probable es que jamás lo localizaran.

Pensando en ello, Sam McCants frunció el ceño ante el ataúd cubierto de rosas que reposaba sobre el altar. El estado no había dictaminado ninguna muerte oficial, y Sam había discutido con Hollis Fitcher, el dueño de la funeraria, ante lo absurdo que era poner un ataúd sin cadáver. No obstante, Hollis había insistido en que Digger había pagado por anticipado el paquete de lujo, que incluía el mejor féretro de roble.

Con o sin cuerpo, Digger recibiría aquello por lo que había pagado.

La organista, también incluida en el paquete de lujo, comenzó una viva interpretación de *Amazing Grace*, indicando así que el servicio comenzaría en unos minutos. Con la excepción de las dos últimas filas, todos los bancos de la pequeña iglesia estaban llenos. Digger podía haber sido un excéntrico y pendenciero propietario de cafetería y minero, pero el pueblo de Cactus Flat lo echaría mucho de menos.

Sam se situó en el primer banco junto a Jake Stone. Savannah, esposa de Jake, preciosa y esbelta después del nacimiento de su segundo hijo, le dio un beso en la mejilla. Él le hizo un guiño juguetón.

No importaba que Jake y Sam hubieran sido amigos íntimos casi toda su vida; el instinto y la famosa soltería de Sam hicieron que Jake pasara un brazo alrededor de los hombros de su esposa.

—Encuentra a tu propia mujer, McCants.

—Sam no tiene que buscarlas, querido. Ellas lo encuentran a él — Savannah apoyó una mano tranquilizadora en la de su marido y la apretó—. Matilda me contó que la semana pasada cuando Sam entró en el Hungry Bear prácticamente duplicó la ocupación... todas

mujeres. Dijo que casi hay una trifulca en su mesa cuando Pattie Wright intentó echar de su asiento a Marie Farrel.

—Pattie resbaló —Sam defendió a la bonita morena. Los pueblos eran una maldición para los hombres solteros. Cada movimiento que hacía, cada palabra que le decía a una mujer, cualquiera, era como gasolina en el fuego de los cotilleos. Y

siempre exagerados—. Sólo somos amigos, eso es todo.

—Y un hombre jamás tiene suficientes amigas, ¿verdad? —Jake movió las cejas.

Cuando Savannah lo miro con el ceño fruncido, se aclaró la garganta—. Nos han dicho que tú ibas a dar el panegírico.

Sam admiró el modo en que cambió de tema.

—Como Digger me dejó albacea de sus bienes, el reverendo Winslow creyó que podría pronunciar algunas palabras.

—¿Y cuáles son esos bienes? —los tres alzaron la vista cuando Jared, hermano de Jake, se acomodó en el banco de atrás. Saludó con un beso fraternal a Savannah—.

Aparte del oso disecado y de un juego de sartenes, Digger Jones ni siquiera tenía un reloj.

—Quería a ese oso —Sam le sonrió—. Estoy pensando en comprarlo y regalárselo a Annie y a ti para la entrada de esa casa que os estáis construyendo. Y hablando de tu preciosa mujer, dime si al fin te ha abandonado y tengo el camino despejado.

De haber sido otro hombre, Jared habría tenido que darle un puñetazo. Pero a Sam le sonrió de buen humor.

—El único camino despejado para llegar a Annie estos días sería la nacional 747. Le faltan dos semanas para dar a luz. Ah, aquí llega.

—Te he oído —Annie se sentó con cuidado junto a su marido, luego aceptó con indiferencia su beso de arrepentimiento—. Si no tuviera que abrirme paso a la fuerza a través de la larga cola de mujeres, quizá aceptara la oferta de Sam. Al menos él sabe cómo tratar a una dama.

La tercera de los hermanos Stone, Jessica Stone Grant, se sentó junto a Annie.

—Por supuesto que sabe cómo tratar a una dama. A todas. No mires, Sam, pero Carol Sue Gibson está sentada con Sarah Pearson y las dos te miran con ojos soñadores.

Dos mujeres estupendas, pensó Sam al girar la cabeza y sonreírles. Carol Sue cruzó las piernas, subiéndose la falda, y Sarah se pasó la lengua por los brillantes y rojos labios.

«Ah, es maravilloso estar vivo».

—Amigos, os lo repito, sólo somos amigos —afirmó con

indiferencia y se reclinó contra el banco.

Jessica, Annie y Savannah pusieron los ojos en blanco, mientras Jared y Jake intercambiaban muecas.

—Ten cuidado, corazón, un día una de tus «amigas» te va a hacer morder el polvo —Jessica susurró en su oído.

Jared y Jake sacudían la cabeza cuando Dylan, marido de Jessica, se sentó en el banco a su lado.

—¿Quieres explicarme por qué susurras en el oído de otro hombre antes o después de que lo machaque?

Jessica le dio un beso leve en los labios y luego le limpió una mancha de comida del bebé.

—Es Sam, cariño. ¿Dejaste a Daniel en casa de Josephine?

—En cuanto nuestro hijo vio que también estaban sus primos, fue como si yo fuera el cartero. ¿Ves lo que te espera, Sam? —Dylan pasó un brazo por el de su mujer y ella automáticamente se apoyó en él—. Alimento para bebés y niñas.

Sam notó que la mirada íntima que intercambiaron transmitía que en su matrimonio había mucho más.

—Eso forma parte del departamento de la familia Stone —indicó con la seguridad del soltero empedernido—. Predicadores y promesas no aparecen en el futuro de este chico.

La organista acentuó sus palabras con un acorde profundo y sostenido, lleno de premoniciones. Sam sintió que una sensación extraña le subía por la espalda, y se movió inquieto en el banco.

Entonces, tan súbitamente como la organista había intensificado la música, titubeó y perdió la nota. Los murmullos en la iglesia parecieron apagarse.

Sorprendido, Sam miró por encima del hombro. Todas las cabezas se volvieron hacia la entrada.

Una mujer joven se hallaba en las sombras del vestíbulo, con el sol a la espalda reflejándose en su cabello dorado, que le llegaba hasta los hombros. Iba de negro, con un traje de chaqueta cruzada que acentuaba su estrecha cintura y revelaba unas piernas largas, muy largas, enfundadas en medias de seda negras y zapatos de tacones altos. Un bolso pequeño le colgaba al hombro de una cadena dorada, pegado a la curva de su esbelta cadera. Estaba quieta, con la vista impertérrita clavada en el ataúd; luego miró alrededor de la iglesia.

Todos los hombres se enderezaron, las mujeres se pusieron rígidas. Sam, sencillamente, no podía respirar.

Era una desconocida, no cabía ninguna duda. Sam había vivido en su rancho del condado de Stone Creek, en las afueras de Cactus Flat, toda su vida. Conocía a todo el mundo, tanto allí como en los

condados vecinos. Esa mujer no era de los alrededores. Era de la ciudad, con C mayúscula.

¿Qué demonios hacía en el funeral de Digger Jones?

—Santo cielo —musitó Jessica.

Esa no era exactamente la primera palabra que pensó Sam. Luego le vino a la mente elegante, sofisticada, cosmopolita, intocable. La observó estudiar los bancos a través de pestañas tupidas, y se preguntó de qué color serían sus ojos. Le sorprendió lo mucho que deseó saberlo.

La organista volvió a encontrar el ritmo y el reverendo Winslow, quien también se había detenido para mirar con curiosidad a la extraña, ocupó su sitio en el pulpito.

La mujer se dirigió al último banco y se sentó, la espalda recta, la mirada fija centrada sólo en el reverendo. La música paró, y los demás, a regañadientes, se acomodaron y giraron la cabeza para mirar al frente.

El reverendo irguió los hombros y lanzó una mirada larga y dominante sobre el recinto, deteniéndose un instante en el último banco. Sam sonrió al imaginar al devoto reverendo atrapado bajo el hechizo de la rubia desconocida, pero incluso los hombres con hábito tenían derecho a las fantasías, ¿no?

Y esa mujer era la viva encarnación de las fantasías masculinas. Podría haber jurado que por debajo de la chaqueta vio sobresalir un encaje. Encaje negro contra una piel blanca y sedosa. ¿Qué hombre no se preguntaría qué había debajo de esa fachada fría, si esas medias negras hacían todo el recorrido por esas piernas largas hasta la cintura estrecha, o si únicamente llegaban hasta los muslos, unos muslos que...?

Jake le dio un codazo.

—¿Eh?

Fue la respuesta más inteligente que pudo dar al despertar de su ensoñación.

Jake le indicó el pulpito. El reverendo Winslow ya lo había presentado y lo miraba con ojos reprobadores. Maldición. Se levantó, se alisó la chaqueta y se dirigió al pulpito.

Joseph Alexander Courtland III había instruido a su única hija a temprana edad sobre la importancia de la emoción disciplinada. Faith le estuvo muy agradecida por ello, en especial en ese momento.

Había visto cómo todas las cabezas giraban cuando entró en la iglesia. Sintió sus miradas curiosas y cautelosas. No había que confiar en los desconocidos, lo entendía. Pero muy a menudo tampoco en los amigos ni en la familia, pensó.

El clérigo, enfundado en una túnica negra, tenía escaso pelo castaño y lucía unas gafas redondas y de metal. Su voz solemne le dio la bienvenida a todos, después la miró y se presentó como el reverendo Winslow. Como era evidente que todos los asistentes lo conocían, Faith comprendió con aprensión que le estaba hablando a ella. Resistió el impulso de encogerse y le devolvió la mirada, fingiendo que no se daba cuenta de que varias cabezas habían girado discretamente hacia ella.

El hombre citó varios salmos, habló brevemente sobre la trágica pérdida de Francis Elijah Montgomery, más conocido como Digger Jones, y llamó a uno de los amigos de Digger para que hablara. Faith se quedó paralizada cuando lo presentó.

Sam McCants.

El hombre al que había ido a ver se levantó. Había esperado a alguien mayor.

Digger tenía setenta y dos años al morir. Faith había dado por hecho que había nombrado albacea de sus bienes a alguien más próximo a él en edad, a un amigo de toda la vida. Ese hombre no podía tener más de treinta y cuatro o treinta y cinco años.

Era bastante alto, pensó al verlo dirigirse con paso elástico al pulpito. Quizá midiera un metro noventa. Su tupido pelo ondulado rozaba el cuello de la camisa blanca y era casi tan negro como el traje que lucía. Faith notó con interés que el traje encajaba como un guante sobre sus anchos hombros y estrecha cintura. Desvió la vista justo debajo de ésta y sintió curiosidad, preguntándose si la chaqueta cubría una espalda tan bien formada como su cuerpo musculoso.

Ese pensamiento impropio pilló a Faith completamente por sorpresa. Frunció el ceño, se irguió y controló su curiosidad desbocada. Había ido a hacer un trabajo, se recordó. Cuanto antes lo terminara, antes regresaría a Boston. Era imperativo que no se distrajera.

Cuando el hombre se volvió y la miró directamente a los ojos, su concentración se tambaleó.

El rostro encajaba con el cuerpo: ojos oscuros e intensos; rasgos fuertes y masculinos; una mandíbula por la que las agencias de publicidad pagaban mucho dinero. Sólo cuando él apartó la vista Faith se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

—Digger Jones —empezó con voz profunda y vibrante— era el hombre más irascible, avieso, pendenciero y terco que jamás he conocido en mi vida.

Casi suelta una exclamación. ¿Cómo podía decir eso después de que hubiera perdido la vida de forma trágica? Asombrada, Faith miró



alrededor. Todo el mundo asentía.

—Y nadie —continuó Sam—, nadie, lo quería más que yo.

Hubo sonrisas. Algunas de las señoras se secaron los ojos. Aliviada, Faith se apoyó en el respaldo. Cualquier resentimiento o agravio que tuviera el señor McCants, o el pueblo, con Digger Jones podría complicar el trabajo que había ido a realizar.

—Muchos de vosotros —dijo Sam, acercándose al ataúd— probablemente estáis pensando lo mismo que yo... que la tapa del ataúd se abrirá en cualquier momento, y que Digger se pondrá a divagar y a mascullar, queriendo saber a qué viene tanto alboroto y por qué Matilda no está haciendo hamburguesas y patatas a la hora del almuerzo.

Hubo risitas por toda la iglesia y una rubia platino se limpió la nariz con estridencia en la segunda fila. Matilda, supuso Faith.

—Pero todos sabemos —prosiguió— que este ataúd está vacío. Digger sigue en las montañas, en los cañones que tanto amó, donde trabajó toda su vida. Algunas personas quizá lo consideraron un necio, loco incluso, por dedicar su vida a buscar una mina de plata. Pero yo lo admiré. Su tenacidad, su determinación, su sueño.

Cuando Sam alzó la vista al cielo, estallaron carcajadas y Faith apretó con fuerza los labios. Sólo había asistido a otros dos funerales en su vida, el primero cuatro años atrás, cuando contaba veintidós años. Randolph Hollingsworth, el fundador de la Asociación Empresarial de Boston, había fallecido a los ochenta y cuatro años. La dignidad y la formalidad habían sido protocolo para el anciano caballero. Incluso cuando el peluquín de Russell Matthews cayó directamente sobre el regazo de la viuda de Hollingsworth, nadie rió.

Y luego tuvo lugar el segundo funeral, apenas hacía seis meses.

El de su padre.

En él tampoco se escucharon risas. El servicio en honor de Joseph Alexander Courtland III había sido solemne, y la recepción posterior sosegada y reservada.

Como el mismo fallecido.

—Sólo tenía diez años la primera vez que Digger me llevó a las montañas a buscar plata con él —prosiguió Sam, y Faith volvió a concentrar su atención—. Sabía que iba a volver a casa siendo rico, con pepitas de plata abultando mis bolsillos —hizo una pausa y sonrió en dirección del féretro—. Volví con el trasero dolorido después de cuatro días de montar a caballo y con más ampollas en las manos que dientes tiene Pete Johnson.

La gente volvió a reír, y un hombre larguirucho con un traje pequeño se levantó, quitándose el sombrero mientras sonreía a todo el

mundo con gesto reminiscente de una marmota.

—Pero la decepción de un muchacho joven —dijo Sam en voz baja — se convirtió en la realización de un hombre. Comprendí que había vuelto a casa de aquel viaje siendo rico, que llevaba conmigo mucho más que lo que puede comprar cualquier riqueza material. Digger me enseñó a ser perseverante, a no abandonar nunca lo que más valoro, sin importar el precio. A valorar a nuestras familias, nuestros objetivos, nuestros sueños —tocó el ataúd en un tierno gesto de despedida

—. Adiós, Digger Jones. Puede que no encontraras tu tesoro, pero fuiste uno de los hombres más ricos que jamás he tenido el placer y el honor de conocer.

La organista empezó a tocar cuando Sam regresó a su asiento. Faith se esforzó por contener las lágrimas que amenazaban con caer. ¿Qué le pasaba? No tenía ningún motivo para llorar. Estaba cansada del viaje, bajo una tremenda presión, nerviosa por tener que conocer al señor McCants.

¿Y qué pasaba si el panegírico había sido conmovedor? ¿Y qué si Digger había producido tanto impacto en las vidas de esa gente? Nada de eso tenía algo que ver con ella ni con el motivo de su presencia allí. Era Faith Alexis Courtland, hija de Joseph Alexander Courtland III y de Colleen Jane Buchanan. No lloraba en los funerales y bajo ningún concepto reía en ellos.

Uno a uno, los presentes pasaron ante el ataúd, los hombres llevando el sombrero en la mano y las mujeres secándose los ojos. Faith permaneció donde estaba, ignorando las miradas curiosas de la gente a medida que salía de la iglesia.

Para mantener los ojos apartados y las manos ocupadas, hurgó en su bolso en busca de un pañuelo. No tenía ganas de hablar con nadie, y aguardó hasta que la iglesia quedó casi vacía antes de volver a guardar el pañuelo. Respiraría hondo varias veces y estaría bien. En control. Sosegada.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Giró la cabeza y vio los ojos oscuros de Sam McCants. Se levantó demasiado deprisa, y el bolso se le cayó de los dedos, aún sin cerrar. El contenido se deslizó por el desgastado pero brillante suelo de roble.

Estupendo... estupendo, gimió mentalmente. Una primera impresión fantástica.

Sam notó que sus ojos eran de un azul pálido. Se dio cuenta de que la había sobresaltado, y durante un instante, justo antes de que enderezara los hombros y alzara esa preciosa barbilla, había visto algo en ellos que contradecía su imagen exterior de indiferente

sofisticación. Una angustia más profunda que el bolso caído.

Se agachó para ayudarla, pero se movieron al mismo tiempo y sólo consiguieron tropezar. El contacto, aunque fugaz, invocó una imagen de cuerpos encendidos. El súbito rubor en sus mejillas le encantó. Captó su fragancia. Cara.

Exótica.

Ella retrocedió, con los ojos cerrados.

—Perdón.

Su formalidad lo divirtió y lo intrigó. La observó agacharse con modestia y recoger una cartera fina, un cepillo del tamaño de la palma de la mano y unas llaves con la insignia de un coche de alquiler. Disfrutó de los centímetros adicionales de sus piernas cuando alargó la mano para levantar un rotulador dorado.

—¿Le importa?

Señaló el estuche del lápiz de labios que había rodado hasta quedar entre sus pies. Lo recogió y miró la etiqueta mientras se lo pasaba.

—«Rubor Pasional» —leyó en voz alta—. Muy bonito.

Guardó el tubo plateado en el bolso, lo cerró y se pasó la cadena dorada al hombro mientras se levantaba.

—Faith Courtland, señor McCants.

Él bajó la vista a la mano extendida. Su voz era tan rígida como los cuellos almidonados que su madre le había hecho llevar los domingos cuando era niño.

—Aquí en Cactus Flat somos sencillos, Faith. ¿Por qué no me llamas simplemente Sam?

Ella asintió y sonrió con titubeos.

—Sam.

Tenía los dedos largos y suaves. Cálidos. Sin anillos. Mantuvo su mano más tiempo del que debería.

—No te había visto antes, Faith —la recordaría—. ¿Eres amiga de Digger?

—¿Digger? —repitió ella. Se aclaró la garganta y luego liberó la mano—. Oh, sí, desde luego, el señor Montgomery. No, no soy una amiga. En realidad, señor McCants, quiero decir, Sam, he venido a verte.

Necesitó unos momentos para asimilar sus palabras. De todo lo que podría haber esperado que dijera, eso era lo último.

—¿Has venido a verme a mí?

—Tú eres el hombre al que el señor Montgomery nombró albacea de sus bienes,

¿verdad? ¿El dueño del rancho Círculo B en el condado de Stone

Creek?

¿Cómo lo sabía? ¿Y por qué no dejaba de mencionar al señor Montgomery?

Digger tenía tendencia a golpear a todo aquel que lo llamara por su nombre verdadero.

—Sí —respondió despacio—. Digger me nombró su albacea. Pero dudo de que te interese un oso disecado o un juego de sartenes.

—¿Perdón?

—Olvídalo. He de asistir a una recepción en el hotel. Será un placer que me acompañes, pero primero por qué no aclaramos el motivo por el que has venido a verme.

—Sí, por supuesto —carraspeó—. Señor McCants... Sam... me gustaría informarte que yo... que en Elijah Jane Corporation estamos muy ansiosos por solucionar contigo la cuestión de los bienes del señor Mont... de Digger.

—¿Elijah Jane Corporation? ¿La cadena de restaurantes? —Sam frunció el ceño

—. ¿Por qué estarían interesados en Digger? ¿Y de qué bienes me estás hablando?

Digger dirigía una pequeña cafetería, en un local alquilado, y vivía en un cuarto diminuto en el hotel. Tenía una vieja camioneta, al menos hasta hace seis meses, cuando Andy, de la gasolinera, le dio los últimos ritos. Esos, aparte del oso disecado y de las sartenes que ya he mencionado, son los bienes de Digger.

—¿Quieres decir que no lo sabes? —abrió mucho sus increíbles ojos azules.

—¿Saber qué? —su asombrada pregunta, una especie de susurro ronco, lo recorrió como dedos sedosos.

Ella ya había recuperado la compostura, tenía el rostro controlado y la voz firme.

—Señor McCants, Francis Elijah Montgomery, conocido para ti como Digger Jones, era el único propietario de Elijah Jane Corporation, una compañía con unas ventas brutas de más de doscientos millones de dólares y unos beneficios netos de aproximadamente veinte millones de dólares.

## Capítulo 2

Faith observó la expresión en blanco de Sam al mirarla fijamente. Sus ojos, llenos de impaciencia apenas un momento antes, se veían vacíos de toda emoción.

Entonces se echó a reír. Fue un ataque de hilaridad. Sentado en el banco, sacudía la cabeza, y el ruido reverberó en la iglesia ya vacía.

Faith no supo cómo responder. Había negociado tratos de millones de dólares con los clientes más duros de Boston y Colorado, calmado a toda una sala de accionistas exaltados, solucionado disputas entre empleados y la dirección. Esas eran cosas cotidianas de su trabajo. Le encantaban y se crecía en el orden y el control que imponía. Sin embargo, en ese momento no daba la impresión de poder manejar a un sólo vaquero.

¿Por qué ese hombre desnivelaba su equilibrio?

No era por su atractivo. No era el tipo de mujer que se dejara influir por una cara bonita. Sam McCants podía tener los ojos más oscuros y extraordinarios que hubiera visto jamás, y quizá irradiara un aura de abierta sexualidad que nunca había encontrado. Pero a ella eso no le afectaba.

—Veinte... millones... de dólares —logró decir entre hipo—. Oh, preciosa, eso fue estupendo. Eres buena, lo reconozco. Casi me lo trago.

¿Casi se lo traga? ¿Todavía no le creía? Exasperada, se echó el pelo detrás de la oreja y se irguió.

—Señor McCants, deje que le asegure...

Faith soltó un chillido cuando Sam le asió la mano y la hizo sentarse a su lado.

—Cariño, te dejaré que me hagas lo que te apetezca. Pero dime, ¿fue Jared o Jake? Los dos, ¿verdad? No sé dónde te encontraron, pero eres estupenda. Maldición, los chicos son buenos.

Todo salía mal. Cada frase ensayada se había ido al infierno. No tenía ni idea de qué hablaba ese hombre, y cuando de repente pegó su pecho al suyo, empujándola contra el banco, le resultó difícil pensar.

Sintió que el calor de su cuerpo atravesaba la chaqueta de seda y se deslizaba por toda su piel. Su boca flotó apenas a unos centímetros de la suya, y sus ojos sensuales mostraban diversión y deseo.

—Señor McCants, Sam, por favor.

Su aliento le acarició la oreja, luego la mejilla.

—Me encanta cómo dices por favor —susurró con voz ronca—. Dilo de nuevo.

Estuvo a punto de hacerlo, pero se contuvo, apoyó una mano en su

pecho y lo apartó. Con el corazón frenético, se incorporó con piernas temblorosas y se alisó la chaqueta.

—No conozco a nadie llamado Jared o Jake —afirmó, avergonzada de que la voz se le quebrara—. Y nadie me encontró, como tan toscamente has dicho. Estoy aquí en calidad de vicepresidenta de Elijah Jane Corporation y, lo creas o no, Digger Jones es, era, el dueño de la compañía.

Le tembló el pulso cuando extrajo del bolso una tarjeta de visita. Sam no le quitó la vista de encima al aceptarla.

—Elijah Jane Corporation —leyó en voz alta—. Boston, Massachusetts. Faith Alexis Courtland, Vicepresidenta —volvió a mirarla—. Entonces, ¿Los hermanos Stone no te contrataron para que me engancharas?

—El funeral de un hombre no es el momento más adecuado para «enganchar» a alguien, señor McCants. Elijah Jane Corporation está abatida por el trágico accidente del señor Montgomery.

Hablaba en serio, comprendió, observando la expresión de firmeza en esos ojos bonitos. Sam supo que había un error, desde luego. Algún extraño giro del destino había mezclado misteriosamente a Digger Jones, de Cactus Flat, con algún otro tipo que, por alguna peculiar coincidencia, tenía el mismo nombre, Francis Elijah Montgomery.

Pero, extraño o no, ¿quién podía cuestionar el destino? Ella no tardaría en averiguar que tenía al hombre equivocado. Esperaba que no fuera muy pronto. Esa época del año era tediosa en el rancho. Un poco de distracción, en especial con una mujer de ojos insondables y curvas tentadoras, sería más que bienvenida.

Faith cerró el bolso y se echó su bien cortado pelo hacia atrás.

—En caso de que no hayas oído hablar de nosotros, tenemos cincuenta restaurantes por todo el país, además de una línea de alimentos congelados que se vende en la mayoría de las tiendas y supermercados. Somos famosos por nuestros chuletones y costillas —expuso con orgullo.

Sam podría haberle mencionado que tenía un congelador lleno de los platos preparados de Elijah Jane para las noches en que Gazella, su casera, tenía libre, pero como había recuperado su tono de voz frío, no pensaba darle esa satisfacción. Y se preguntó qué diría si le contara que era él quien suministraba, a través de un distribuidor, esos chuletones por los que eran tan conocidos los restaurantes de Elijah Jane.

Se guardó la tarjeta, apoyó los brazos sobre el respaldo del banco y la miró.

Maldita sea, esa mujer entraba fácil por los ojos... y era dura para

las hormonas.

—Creo que en una o dos ocasiones os he oído mencionar.

Faith tuvo la certeza de que se divertía con ella. Pero a pesar de sí misma, y de lo mucho que quería indignarse, le resultó fascinante ese destello de humor y, para su consternación, muy atractivo.

—Señor McCants... Sam... —comenzó, aclarándose la garganta— ... el señor Montgomery, Digger, siempre ha sido bastante solitario, un propietario misterioso que prefería estar en la sombra y dejar que sus cuidadosamente seleccionados empleados llevaran la empresa. Lo único que exigía era que sirviéramos alimentos de la máxima calidad, el mejor servicio y detallados informes semanales.

La observó un rato largo, con una mezcla de interés e incredulidad. Ella resistió el impulso de apartar la vista de su penetrante escrutinio.

—Me estás diciendo —repuso al final— que nunca has conocido a tu jefe. Que nunca lo has visto.

—Así es —afirmó después de mirar el féretro vacío y comprender con un encogimiento del corazón que jamás llegaría a conocerlo.

—¿Cómo os comunicabais?

—Había un apartado de correos en Midland, pero el grueso pasaba por ordenador y fax.

—¿Ordenador? ¿Fax? —Sam soltó una carcajada—. Digger ni siquiera tenía una caja registradora en su cafetería. Decía que eran complicadas. Lo siento, cariño, pero te has equivocado de hombre. Deberías haber llamado primero, así te habrías ahorrado un viaje inútil.

Faith soltó su irritación y luego respiró hondo para calmarse.

—El señor Montgomery sólo dejó tu nombre y dirección, con instrucciones para que contactáramos contigo en el Círculo B si algo le sucedía. Era habitual no recibir noticias de él durante algunas semanas, pero al transcurrir un mes, nos pusimos en contacto con las autoridades locales y averiguamos que Francis Elijah Montgomery, alias Digger Jones, se había perdido en las montañas después de una inundación.

Como vicepresidenta de Elijah Jane, es mi responsabilidad reunirme contigo y con el abogado del señor Montgomery para repasar los detalles de su testamento.

—¿Abogado? ¿Digger? —Sam bufó—. Ni siquiera repetiré ante una dama la opinión que le merecían los abogados. Claro está que no repetiría casi ninguna de sus opiniones ante una dama.

—¿No tenía abogado? —Faith frunció el ceño—. Eso es imposible. Debí recurrir a un abogado para que redactara su testamento.

—Me temo que no. Digger lo redactó hace unos meses, lo cerró y

me pidió que se lo guardara hasta que llegara el momento. El banco cierra los sábados, pero podemos echarle un vistazo el lunes por la mañana. Hasta entonces, se halla a salvo en mi caja de seguridad.

—¿Redactó su propio testamento y te lo entregó a ti, sin recibir asesoramiento legal ni tener un representante? —se lo quedó mirando boquiabierto.

—Esto no es Boston, señorita Courtland —el humor se había desvanecido de sus ojos, sustituido por irritación—. Aquí la gente confía en los vecinos.

Faith no había pretendido insultarlo, pero todo era... tan absurdo.

—Veinte millones de dólares es demasiada confianza bajo el punto de vista de cualquiera, en cualquier ciudad o pueblo. Un hombre no dispone de esa cantidad de dinero en un testamento manuscrito.

—No conocías a Digger muy bien, ¿verdad? —preguntó Sam con voz burlona.

—Ya he dicho que jamás lo conocí —alzó el mentón—. Aunque parece que tú tampoco lo conocías muy bien.

—Es posible —se levantó y la observó con atención—. Yo diría, señorita Courtland, que bajo estas circunstancias, los dos tenemos mucho que aprender.

La recepción se celebró en el salón de banquetes del Cactus Flat Hotel. El olor a pollo frito, costillas asadas y el jamón ahumado de Hattie Lamotts impregnaban la atmósfera. Las tartas de chocolate, los bollos calientes y los pasteles azucarados tentaban incluso a aquellos más resistentes a ceder. La comida era un medio de reunir a la gente, ya fuera para compartir una conversación, una alegría o una tragedia. Alimentaba tanto el estómago como el alma.

Sam contempló a Faith mordisquear una de las alitas de pollo de Savannah Stone y decidió que también alimentaba otro aspecto importante de la especie humana. El deseo.

Sus dientes perfectamente parejos y blancos mordieron con delicadeza la carne condimentada, y luego se limpió los labios rojos con la punta de la lengua. Sam podría haber gemido en voz alta de no haber tenido al lado a Jared, Jake y Dylan, que lo observaron como halcones en cuanto entró en el salón con la atractiva Faith Courtland. Annie, Savannah y Jessica rodearon a Faith al instante, hablando como si se conocieran de años.

Sam le había advertido que quizá fuera mejor que no le revelara a nadie quién era o por qué había ido a Cactus Flat. También sugirió que cuando se lo preguntaran, como sin duda harían, sencillamente explicara que era la sobrina de un viejo amigo de Digger que no había podido asistir. Faith se había envarado ante la sugerencia, aunque



terminó por ceder, aceptando que tal vez fuera mejor, de momento, no hablar sobre la situación financiera de Digger ni del motivo de su visita.

Desde luego, Sam aún no se lo creía. ¿Digger Jones dueño de una empresa multimillonaria? Claro. A continuación Faith Courtland le vendería una casa en primera línea de playa en Abilene. Quizá se la hubiera comprado, ¿quién lo sabía? Si en la iglesia la hubiera tenido un minuto más pegada a él, le habría comprado gorras para las vacas si se lo hubiera propuesto.

Al acercarla había visto cómo le palpitaba la vena en el cuello, sentido el calor que emanó de su suave piel. Y esos pechos delicados y firmes apretados contra él le provocaron dolor. Había estado lo bastante cerca como para besarla, y estuvo a punto de hacerlo antes de que ella lo apartara. Y a pesar de la indignada formalidad que exhibió, había tenido la clara impresión de que por un momento deseó que la besara.

La miró en ese instante, con los hombros rectos y su adorable y largo cuello estirado con toda la gracia de la realeza. Le proporcionó una gran satisfacción saber que había sacudido la jaula de la indiferente señorita Courtland, aunque sólo fuera por un momento. Tendría que trabajar para extender ese momento, digamos una o dos noches enteras, pensó, sonriendo. Se veía obligada a quedarse hasta el lunes, y entonces él le demostraría que los bienes de Digger apenas consistían de unos utensilios de cafetería y equipo de minería. En cuanto comprendiera el error, saldría en el siguiente avión desde el aeropuerto de Midland. Una pena, pensó, mirando sus caderas y sus largas piernas.

Las damas se unieron a los caballeros y Jake, como si hubiera estado leyendo la mente de Sam, le preguntó a Faith cuánto tiempo iba a quedarse.

—En realidad, eso depende de Sam —repuso, girando los ojos hacia él—. No me gustaría abusar, pero como... mi tío es un viejo amigo de Digger y al no poder moverse debido a la operación a que lo sometieron, me pidió que me tomara unos días y visitara a aquellos que conocieron bien a Digger. Pensó que así disfrutaría de historias nuevas.

«¿Unos días?» Sam enarcó una ceja al sostener la mirada de Faith. Podría largarse antes del mediodía de pasado mañana. ¿Por qué querría quedarse un poco más? No es que le importara, claro, pero no tenía sentido. Esa mujer empezaba a ser cada vez más inescrutable.

—Ven a cenar mañana por la noche a casa —invitó Savannah—. Todos conocemos una o dos historias que puedes transmitirle a tu tío.

Somos lo más próximo a una familia que jamás tuvo Digger.

Aunque fue algo sutil, Sam percibió el titubeo de Faith, el modo en que tensó el cuerpo. Se había visto atrapada en su propia invención, pensó, y ese impecable sentido de educación le impedía rechazar la invitación. No obstante, mientras le daba las gracias a Savannah, Sam oyó un ligero temblor en su voz que despertó su curiosidad.

—No pude evitar escuchar que deseaba hablar con algunos de los amigos de Digger —Irv Meyers, el ayudante del sheriff, entró en el círculo cerrado—. Digger y yo éramos muy buenos amigos.

«Y un cuerno». Sam miró con el ceño fruncido al hombre de cara de búho.

—¿Eso fue antes o después de que Digger te persiguiera por la calle con un bate de béisbol? —preguntó.

Irv tiró con nerviosismo del cinturón que abarcaba su gruesa cintura.

—Se lo advertí muchas veces antes de ponerle esa multa de aparcamiento.

Digger lo sabía. Jamás me guardó rencor.

Todo el mundo rió, haciendo que el otro se sonrojara. El que conociera a Digger sabía que no había hablado con Irv en dos años.

—Gracias, ayudante Meyers —Faith alargó la mano e Irv estuvo a punto de tropezar cuando se adelantó para estrecharla—. No me olvidaré de llamarlo.

La lista de los «buenos amigos» de Digger no dejó de crecer, para irritación de Sam. Después de que corriera la noticia de que Faith quería hablar con la gente sobre Digger, todos los solteros de la ciudad, por no mencionar a algunos casados, de repente tenían una historia que contar.

Sam iba a intervenir para diseminar al gentío cuando sintió una mano en el brazo. Carol Sue, con su llameante pelo rojo y su sonrisa seductora, le ofrecía una porción de tarta de chocolate.

—Pensé que quizá te gustaría comer algo dulce —indicó con un susurro ronco, sugiriéndole con el pestañear de sus ojos verdes que le ofrecía algo más que tarta.

Con una sonrisa que le surgió de forma tan automática como el latido de su corazón, Sam aceptó el plato y lo olió.

—Hmmm. ¿Me has leído el pensamiento, Carol Sue?

Ella sonrió despacio, como un gato que acaba de avistar un ratón.

—Apuesto que sé en qué estás pensando ahora mismo —ronroneó.

Esperaba que no. Sam sabía que si la pelirroja tuviera una mínima sospecha de que mientras aceptaba tarta de ella pensaba en los sensuales labios de Faith Courtland, se pasaría una semana quitándose

chocolate de encima.

—Mis pensamientos podrían asombrarte, cariño —repuso con una mueca maliciosa.

—¿Por qué no me llamas más tarde y vemos quién asombra a quién? —se marchó, moviendo los dedos.

Cuando Sam volvió a girar hacia el círculo de hombres que había rodeado a Faith, descubrió que ella se había ido.

Con el ceño fruncido se dedicó a buscarla por el salón, pero no la vio por ninguna parte. Salió con gesto de indiferencia al vestíbulo del hotel, preguntándose si había ido a los aseos, cuando la vio sentada sola en el patio cubierto.

Parecía pequeña en la enorme mecedora. Tenía los hombros levemente encorvados, y los ojos mostraban una expresión de absoluta desesperación. No tuvo ni idea de qué había provocado esa súbita melancolía, pero daba la impresión de que quería estar a solas.

Sin dejar de mirarla, a pesar de lo que le indicaba el sentido común y los escrúpulos, no pudo quitarse la atracción que ejercía su vulnerabilidad. Llevaba dos mujeres dentro: la fría y distante, con la situación bajo control, y la abatida y cansada.

Ambas eran extremadamente seductoras.

La tristeza de sus ojos lo llevó a acercarse. Se sentó a su lado, y ella en el acto se puso rígida. La vio luchar para recuperar la serenidad.

—¿Agotada?

Fue a sacudir la cabeza, pero sonrió levemente.

—Tal vez un poco.

—Tengo la solución.

—¿Y cuál es? —preguntó con expresión reservada, aunque curiosa.

—Chocolate.

Se acercó, cortó un trozo grande de tarta y lo sostuvo ante sus labios. Ella lo miró como un niño pobre ante el escaparate de una pastelería, luego alzó una mano e hizo un gesto negativo.

Se lo pasó por delante de la nariz, y observó cómo sus hombros rígidos se hundían al inhalar el exquisito aroma. Entrecerró los ojos como si flotara en un mar de deleite físico.

Sólo pretendía confortarla. Pero al ver cómo su voluntad sucumbía al rico olor del chocolate, supo que deseaba a esa mujer, que la quería tener bajo su cuerpo, con esa misma expresión en la cara, su nombre en sus labios, sus manos en su piel.

Y cuando al fin ella cedió y abrió la boca para probarla y luego emitir un suave gemido, Sam pensó que podría caer de rodillas allí mismo.

—Es un pecado —murmuró Faith, con una voz de éxtasis que hizo

que él apretara los dientes.

Quiso probarla, degustar el chocolate mezclado con su propio sabor cálido y sensual, con una intensidad que casi lo hizo sudar. Se echó hacia atrás, perplejo por la fuerza del deseo que recorrió su cuerpo, y enfadado consigo mismo al pensar que cuando al fin había conseguido que ella bajara la guardia, aunque sólo fuera un poco, lo único que se le ocurría era llevarla a la cama.

—Sam —ella cerró los ojos, y el sonido de su nombre, pronunciado con tanta suavidad, lo abrasó—. ¿Podemos ir arriba?

Entonces sí que se puso a sudar. ¿Acaso le estaba sugiriendo lo que él esperaba que le sugiriera? Maldición. De haber sabido que el chocolate era la clave le habría traído la tarta entera.

—Eh, claro.

—¿Tienes la llave?

—¿Tú no? —¿por qué iba a tener él la llave de su habitación?

Ella abrió un ojo, luego el otro y se irguió. Frunció el ceño al mirarlo.

—¿Por qué iba a tener yo la llave de la habitación de Digger?

Maldición, maldición, maldición. Se refería a eso.

—Oh, por supuesto. Puedo, hmm, conseguirla de Jerome, el recepcionista.

—¿Pensaste que te estaba invitando a mi habitación? —lo observó durante un momento. Había recuperado ese tono frío, desvanecidas la vulnerabilidad y la tristeza; en sus ojos brillaba un reflejo feroz y acusador—. Señor McCants, he de hacerte saber que soy una mujer comprometida. Y aunque no lo fuera, no suelo invitar a desconocidos a mi cuarto.

Tuvo en la punta de la lengua preguntarle si lo hacía con hombres que conocía, pero no le pareció que fuera a apreciar el humor. Maldición. Estaba comprometida.

Pero no casada. Se incorporó y le ofreció la mano.

—¿El anillo representa una reserva?

—Aún no es oficial —desechó su ayuda, se levantó y pasó a su lado—. Y no es asunto tuyo.

—Sólo intentaba conversar —la siguió con una sonrisa en la cara—. ¿Quién es el afortunado?

Se detuvo y giró con tanta brusquedad que casi tropieza con ella.

—Consigamos la llave y acabemos con esto de una vez, ¿de acuerdo?

Una pareja mayor, Ed y Thelma Winters, pasaron a su lado en ese momento y los miraron. Sam les sonrió. Faith se sonrojó.

—El rojo te sienta de maravilla, Faith —susurró él—. Deberías

llevarlo más a menudo.

Ella bufó, giró en redondo y se dirigió a la recepción. Sam fue detrás, maldiciendo su mala suerte y al novio no del todo oficial de Faith Courtland, quienquiera que fuera.

La «suite» de dos habitaciones, tal como la llamó el recepcionista, no era más grande que un armario, pensó Faith cuando Sam abrió la puerta y entró.

El sol de la tarde penetraba a través de las persianas en la estancia oscura y cargada. El leve olor a cigarros viejos flotaba en el aire viciado.

—Desde la desaparición de Digger no ha entrado nadie salvo Jerome —Sam levantó las persianas y abrió una ventana. La luz invadió el cuarto, iluminando polvo que se diseminó cuando la brisa entró trayendo un aroma de madreSelva. Se volvió hacia ella, limpiándose las manos—. No parece la residencia de un multimillonario.

Faith miró alrededor y estuvo de acuerdo. Los muebles eran escasos, apenas un sillón azul y una mesita de café muy rayada, una mecedora, un escritorio metálico marrón y una silla que no hacía juego. En el dormitorio, una cama grande y un pequeño aparador. La única palabra que lo describía era sencillez.

Dio vueltas, tratando de imaginar por qué vivió de esa manera. Podría haberse comprado una villa en España. Un castillo en Francia. Una mansión en Cape Cod.

Podría haber vivido donde quisiera, comprado lo que deseara. Pero eligió permanecer en Cactus Flat, para trabajar en su cafetería, buscar plata y vivir en una habitación de hotel.

—¿Sigues pensando que es el mismo Digger Jones que buscas? —preguntó Sam cuando ella volvió al salón.

La expresión en sus ojos de Te-lo-dije la irritó, pero aún le escocía que él creyera que le había sugerido que se fueran a la cama. ¡Se acababan de conocer, por todos los cielos!

Qué arrogante era. ¿Y qué que fuera atractivo y tuviera cierto... encanto? Eso no significaba que una mujer iba a desnudarse cuando él lo indicara.

Se obligó a pensar en Digger y se dirigió al escritorio del rincón. Bajo un mantel blanco se veía lo que parecía un ordenador, el único objeto incongruente en la modesta sala. Quitó la polvorienta tela que cubría el monitor y le sonrió.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —el ordenador era de última generación. A su lado había una impresora láser de primera marca, y además de color. Sam enarcó las cejas y su expresión de sorpresa hizo

que Faith se sintiera satisfecha—. También hay un fax —comentó con cierta presunción—. ¿Para qué crees que querría un viejo minero semejante equipo?

—¿Juegos? —Sam se acercó; contempló el ordenador como si fuera una nave espacial.

—Juegos de guerra, tal vez —sacó unas gafas de su bolso, se las puso y lo encendió—. Esta cosita podría lanzar un misil.

Faith introdujo su clave y luego llamó el fichero EJ-CORP. Sam estaba detrás de ella, observando mientras repasaba un fichero tras otro, cuentas con proveedores, estadísticas de la cadena de restaurantes, declaraciones de beneficios y pérdidas sobre la división que llevaba la comida congelada.

—Esta es la oficina principal —explicó ella, llamando el fichero de Boston—. El señor Montgomery, Digger, desde aquí tenía toda la compañía al alcance de los dedos —rió en voz baja—. Siempre había imaginado la existencia de una oficina grande y elegante en alguna parte, con muebles caros, alfombras mullidas y pisapapeles de plata.

Sam alzó un fragmento de granito del tamaño de una pelota de béisbol que había encima de unas carpetas y lo miró.

—Parece que consiguió que mucha gente imaginara otras cosas.

Faith lo observó por encima del hombro. Había estado tan inmersa en analizar los ficheros, que no se había dado cuenta de lo cerca que se había aproximado y de que tenía una mano en el respaldo de la silla, rozándole el hombro. Se obligó a ignorar la oleada de calor que le recorrió el cuerpo.

—¿Al fin me crees?

—No estoy seguro de lo que creo —se encogió de hombros y depositó la roca de nuevo en el escritorio—. He conocido a Digger Jones toda mi vida. Hasta dónde puedo recordar, siempre ha buscado plata, hecho hamburguesas y asado chuletones.

Nadie cocinaba como él. Hacía un pastel de manzana inigualable. El único que se le acercaba era el de...

Calló y Faith giró para mirarlo, con una leve sonrisa. Lo dijeron al mismo tiempo.

—Elijah Jane.

¿Podría ser? ¿El viejo minero dueño de un negocio multimillonario?

Sam se sentó en el borde del escritorio y se pasó las manos por el pelo. Era demasiado increíble. Imposible. La miró, y vio que lo contemplaba con un destello divertido en los ojos. Pensó que las gafas la hacían parecer adorable.

—En realidad, todo empezó con su tarta de manzana, hace casi

treinta años —

Faith apretó una tecla y en el monitor solo quedó la luz ámbar—. Según los rumores, Digger tenía un primo en Boston, Leo Januski, que quería abrir un local de bocadillos en el distrito financiero. Lo convenció para que le prestara dinero, y a los tres meses de abrir el negocio se largó. A Digger le quedaron dos opciones, olvidar el dinero o hacer que el negocio tuviera éxito. A los seis meses, el local estaba abarrotado, con clientes que no paraban de hablar de su tarta de manzana.

—Bueno, pues eso no ha cambiado mucho —se preguntó si ella tenía alguna idea de cómo se le suavizaban los ojos cuando hablaba de Elijah Jane—. En el Hungry Bear ha habido peleas por ese pastel. Creo que yo mismo inicié una o dos.

—Nuestra competencia mataría por la receta. Han intentado infiltrarse varias veces —se acercó y susurró—. Yo soy una de las tres únicas personas que la conoce.

Tuvo que tragar saliva ante su súbita proximidad. Sus claros ojos azules brillaban con un deje de misterio. También él se acercó y casi la roza con los labios.

—Dios, las mujeres en el poder me excitan.

—Idiota —lo empujó. Cuando se puso de pie, él rió y la sujetó de los brazos.

—Tranquila, Faith. Bromeaba. Termina de contarme qué sucedió en Boston con Digger.

Ella suspiró y volvió a sentarse.

—Se fue un día, al parecer a Texas. Pero jamás regresó. Le dio todas sus recetas a Parnell Grayson, el encargado, y le dijo que dirigiera el local. Parnell era un hombre de negocios brillante. Al poco tiempo había abierto varios locales, todos con éxito. Y

un año después, el primer restaurante Elijah Jane. Digger mantuvo la propiedad, llevó los asuntos financieros desde Texas, preparó recetas nuevas y los menús, pero también le dio a Parnell el control exclusivo. El resto, como se suele decir, ya es historia.

Resultaba posible. Sólo era un niño entonces, pero recordó algunas charlas acerca de que Digger había vivido en Boston unos meses.

—Con Digger muerto, ¿qué pasa ahora?

—En realidad nadie lo sabe —Faith sacudió la cabeza—. Parnell se jubila como presidente, la junta está revuelta y por el momento se han aparcado todos los proyectos nuevos. Hasta que la muerte de Digger sea oficial y se lea su testamento, todo está paralizado.

—De modo que los lobos aguardan que se anuncie el reparto de los millones —

repuso—. ¿Cuánto esperas recibir tú, señorita Courtland?

—Aquí hay en juego mucho más que dinero —el fuego ardió en sus ojos—.

Trabajo en Elijah desde los dieciséis años. Fines de semana, noches, vacaciones. Al graduarme, las semanas de sesenta y cuatro horas eran cortas para mí. Y fui yo quien desarrolló la línea de alimentos congelados, quien empezó a anunciarse en la tele y quien personalmente inauguró diez restaurantes en tres estados.

—Eres una mujer ambiciosa, Faith. ¿O debería decir señora presidenta?

—He trabajado para ello, era la siguiente en la línea —sus mejillas se acalararon y alzó el mentón—. Pero sólo Digger tenía el poder de nombrar a un nuevo presidente. Si vota la junta, mis posibilidades son prácticamente nulas.

—Si has trabajado tan duramente como dices, ¿por qué no van a votarte?

Lo miró con indulgencia.

—Por si no lo has notado, y creo que sí, soy una mujer, y joven. Estoy convencida de que incluso en un rancho eso sería una desventaja.

No para lo que él tenía en mente, pensó, aunque fue lo bastante inteligente como para no decirlo.

Ella se reservaba algo, estaba seguro. Aceptaba que lo considerara un paleta de campo, un vaquero inculto. Le importaba un bledo lo que Faith Courtland pensara de él, pero no le gustaba que lo hicieran quedar como un tonto.

—En realidad nada de esto responde al motivo de tu presencia —expuso con voz firme—. Los testamentos son documentos legales. Habría tenido más sentido que uno de los abogados de Elijah Jane hubiera venido a verme. Por lo tanto, ¿qué hizo que tú, una mujer ocupada con un montón de responsabilidades, decidiera venir hasta aquí?

Ella miró el monitor mucho tiempo, luego suspiró y se reclinó en la silla.

—Sin un cadáver, no se puede declarar a Digger legalmente muerto hasta que el estado apruebe la solicitud. La compañía se sumirá en el caos, la junta luchará por el control y las acciones bajarán en picado. Pretendo cerciorarme de que eso no suceda.

El sol se había puesto y en el cuarto reinaba casi la oscuridad. La luz procedente del monitor proyectaba un brillo dorado sobre los suaves rasgos de Faith. Sam pudo ver el agotamiento en sus ojos, aunque también notó en ellos una firme determinación.



—¿Y cómo piensas conseguirlo?

La determinación pudo con la extenuación cuando lo miró.

—Pretendo encontrar el cuerpo de Digger.

# Capítulo 3

—¿Que pretendes hacer qué?

—Está ahí afuera, en alguna parte —se quitó las gafas y las guardó en el bolso

—. Voy a localizarlo.

Por el tono serio de su voz y el mentón levemente alzado, Sam decidió no reír.

—Un equipo de búsqueda ya peinó la zona. Dos veces. La fuerza de una inundación en un cañón es implacable. Se lleva todo lo que encuentra a su paso. El campamento de Digger estaba en medio. No había rastro de él ni de su caballo. Su cuerpo podría estar a kilómetros de distancia, bajo tierra y rocas.

Faith se puso pálida. No había pretendido ser tan directo, pero ante el absurdo de lo que sugería, no parecía haber otra manera.

—Podría estar a kilómetros de distancia —repitió con voz entrecortada—. Pero no lo sabes con certeza, ¿verdad?

—Claro que no. Jamás sabremos con certeza qué sucedió. La vida a veces es así.

La aceptas y sigues adelante.

—Yo no puedo aceptarlo.

—Cariño, no te queda otra alternativa.

—Siempre hay alternativas —repuso con convicción—. Lo que pasa es que algunas personas son más activas en sus decisiones.

—Yo estuve en ese cañón seis días con dos equipos de rescate distintos —la miró con ojos entrecerrados—. Nadie conoce la zona de Lonesome Rock mejor que yo.

—Entonces, llévame allí —sorprendido, sólo pudo mirarla fijamente—. Monto a caballo desde los cinco años, por favor, Sam, llévame al cañón.

Al acercarse a él con ojos implorantes, sintió que se le retorcían las entrañas.

Sería absolutamente ridículo, necio incluso, perder su tiempo, o el de ella. Pero al pensar en esas piernas largas y caderas redondeadas, se dio cuenta de que había peores maneras de pasar unos días.

—Te pagaré lo que quieras.

Fue como si le echara un jarro de agua fría. Dinero. Con Faith Courtland todo parecía girar en torno al dinero o a los negocios. Mentalmente se pegó al pensar que había estado a punto de perder la cordura por esos ojos azules.

—Lo siento, señorita Courtland —casi sintió arrepentimiento. Casi—. No estoy interesado. Tendrás que aprender a ocuparte de tus

problemas laborales de alguna otra manera.

—Si no me llevas tú, tendré que contratar a otra persona —sus hombros se pusieron tan rígidos como su voz.

—Es tu dinero —se encogió de hombros—. Tíralo como quieras. Aunque te sugiero que no intentes contratar a nadie de por aquí. En cuanto le digas a alguien que vas a las montañas en busca del cuerpo de Digger porque su negocio de doscientos millones de dólares está en problemas, te encerrarán en una celda acolchada.

—No puedes impedirme que lo busque —repuso con frialdad.

—¿Quién dijo algo de impedírtelo? —se sintió razonablemente furioso—. Esa es la tarea de tu novio no oficial. Y hablando de él, me gustaría saber qué clase de hombre dejaría a su futura esposa ir a pasear por las montañas con un desconocido.

—Harold es extremadamente comprensivo. Jamás presumiría de decirme qué tengo que hacer. Nuestra relación se basa en la confianza y el respeto mutuos.

—En la mutua estupidez —asíó los dos apoyabrazos de la silla en la que ella se sentaba y la encerró—. Ese sería el día en que yo dejaría que la mujer a la que amo se fuera con otro hombre.

Ella le devolvió la mirada con calma, pero Sam podría haber jurado que la vena del cuello le palpitaba con más fuerza. No sabía si retorcerlo o besarlo.

—No me voy con nadie —indicó con frialdad—. Y, por fortuna, tu anticuada actitud hacia la mujer moderna no me afecta. No me gustan los cabos sueltos. En especial en lo que atañe a Elijah Jane. En cuanto este asunto se solucione, la compañía podrá continuar con perfecta estabilidad. Y ahora, si me perdonas, tengo que realizar algunas llamadas y terminar mucho trabajo que he traído conmigo.

Maldita sea si esa mujer no sabía poner a prueba la paciencia de un hombre.

Apretó con más fuerza los apoyabrazos y se acercó más. El destello de miedo que vio en sus ojos le produjo satisfacción.

—¿Qué harás, Faith, si te vas a las montañas con el hombre equivocado? —

murmuró.

—Bueno, señor McCants... —su respiración se había hecho más profunda, pero no retrocedió ni apartó la mirada—... supongo que tendré que cerciorarme de que eso no suceda.

—Jake Stone —reprendió con suavidad Savannah a su marido—, nuestra invitada lleva aquí dos minutos y aún no tiene una copa en la mano. Qué vergüenza.

Faith, que aún se recuperaba del abrazo de oso de Jake al recibirla,

apenas dispuso de tiempo para abrir la boca y declinar cuando Jessica, la hermana menor de Jake, le puso una copa de vino blanco en la mano.

—El chico es lento, pero inofensivo —comentó Jessica, refiriéndose a su hermano. Luego le pasó a Dylan, su marido, una botella de cerveza. El bebé que sostenía en brazos se acercó con la boca abierta y dispuesto a agarrar la botella—.

Como le des a nuestro hijo una gota de cerveza, Dylan Grant, te pasarás la semana próxima durmiendo en el cobertizo que estás construyendo detrás de la cárcel.

Tanto Dylan como el bebé se mostraron decepcionados, hasta que Jared entró con una pequeña de rizos dorados con un precioso vestido vaquero. Annie, que parecía aún más embarazada, descartó con un gesto la ayuda que le ofrecieron Jake y Jessica.

Hubo más saludos, más abrazos y besos. Nada de esos besos rígidos en que se unían las mejillas y besabas el aire a los que Faith estaba acostumbrada, sino abrazos demoledores y ruidos sonoros en las mejillas que te hacían dar vuelta la cabeza.

Casi tenía localizados a todos por sus nombres cuando una preciosa jovencita de trece años entró en el salón con una pequeña sonrosada acomodada sobre una cadera. La adolescente, con su pelo oscuro e intensos ojos azules, parecía una clon de Jessica.

—Es nuestra hermana Emma —Jake besó a la más joven de los Stone en la cabeza y luego recogió a la pequeña, que gritó deleitada al ser arrojada al aire—. Y

esta es Madeline.

Sin previa advertencia, Jake dejó a la feliz niña en el brazo libre de Faith.

—Vaya trabajo rápido, cuñado —Annie se sentó con un suspiro—. Tiras al aire a tu hija y luego se la entregas a tu invitada, cuyo espléndido traje de pantalón no sólo es blanco, sino también de Peter Nygard.

Por la expresión en blanco de Jake, Annie podría haber estado hablando en una lengua extranjera. Faith de pronto volvió a sentirse fuera de lugar y deseó haberse puesto algo más informal. Aunque habría sido imposible, ya que no había traído nada informal.

En ese momento el guardarropa parecía el menor de sus problemas. Con miedo a moverse y a respirar, observó a la niña en sus brazos. Nunca antes había estado en compañía de niños, ni siquiera había sostenido a uno. La pequeña le sonrió y dio saltos, queriendo que volvieran a arrojarla al aire. Olía maravillosamente, pensó Faith. A champú y jabón para niños. Madeline apretó la punta de la nariz de

Faith con un dedo regordete.

—Se supone que debes graznar —indicó Jared.

¿Graznar? Con timidez, emitió un sonido leve que se pareció más al de un cerdo, aunque a Madeline no pareció importarle. Soltó una risita encantada y apretó de nuevo su nariz. Más relajada, Faith volvió a intentarlo, y se rió cuando la pequeña chilló de placer.

Así es como Sam encontró a Faith cuando entró. De pie en el centro del salón de Jake, vestida como una diosa de blanco, sosteniendo a un bebé en un brazo, una copa de vino en la otra mano y graznando como un ganso.

Maldición, era hermosa.

—No mires ahora, señorita Courtland —Sam sonrió y se llevó la mano al sombrero negro Stetson cuando Faith giró la cabeza en su dirección—. Jared lo está grabando todo.

Con los ojos muy abiertos, Faith miró alrededor. Su expresión juguetona se convirtió en una de alarma al darse cuenta de que Jared grababa sus ridículos graznidos.

En ese momento Madeline decidió vomitar. Todo el mundo, menos Faith, se movió con rapidez. Con el cuerpo rígido, permaneció paralizada mientras Jake le quitaba con delicadeza a su hija, quien sólo mostraba un poco de confusión por tanto movimiento, y Emma corría en busca de toallas. Savannah, mirando a su marido con el ceño fruncido, condujo a Faith, que parecía en estado de shock, a la otra habitación, con Jessica detrás. Annie miró significativamente a Jake, y éste salió del salón con su hija. Riendo, Dylan lo siguió, con su propio hijo en brazos.

Jared continuaba grabando.

—¿Metiste eso en la cinta? —le preguntó Sam a Jared, quien asintió pero, al ver los ojos furiosos de su mujer, no sonrió—. Por una copia te invito a una ronda.

—Habría que azotarlos a los dos —dijo Annie irritada, moviendo su pesado cuerpo en el sofá—. Si pudiera, lo haría yo misma.

—Se vuelve más caprichosa a medida que se acerca el día —indicó Jared de buen humor—. Las dos últimas semanas de su embarazo de Tonya, tenía que esgrimir una bandera blanca antes de entrar en la casa por la noche.

—Deja de hablar de mí como si no estuviera presente —se colocó un cojín a la espalda—. Soy un poco cambiante; viene con el estado.

Todo eso del matrimonio y los hijos era un estado desconocido, pensó Sam.

Prefería realizar viajes a terrenos conocidos. Por otro lado, al ver aparecer a Faith Courtland unos minutos después, comprendió que era

una mujer que te hacía desear ser explorador.

Savannah le había prestado una camisa vaquera que acentuaba el azul de sus ojos. Lucía unos vaqueros sueltos en las piernas pero ceñidos en las caderas y el trasero. Hasta las viejas botas negras parecían haber sido hechas especialmente para ella.

—Hay algo de Texas en la sangre de esta chica —dijo Jessica agitando su largo cabello oscuro—. Lo único que le hace falta es un sombrero.

Sam se acercó y le puso su Stetson. Era demasiado grande, desde luego, pero el contraste del sombrero negro y su pelo rubio le hizo hervir la sangre.

Con las mejillas sonrojadas, ella sonrió al pasar la mano por el borde del sombrero. Sam había visto ese tipo de placer en una mujer al recibir una docena de rosas, pero nunca con un sombrero. Se sintió un poco posesivo, como si por llevar su Stetson ya fuera un poco suya. Poco después ella se lo quitó y se lo devolvió. Se observaron unos momentos y Faith se ruborizó un poco más.

—Lamento causaros estas molestias —le dijo a Savannah, quien miraba con expresión extraña a Sam—. Habéis sido tan amables.

—Fue mi hija quien ensució tu hermoso traje y mi marido el culpable de ello —

observó con severidad a Jake, que ya había vuelto al salón, con la pequeña lavada y cambiada—. Haremos que te limpien el traje y te lo enviaremos al hotel. Puedes quedarte con la camisa y los vaqueros. Si de verdad lo deseara, podría hacer que me entraran, pero desde que he tenido a los críos ya no me interesa esa tortura.

—Oh, no —se apresuró a responder Faith, aunque Sam vio que lo deseaba.

—Insisto —Savannah se dirigió hacia la cocina, diciendo—: La cena estará en cinco minutos. Preparad a la tropa.

La cena dominical con la familia Stone fue un acontecimiento digno de presenciar. El pollo frito se alzaba como una pirámide en una bandeja enorme; había cuencos con puré de patata, salsa espesa y aromática, y unos bollos tan esponjosos que a Faith no le importó romper todo sentido de la propiedad y pedir otro.

La comida siempre había sido su negocio. Había comido en restaurantes en más de veinte estados y cuatro países, probado recetas de los mejores chefs del mundo, pero no fue capaz de recordar una cena mejor. Estaba claro que iba a tener que sonsacarle algunas de sus recetas a Savannah.

Pero algo más que la familia Stone provocaba en ella esa sensación abrumadora, reconoció. El hombre sentado junto a ella, que

coqueteaba descaradamente con las mujeres y discutía incesantemente con los hombres, parecía ser la causa de su aturdimiento.

Sabía que debería estar enfadada con él, no sólo porque se había negado a llevarla a las montañas, sino porque no la tomaba en serio. Incluso la había llamado estúpida, lo cual era imperdonable.

No obstante, cuando antes le puso su sombrero, se sintió poseída por una extraña intimidad, como si le hubiera dado su cazadora del instituto. Hasta experimentó una sensación de pérdida cuando se lo devolvió. Y desde que se sentaron a la mesa, cada vez que la rozaba accidentalmente o sus manos se tocaban al pasar un cuenco, ella sentía como si la recorriera una descarga de electricidad.

Sabía que era una tontería, por supuesto. Incluso una idiotez. Lo cual sólo potenciaba su irritación. Tenía veintiséis años, era una mujer casi comprometida, no una colegiala. Y había ido a Cactus Flat en representación de Elijah Jane.

—Faith, ¿te ha contado Sam cuando Jake y él rellenaron los botes de ketchup del Hungry Bear de Digger con salsa picante? —preguntó Jared, sonriendo.

Faith giró para contemplar a Sam, quien miraba con el ceño fruncido a Jared.

Jake también.

—Creo que no he oído esa historia.

—Debían tener unos catorce años —continuó Jared, pasándoselo bien a costa de Sam y de Jake—. Estuvieron todo el día vigilando por el escaparate de la cafetería, esperando que los clientes soltaran fuego por la boca y humo por las orejas. Pero no pasó nada. Ni fuego, ni humo, ni gritos de agonía. Más tarde volvieron, confundidos pero enfadados, y Digger les preparó dos hamburguesas grandes, a cuenta de la casa, a rebosar con su salsa secreta. No se dieron cuenta hasta un par de mordiscos después, pero cuando lo sintieron... fue como una explosión.

—Una explosión nuclear —Sam bebió agua, como si estuviera reviviendo aquel horror—. Parece que Digger nos vio, así que cambió los botes, y luego nos engañó. Se podrían acabar guerras con lo que nos puso en aquellas hamburguesas.

Jake asintió.

—Pensé que me quedaría un agujero permanente en la coronilla. Y ese sólo fue el comienzo de nuestra tortura. Lo pagamos... yendo dos días seguidos al cuarto de baño.

—¡Jake! —el tono de Savannah sonó estricto, pero sus ojos se veían risueños—.

No es tema de charla durante la cena.

Las historias continuaron. La famosa persecución de Digger al ayudante del sheriff con el bate de béisbol; el secuestro del cerdo de Moses Swain, que no paraba de destrozar el huerto que tenía detrás de la cafetería, y el subsiguiente especial de chuletas de cerdo; su constante entrometimiento en los asuntos de todo el mundo, que él llamaba «consejos gratis». Todos rieron con tal intensidad, que Dylan se atragantó y Jessica hipó.

—Ya basta —dijo Annie, secándose las lágrimas con una mano mientras con la otra se sujetaba el costado—. Juro que tendré al bebé aquí mismo y maldita sea si no será culpa de Digger.

—No había una sola boda... —comentó Jessica, limpiando puré de patata de la barbilla de su hijo—... un recién nacido o un asunto de negocios en Cactus Flat por el que Digger no se adjudicara el mérito. Incluso tú, Faith. Probablemente ahora nos está observando desde arriba, asumiendo el crédito de tu presencia.

El cambio súbito en la actitud de Faith fue sutil, casi imperceptible, pero Sam lo notó. ¿Por qué demonios le molestaría el comentario inofensivo de Jessica?

—Ahora bien, su mayor desafío fue Sam. Su estado civil era para Digger lo mismo que un capote rojo para un toro —comentó Jake.

—Por no mencionar a todas las mujeres en un radio de ochocientos kilómetros

—añadió Savannah, haciendo espacio en la mesa para los postres.

—En cuanto todas vosotras fuisteis atrapadas, me resigné a una vida de celibato

—la expresión de Sam fue de tristeza, el guiño que le hizo a Savannah malicioso. Jake estuvo a punto de atragantarse—. Si hasta Faith está casi prometida —comentó—.

Con un tal Howard de Boston. ¿No es verdad, Faith?

—Harold —lo miró con expresión reprobadora.

—Correcto —satisfecho consigo mismo, aceptó la porción de tarta de nueces que le pasó Savannah—. Me ha contado que es extremadamente comprensivo.

—De hecho, sí lo es —su mirada lanzó fuego.

—Una rara cualidad en un hombre —intervino Annie.

—Yo soy comprensivo —se quejó Jared, fingiéndose herido—. ¿No es verdad, chicos?

Todos los hombres asintieron y se alabaron mutuamente. Jessica miró al techo y le sonrió a Faith.

—No estoy segura de si tengo que felicitarte u ofrecerte mis condolencias.

¿Habéis fijado una fecha ya?



—A fines de año.

Era una respuesta vaga, pensó Sam, complacido de haber conseguido pasar de hablar de su estado civil al de Faith. Le habría gustado proseguir la cuestión durante los postres, pero el vaso de leche que derramó Madeline y los constantes golpes de cuchara que daba Daniel en su sillita, hicieron que fuera casi imposible mantener una conversación coherente. Se levantaron los platos, los papás llevaron a los críos a prepararse para dormir y todas las damas, incluidas Faith y una oronda Annie, desaparecieron en la cocina.

Sam permaneció en el salón, solo, tratando de decidirse. ¿Se unía a los papás y los bebés o a las mujeres?

A las mujeres.

Acababa de entrar cuando Savannah, que educadamente había rechazado el ofrecimiento de Faith de ayudar, lo agarró del brazo y se los llevó a los dos por la puerta de atrás a la hamaca del porche. Sonriendo, volvió a la cocina.

La luna estaba casi llena, lo suficientemente brillante como para iluminar el corral y el granero de Jake y proyectar largas sombras sobre los árboles del patio. Y

había estrellas. Faith no pudo recordar cuándo había visto tantas. Rara vez salía de la ciudad cuando estaba en casa, y al viajar, jamás tenía tiempo para permanecer sentada y contemplar el cielo.

Sam, que había extendido un brazo detrás de ella, comenzó un movimiento rítmico y lento en la hamaca.

La tensión que había sentido al estar sentada a su lado toda la velada empezó a desvanecerse. Suspiró, se echó hacia atrás y miró el cielo nocturno.

—Son maravillosos.

—¿El cielo y las estrellas?

—Los Stone, todos ellos.

—¿Incluso la pequeña Maddy? —le sonrió.

—Por supuesto —Faith le devolvió el gesto—. Es sólo un bebé, por amor del cielo. ¿Crees que me preocuparía más por mi traje manchado que por una preciosidad como ella?

La estudió un momento, luego alzó la vista al cielo.

—Hasta dónde puedo recordar, siempre han sido para mí más una familia que vecinos.

—¿Y tu familia? ¿Tienes hermanos?

—Mi madre murió cuando yo tenía diez años, y mi padre hace cinco años. Jake, Jared, Jessica y yo crecimos juntos. Siempre han estado ahí. Excepto una vez en que Jake por error pensó que yo le había hecho insinuaciones impropias a su primera mujer. Lo

solucionamos todo hace unos años.

No cabía duda de que Sam era un seductor, pensó Faith, pero por algún motivo no lo veía tonteando con la esposa de otro.

—No puedo imaginar a Jake y a Savannah saliendo alguna vez con otras personas. Forman una pareja maravillosa. Igual que Jared y Annie, y Jessica y Dylan.

Jamás he visto parejas más enamoradas.

—¿Qué me dices de Arnold y tú? —enarcó las cejas y la miró—. ¿No estáis enamorados?

—Harold —estaba demasiado relajada como para dejar que la pinchara—.

Claro que estamos enamorados. Es el hombre perfecto.

—Perfecto, ¿eh? ¿Qué tiene de perfecto?

—Bueno, para empezar, jamás se entrometería en los asuntos de los demás ni haría preguntas personales —algunos podrían considerar a Harold indiferente, incluso seco a veces, pero ella entendía que tenía un montón de cosas en la cabeza—.

Es contable en una gran empresa, un caballero del más alto calibre, paciente y ecuánime.

—¿Llamas a eso perfecto? —Sam se echó a reír—. Puede que sea un perfecto pelmazo.

—Además me toma en serio, otra cualidad importante —crispada, Faith cruzó los brazos.

Sam dejó que su brazo bajara un poco y le rozó el cuello con la yema de los dedos.

—Yo te tomo en serio.

—Sí, claro.

—De verdad, cariño. Totalmente en serio.

Sus ojos se pusieron serios cuando la miró. Ya no había diversión en ellos, nada de risas. Lo que Faith vio hizo que contuviera la respiración. Deseo. Lujuria. Quedó desgarrada entre la sorpresa y el terror, y no pudo evitar preguntarse si afectaba a todas las mujeres de esa manera.

La súbita aceleración de su corazón no significaba nada, se dijo. O esa sensación extraña en su estómago. Quizá sólo una leve atracción. Se sentía relajada, miles de estrellas brillaban en lo alto. Estaba claro que debía experimentar alguna reacción ante la patente virilidad de ese hombre. Era algo que podía manejar. A pesar del temblor que subió por su espalda cuando los dedos de Sam se movieron levemente por sus hombros, era perfectamente capaz de mantener la cabeza despejada.

—Sam, si hablas en serio, entonces quiero que me llesves.

—¿Llevarte? —él se paralizó, incluso dejó de mover los dedos en su cuello.

Eso no había salido como ella había querido.

—A las montañas —se apresuró a añadir—. Al Cañón de Lonesome Rock.

—No te rindes, ¿verdad?

—¿Y tú? —se acercó a él—. Si hubiera algo que desesperadamente tuvieras que hacer, y fueras el único que pudiera realizarlo, ¿abandonarías, aunque tuvieras todo en contra y pudieras quedar como un tonto?

Detuvo la hamaca y la observó.

—Comprendo.

Se movió con tanta celeridad que no tuvo tiempo de contener el aliento, menos aún de pensar. Le cubrió la boca con un beso tan posesivo como urgente. La apretó contra la hamaca, y su lengua probó, exploró y luego se fundió con la suya. Ella soltó un sonido leve y desvalido, tembló, y luego se sorprendió entregándose a él.

Experimentó una sensación tras otra. Calor. Frío. Mareos. Y ese extraño nudo de deseo que se aposentó en su estómago y que tan desconocido le resultaba. Incapaz de quedarse quieta, metió los dedos en su cabello tupido y oscuro. Increíble, pensó, incluso la textura de su pelo resultaba sensual.

Él profundizó el beso, atrayéndola. Faith sintió que se fundía, incluso gimió cuando sus manos le recorrieron los costados.

El sonido de unas risas desde el interior de la cocina la despertaron de la locura que la poseía. Aunque su cuerpo le indicaba que siguiera adelante, su mente había recuperado el mando. Lo apartó.

—Sam —jadeó—, eso es exactamente a lo que me refiero. No te tomas nada de esto en serio.

—Te equivocas —su expresión era sombría, tenía la mandíbula tensa—. Me lo he tomado muy en serio.

—Sabes qué quiero decir.

—Eres toda una mujer, Faith Courtland —suspiró y sacudió la cabeza—, y de todos los lugares a los que quiero llevarte, ninguno tiene algo que ver con hacer montañismo o ir en busca de cadáveres a los que es mejor dejar en paz. Mi respuesta sigue siendo no.

Debía ser el hombre más frustrante e imposible que había conocido. Se puso de pie, con la imperiosa necesidad de marcharse, antes de que le dijera que se fuera al infierno o le suplicara que volviera a besarla.

—Hasta mañana, entonces —dijo con calma, rezando para que sus rodillas no cedieran—. ¿A las nueve en punto?

—Perfecto. Como tú —le guiñó un ojo.

Ella apretó los labios, por miedo a sonreír ante ese tonto cumplido y darle ánimos. Mañana volvería a ser ella misma. Bien descansada, centrada y bajo control.

Y en cuanto repasaran el testamento de Digger y pusieran los detalles en orden, al fin quedaría libre de Sam McCants.

Sam dejó su camioneta en el aparcamiento del Cactus Flat First National Bank.

Las nubes oscurecían el horizonte y amenazaban con lluvia, pero de momento, el cielo sobre el pueblo era de un azul intenso y soplabla una ligera brisa.

Las nueve en punto.

Llevaba en pie desde las cinco. Había que trasladar el ganado a los pastizales del este.

Además, no había podido dormir mucho debido a esa rubia de generosas curvas. Había sabido que esos labios suaves serían dulces, pero jamás esperó que al besarla fuera a sentir semejante sensación. Con un sólo beso ella había liberado algo en él próximo a la violencia. Luchó por contener la necesidad que le había provocado de tirarla al suelo en aquella hamaca y besarla como de verdad quería hacerlo.

Desabotonarle la blusa y pasar sus manos por esa piel lisa y sedosa.

En aquel momento, lo único que había querido era tenerla en su cama... y lo único que ella había querido era una excursión por las montañas para buscar cuerpos muertos. Maldición, pero la sintió temblar. Durante un instante, cuando se olvidó de sí misma y se relajó, había sido como melcocha caliente en sus manos. Su orgullo masculino quedó ligeramente compensado, pero sólo ligeramente. Si deseaba mantener su autoestima intacta, lo mejor era que escuchara a esa voz interior que le decía que se mantuviera alejado de Faith Courtland.

Cuando entró en el banco ella se levantó de la silla. Su traje azul marino era conservador, con la falda hasta las rodillas y una sencilla blusa blanca bajo la chaqueta. Llevaba puestas las gafas metálicas y se había recogido el pelo hacia atrás.

Su única concesión a la feminidad era un collar de perlas de una sola vuelta.

Su imagen oficial, pensó Sam. Y así como le gustaba más con unos vaqueros ceñidos o una falda corta con zapatos de tacón alto, también había algo atractivo en ese estilo severo. Algo que estimulaba su imaginación y hacía que se preguntara cómo estaría con sólo el collar de perlas y las gafas, mientras el pelo le caía sobre los hombros cuando él quitaba las horquillas de ese moño.

—Buenos días —animado por esa imagen, sonrió e inclinó el sombrero.

—Buenos días —repuso ella con una sonrisa rígida.

Jennifer Summers, directora de cuentas, salió de detrás del mostrador y se dirigió a él.

—Hola, Sam. Hacía tiempo que no te veía.

Había salido a cenar con la bonita morena... ¿cuándo? ¿Dos, tres semanas atrás?

No, un mes. Había querido llamarla.

—He estado ocupado en el rancho. Aunque pronto habrá menos trabajo —  
sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa mientras enroscaba un largo mechón de pelo entre los dedos, pero se irguió al ver que Faith la miraba con ojos fríos.

—Oh, señorita Courtland. Usted esperaba a Sam... quiero decir, al señor McCants, ¿no es verdad?

—Debo abrir mi caja de seguridad, Jen —le entregó la llave—. Y si es posible,

¿podemos usar tu oficina privada?

—Desde luego —había recuperado la sonrisa—. ¿Os traigo café, té...?

Faith pensó que añadiría *o yo*. Santo cielo, ¿es que toda mujer que conocía a Sam McCants caía rendida a sus encantos de vaquero? Qué pregunta tan estúpida. Claro que sí. ¿Acaso no lo había hecho ella?

Recordó la sensación de sus labios contra los suyos, de su mano por su cintura, la presión de su duro cuerpo contra el suyo...

—¿Faith?

Sam y Jennifer la miraban. Él ya había salido de la cámara acorazada y sostenía la caja de seguridad en la mano.

Se aclaró la garganta, con la esperanza de que el calor que sentía en el cuello no hubiera llegado aún a sus mejillas, y los siguió a la oficina en la parte posterior del banco.

—Llama si me necesitas —indicó Jennifer, pero Faith tuvo la impresión de que no se refería a ese día.

Sam apartó la silla para Faith, luego se sentó detrás del escritorio. Ella empezó a sentir un nudo en el estómago cuando abrió la caja y extrajo un sobre marrón. Al romperlo y sacar dos hojas de papel, el nudo se acentuó.

Sam la miró, luego bajó la vista y comenzó a leer: *Querido Sam,*

*Bueno, hijo, si estás leyendo esto quiere decir que al fin ha llegado la hora de mi despedida. Sé que todo el mundo creía que era demasiado terco*

*para marcharme, aunque jamás me ha gustado ser predecible. Un hombre debe guardar algunas sorpresas, ¿no crees?*

*Estoy convencido de que ya has descubierto al menos una de esas sorpresas... Elijah Jane Corporation. Piensas que alguien te está gastando una broma, ¿no? Pues no es así, hijo, es la pura verdad. Imagina a un viejo excéntrico como yo metido en una empresa como Elijah Jane. ¿No es de risa? Ni siquiera yo me lo creí del todo estos años.*

*Sam, tú y los Stone fuisteis lo más cercano a una familia que tuve jamás. Sé que sobre esos hombros tienes una cabeza sensata y confío en ti para que administres mis bienes. Pero voy a pedirte una cosa, algo que para mí es muy importante. A cambio, Matilda recibirá la cafetería, con su sueldo triplicado durante los próximos veinte años además de la pensión, y tú, hijo, bueno, voy a darte algo que siempre has querido... esos veinte mil acres que has intentado comprar al este del Círculo B. Otra sorpresa. Adquirí esa parcela hace veintisiete años, pensando que al fin me asentaría. No tuve suerte, pero la conservé, bajo otro nombre, con la esperanza de que algún día fuera de utilidad.*

*Bueno, Sam, ese día ha llegado y esto es lo que me gustaría que hicieras por mí.*

*Se detuvo y miró a Faith. El nudo en su estómago la tenía inmovilizada.*

*Aferraba los apoyabrazos de la silla con dedos tensos.*

*—Continúa —susurró.*

*Quiero que te cases con la vicepresidenta de Elijah Jane, la señorita Faith Courtland, que por casualidad también es mi hija.*

# Capítulo 4

El débil sonido de un teléfono en alguna parte del banco fue lo único que se oyó en el pequeño despacho. Faith estaba inmóvil, con la cara tensa.

—¿Qué has dicho?

Fue un murmullo ronco apenas audible en la quietud, aunque también a Sam le resultaba difícil encontrar palabras.

—¿Eres la *hija* de Digger Jones?

—Eso ya lo he oído, y también lo sabía —el color regresó a sus mejillas—. Lo que me confunde es esa parte de que te cases conmigo.

—Pues yo estoy más que un poco confuso, cariño. ¿Digger Jones es tu padre y quiere que me case contigo?

—Te aseguro que yo estoy tan sorprendida como tú —repuso con los dientes apretados—. ¿Por qué no terminas de leer y luego lo discutimos?

«¿Discutirlo?» Acababan de arrojarles una bomba y ella permanecía sentada ahí, firme como una roca. ¿Había algo que pudiera sacudir a esa mujer?

Cuando llamaron a la puerta, Faith se sobresaltó y durante un momento, sólo un momento, Sam vio pánico en sus ojos. Después de todo no está tan calmada, pensó, y cuando Jennifer asomó la cabeza, tranquilizó a la morena de que todo iba bien.

Continuó leyendo el testamento.

*Faith es una buena mujer, Sam. De confianza, responsable. Firme y fuerte, por no mencionar que es preciosa. La he visto crecer con Elijah Jane, no en persona, pero aún así he llegado a quererla mucho, igual que a ti. Nada me haría más feliz que veros unidos. Sin embargo, sé que los dos sois tercos como mulas, así que me he ocupado de algunos asuntos, por vuestro bien, desde luego. Sólo dos meses, es lo que os pido. Un matrimonio legal durante dos meses, bajo el mismo techo. Tú obtienes la tierra y Faith lo que sé que desea, la presidencia de Elijah Jane, junto con todas mis acciones con voto y la empresa. Si en ese tiempo el matrimonio no sale bien, cada uno puede seguir su camino. La tierra será tuya y Elijah Jane de Faith, y la cafetería y el sueldo de Matilda.*

*Bueno, hijo, no te envidio que tengas que explicárselo a Faith. No hace falta decir que a ella no va a gustarle, y que tiene una vena independiente que me recuerda mucho a la tuya.*

*Pero, ¿quién sabe? Sammy, muchacho, en dos meses puede que los dos me lo agradezcáis.*

¿Agradecérselo? Atontado, dejó el testamento y se apoyó en la silla. Faith lo miraba con expresión impasible; luego se incorporó y se

acercó a la ventana que daba al aparcamiento.

—Lo impugnaremos, por supuesto —comentó—. Es evidente que no estaba en su sano juicio.

La observó cruzar los brazos en un gesto protector, como si de ese modo se sostuviera física y emocionalmente.

—¿Hace cuánto que sabes que Digger era tu padre?

—Sólo biológico —se llevó una mano a la sien y suspiró—. Mi madre me lo contó hace tres semanas, poco después de que nos enteráramos de su muerte. Se mantuvieron en contacto a lo largo de los años, incluso fue ella quien arregló que yo entrara a trabajar en Elijah Jane siendo adolescente. Sabía que Digger te había nombrado albacea de sus bienes. Le dio tu nombre como contacto, incluso le dijo que había dejado un testamento contigo.

—Entonces, ¿por qué demonios no me informaste de que era tu padre?

—No tenía motivos para ello, al menos no hasta enterarme de lo que había en su testamento. Además, ¿me habrías creído?

Apenas aceptaba el hecho de que Digger fuera el propietario de Elijah Jane Corporation. Ni en un millón de años habría imaginado que tenía una hija. Soltó una maldición en voz baja.

—¿Quieres hablarme de ello?

Durante unos momentos ella siguió mirando en silencio por la ventana, y cuando al fin habló, su voz sonó controlada.

—Mi abuelo, Hayden Buchanan, era dueño de una compañía de inversión en Boston, una firma prestigiosa con clientes muy ricos e influyentes. Mi madre, Colleen, trabajaba allí, sólo a jornada parcial, algo con lo que ocupar las horas entre los almuerzos de sociedad y las funciones de caridad a los que se esperaba que asistiera. Su tarea era ir a encargar los bocadillos —se apartó de la ventana, con una expresión distante en los ojos—. Mi madre me dijo que para ella fue amor a primera vista. No le importó que él fuera mayor. Pensó que Digger parecía Sean Connery y Kirk Douglas en una persona.

—Ahora sé que te has equivocado de tipo.

Faith sonrió.

—Hasta mi madre reconocía que por fuera era un poco tosco, pero eso lo hacía atractivo a sus ojos. Jamás dejó de ir un día a encargar los bocadillos. Pasado un tiempo, empezaron a verse. En secreto, por supuesto. Mis abuelos nunca habrían permitido que su única hija saliera con un hombre que se ganaba la vida haciendo bocadillos. Le habían elegido al hijo de un cliente rico, y estaban ansiosos de que se casara. Ya había cumplido veintisiete años. Era mayor para sus normas.



—Vieja —a pesar de la seriedad de la situación, Sam no pudo evitarlo.

Faith ignoró el comentario y continuó:

—Planearon casarse, incluso sin la aprobación de mis abuelos. Pero Digger primero quería hacer una casa para ellos en Texas. Ella aceptó esperarlo mientras regresaba a realizar todos los preparativos. Mis abuelos se enteraron de sus planes y los frenaron, luego obligaron a mi madre a casarse con el hombre que ya habían elegido, Joseph Courtland III. Éste era ambicioso, de modo que no le importó que mi madre esperara el hijo de otro hombre. Recibió un ascenso junto con la honrosa posición de ser el yerno de una de las familias más ricas de Boston.

—Conozco a Digger, él jamás... —Sam sacudió la cabeza.

—No, Sam, no conoces a Digger —su voz sonó cortante—. Y yo tampoco. De todos modos, no importa. Pasara lo que pasara hace veintisiete años, ya es pasado.

Ahora mismo debemos enfrentarnos al tema que nos ocupa.

Ni por un segundo Sam pensó que a ella no le importaba. Pero de momento lo dejó pasar.

—¿Te refieres al «tema» de casarme contigo?

—Es absolutamente estúpido.

Era absurdo, por supuesto, pero hizo una mueca ante su elección verbal. Se contuvo de decirle que había algunas mujeres que podrían estar en desacuerdo con su opinión.

—Claro que lo es.

—¿Hay un abogado en el pueblo? —preguntó, mirando los papeles sobre la mesa.

—Ethan Mitchell.

Se acercó al escritorio. En esa ocasión, Sam notó que las piernas le temblaban levemente. Levantó el auricular del teléfono y se lo pasó.

—Dile que vamos a verlo.

Estaba claro que Faith no tenía un buen día.

Se hallaba sentada en el Hungry Bear Café, oía las voces de la gente que la rodeaba y el ruido de los cubiertos, olía las hamburguesas y el café, pero se sentía atontada, como si su cuerpo estuviera allí pero su mente flotara en una bruma.

Se esforzó por salir de esa niebla, por hacer que todo lo que había sucedido aquella mañana encajara y entender lo que el abogado les había explicado. Un testamento manuscrito, había indicado Ethan Mitchell, era perfectamente legal. Si cada palabra la había escrito de puño y letra el fallecido, en una hoja en blanco, con las condiciones expuestas con claridad, era válido. Y Digger había respetado todos

esos criterios.

Y eso no era lo peor.

El primer problema radicaba en que no había cadáver. El estado tendría que aprobar la petición, que con toda probabilidad haría, consideró Ethan, pero eso requería varios meses. Y en lo que concernía al matrimonio, su consejo fue que cumplieran con lo que les pedía Digger. Cuando se aprobara la petición del fallecimiento, ya habrían pasado los dos meses estipulados, y ellos podrían conseguir una anulación por divorcio... y luego heredar. Impugnarlo sólo retrasaría aún más las cosas, costaría dinero y sin duda sacaría el caso a la atención pública.

Y eso era algo que Faith no quería bajo ningún concepto.

Suspiró, se reclinó contra el respaldo y observó a Sam hablar por teléfono. Tenía un hombro apoyado contra la pared y la cabeza gacha.

Había manejado todo muy bien, pensó. Mucho mejor que ella. Todo el día había estado al borde de la histeria, aunque jamás dejaría que Sam McCants lo supiera. La futura presidenta de Elijah Jane no lloraba, ni gritaba ni tiraba cosas.

La furia atravesó la bruma que la envolvía. ¡Cómo se atrevía Digger a hacerle eso! ¿No bastaba con que hubiera dejado a su madre, embarazada y sola... con que hubiera abandonado a la mujer a la que supuestamente amaba con su hija? ¿Por qué, veintisiete años después, interfería en la vida de una hija a la que jamás conoció? ¿Y

qué derecho tenía a elegirle un hombre o a establecer condiciones?

¿Y por qué elegiría a uno que no la querría, que había dejado claro que no tenía intención de casarse? Sam y ella eran tan distintos como el día y la noche. ¿Por qué Digger habría pensado que ella y ese vaquero soltero podrían ser el uno para el otro?

Volvió a mirar a Sam, vio cómo se echaba el sombrero para atrás y dejaba al descubierto su rostro anguloso. Al menos reconocía que en lo físico no había problema. En el terreno sexual se sentía moderadamente atraída por él. Oh, de acuerdo, extremadamente atraída. Poseía un cierto encanto, un modo de mirar y sonreír a una mujer que hacía que se te estremeciera todo. Pero no pensaba decírselo; ya tenía un ego bastante grande. Todas las mujeres solteras, jóvenes o mayores, que se acercaban a cincuenta metros de él ponían los ojos en blanco. Si cedía a su atractivo, no dejaría de ser otra mujer con las rodillas temblorosas.

—No cuesta nada mirarlo, ¿verdad?

Sobresaltada, alzó los ojos y reconoció a la rubia platino presente en el servicio de Digger. Era Matilda. El rubor invadió su rostro y apartó rápidamente la vista, estudiando con atención el oso disecado

que se alzaba amenazador por encima de la máquina de música en el rincón.

—Sólo miraba al oso —musitó.

Matilda soltó una risa estridente para una mujer de aspecto tan frágil, luego depositó dos vasos con agua en la mesa.

—No hace falta sentirse avergonzada, cariño. Si yo tuviera veinte años menos, demonios, si sólo fuera diez años más joven y estuviera soltera, saltaría sobre los huesos de ese chico y disfrutaría del viaje —la mujer se acercó—. Tengo entendido que es un salvaje.

Faith tosió y bebió un sorbo de agua.

—Pues no lo sé.

—¿No? —Matilda frunció el ceño—. El modo en que te miraba cuando entrasteis me hizo pensar que los dos... bueno, ten paciencia, cariño. Puede que éste sea tu día de suerte.

¿Día de suerte? Faith casi se atraganta. Un grito creció en su garganta y tuvo la certeza de que si Sam no hubiera aparecido y levantado a la camarera en brazos, lo habría soltado.

Cuando la dejó de nuevo en el suelo, ella le dio un golpe juguetón en el brazo, luego le pidió que se quitara el sombrero y que se comportara. Con una sonrisa, él arrojó el Stetson sobre el asiento y se deslizó a su lado.

—¿Cómo le va a Dodge? —le preguntó a Matilda, y a Faith no se le pasó por alto la preocupación en su voz.

—El viejo nos va a sobrevivir a todos, a menos que yo le pegue un tiro. Estar sentado todo el día en la silla de ruedas lo ha vuelto gruñón... eso y su orgullo masculino herido por no poder trabajar. Pero tú no te preocupes, Sammy, no tardará en volver a caminar —alguien desde la parte de atrás pidió café a gritos y Matilda le respondió a toda voz que era de mala educación gritar, luego se volvió a Sam—.

¿Qué os traigo a ti y a tu chica?

—Mi chica —repitió Sam, estirando la palabra— tomará una hamburguesa, patatas fritas y un batido de chocolate. Para mí lo mismo.

—Puedo pedir por mí misma —le pasó el menú a Matilda—. Me gustaría una hamburguesa, patatas fritas y un batido de chocolate.

—Quitaré las cebollas —riendo, Matilda recogió el menú y le guiñó un ojo a Faith.

—¿Dodge es su marido? —preguntó cuando se marchó.

—Sí. Hace tres semanas un tractor le pasó por encima. Se recupera bien, pero los médicos no saben si volverá a caminar.

Faith observó al pequeño torbellino hacerle un pedido al cocinero,

luego bromear con un vaquero sentado al mostrador y servir unas tazas de café.

—Lo lleva bien.

—Matilda no es de las que se dedica a pensar en lo que pudo haber sido.

Siempre ha aceptado lo que le ha puesto el destino, sacándole el mejor partido.

Aunque si el Hungry Bear cierra, se quedará sin trabajo.

—¿Vas a hablarle sobre el testamento? —preguntó Faith con dientes apretados.

—Tengo que hacerlo —frunció el ceño—. Pero todavía no. No hasta que tú y yo hayamos aclarado algunas cosas. Además, no recibirá un centavo hasta que hayamos satisfecho las condiciones de Digger, ¿recuerdas?

—Debe haber algún modo de ayudarla a ella y a su marido —cerró los ojos—.

Algo que podamos hacer sin... sin... —ni siquiera podía decirlo.

—¿Casarnos? —sacudió la cabeza—. Ya he intentado ayudarlos, incluso me ofrecí a llevar a Dodge a ver a un especialista en Dallas, pero él piensa que es caridad y se niega a ir.

Faith contempló el hielo en el vaso. Había demasiadas personas envueltas en este lío cuyas vidas quedarían profundamente afectadas por cualquier decisión que tomaran.

—Esa tierra de Digger —comentó con cautela—, los veinte mil acres... ¿es importante para ti?

—Es vital para el pastoreo. Hasta ahora he estado alquilándole tierras a Jake, pero su rebaño se ha duplicado en los últimos tres años, y cuando el mes próximo expire mi contrato necesita recuperarlas. Me verá obligado a vender una buena parte del rebaño si no encuentro otras tierras.

A pesar del ruido a su alrededor, Faith sintió que la invadía una calma súbita.

Era una mujer de negocios, ¿no? Había realizado tratos más difíciles que éste, aunque ninguno tan inusual. Si dejaba a un lado las emociones y analizaba la situación desde una perspectiva objetiva, la respuesta era sencilla.

Sólo eran negocios. Respiró hondo, se irguió y miró a Sam a los ojos.

—Tú necesitas la tierra —afirmó, juntando las manos en el regazo—. Y yo necesito el control de Elijah Jane.

—¿Estás pensando en lo que creo que estás pensando? —preguntó con ojos entrecerrados, apoyándose en el respaldo.

—No puedo dejar que todo aquello por lo que he trabajado estos años se venga abajo —repuso con firmeza—. Y no será un matrimonio de verdad.

—Claro que no.

—No tendríamos que... bueno... —se sonrojó.

—No, no tendríamos que hacerlo.

Faith tenía la garganta seca y el corazón quería salirse del pecho.

—Dos meses. Podremos aguantarlo.

—Bajo el mismo techo —le recordó Sam—. Y te garantizo que yo no pienso ir a Boston.

—Puedo trabajar desde el ordenador de Digger, con un fax y una línea telefónica.

Se estudiaron durante un buen rato, y la tensión los envolvió como una red. Él se adelantó, lo suficiente como para que ella captara la fragancia de su loción para después de afeitarse y su aroma personal aún más embriagador.

—Señorita Courtland —le agarró las manos, y la áspera piel de sus palmas hizo que Faith sintiera un hormigueo por todos los brazos—, ¿me estás pidiendo que me case contigo?

Ella tuvo que tragar saliva antes de poder responder.

—Sí, señor McCants. Imagino que sí.

Sam se acercó aún más, y a pesar del local atestado y de sí misma, ella se inclinó hacia él. Sus bocas quedaron a unos centímetros, y él clavó la vista en sus labios.

—Has olvidado algo, sólo una complicación menor, estoy seguro.

—¿Cuál? —susurró ella.

—Arnold.

—¿Arnold?

—Sí —sonrió—. Ese otro tipo con el que se suponía que te ibas a casar.

¡Harold! Boquiabierta, se echó hacia atrás, liberando las manos. Santo cielo, se había olvidado de Harold. ¡Maldición, maldición!

—Yo... lo... llamaré. En cuanto se lo explique, le parecerá bien.

—¿Le parecerá bien que te cases con otro? —Sam sacudió la cabeza—. Oh, sí, es cierto, olvidé que es comprensivo.

—¿Y qué me dices de ti? —inquirió Faith—. ¿Qué le contarás a todo el mundo?

Sam miró a Matilda con gesto pensativo.

—Lo mejor es que no le revelemos a nadie la verdad, al menos no hasta más adelante. Matilda se pondrá a gritar diciendo que es otro acto de caridad —sonrió—.

Diré que te declaraste y que no fui capaz de romperte el corazón.

—Si fueras un caballero, dirías que tú te declaraste y que yo no fui capaz de romperte el corazón.

—Cariño, nunca he dicho que fuera un caballero —sus ojos brillaron con un perverso destello de diversión—. De acuerdo, ¿qué te parece si contamos que nos enamoramos locamente y no pudimos esperar a hacerlo legal?

—Es verdad a medias —concedió—. Cuanto antes lo legalicemos, antes tendremos lo que ambos queremos.

—¿De verdad? —la mirada que le lanzó fue intensamente sexual. Ella sintió calor en su interior.

Faith no pudo contestarle y agradeció que Matilda volviera con las hamburguesas. Dos meses no era tanto tiempo, se dijo, y respiró hondo. Ocho semanas insignificantes. Pasarían en un abrir y cerrar de ojos.

Sintiéndose aligerada una vez tomada la decisión, le dio un mordisco a la hamburguesa y le sorprendió descubrir que tenía hambre. El tiempo pasaría deprisa, pensó, ella se mantendría tan inmersa en el trabajo que lo más probable es que nunca viera a Sam. Regresaría a Boston como presidenta de Elijah Jane... y Sam McCants no sería más que un recuerdo lejano.

Se casaron tres días después en Horse Bend, una pequeña ciudad situada a cincuenta kilómetros. Sam no había querido que la noticia se hiciera pública antes de la boda, por ello solicitó la licencia allí. Jake Stone fue su testigo, y Savannah de Faith, y los únicos asistentes el resto de la familia Stone.

No le había resultado fácil mentirle a sus amigos, pero en ese momento la verdad sobre la fortuna de Digger y su ridículo testamento eran más increíbles que la historia de que Faith y él se habían enamorado y no veían la hora de casarse. Nadie necesitaba conocer la verdad, ni siquiera Jake, aunque sospechaba que su mejor amigo no se había tragado eso del amor desesperado. Sabía que le contaría la verdad, después de que Faith regresara a Boston, él tuviera sus veinte mil acres y Matilda la cafetería. Todos reirían, quizá fumarán un cigarro y tomarán unas cervezas para celebrar sus nuevas tierras. Sam volvería a ser un soltero satisfecho y Faith podría casarse con Arnold... o Harvey... o como quiera que se llamara el idiota.

Porque era un idiota, pensó, mirando a Faith cuando Savannah la abrazó después de la breve ceremonia. ¿Qué hombre en su sano juicio la perdería de vista, menos aún dejaría que se casara con otro y viviera en su casa, solos, durante dos meses?

La garganta se le había secado al verla entrar, con el pelo recogido y unos pocos rizos sueltos enmarcándole el rostro. Incluso iba vestida

con el blanco tradicional, un bonito vestido de encaje hasta las pantorrillas. Dio por sentado que la elección del color era para convencer a todos de que se sentía feliz como novia. El pequeño ramo de flores rosadas que le había llevado Jessica hacía juego con sus mejillas y sus labios, que besó unos momentos antes para sellar el juramento. Labios suaves y sensuales que temblaron levemente bajo los suyos, lo que lo obligó a probarla un poco más antes de apartarse a regañadientes.

Entonces ella lo había mirado, y de no haber conocido la farsa habría pensado que en realidad se sentía feliz, incluso radiante. Como una mujer enamorada.

Pero todo era fingido, se recordó. Cada uno ganaba algo con ese matrimonio, y no tenía nada que ver con el amor.

—Ponte junto a Faith —Annie mostró una cámara—. Quiero sacarte una foto con tu mujer.

Esa palabra fue como un golpe en el pecho. La rodeó con el brazo y soportó una foto tras otra antes de que el grupo los llevara al restaurante de la ciudad para celebrarlo. Sin importar que los Stone se lo creyeran o no, tenían intención de festejarlo como una boda de verdad.

Era una pena que Faith no sintiera lo mismo sobre la noche de bodas, pensó frustrado. Imaginó su enorme cama en el rancho, y el hecho de que esa noche iba a dormir en ella solo incrementó su frustración. Se imaginó quitándole ese vestido de encaje por sus preciosos hombros y tendiéndola en la cama para enterrarse en lo más hondo de ese esbelto cuerpo hasta que ella perdiera el control, hasta que temblara bajo él y lo deseara con la misma intensidad que él la deseaba.

Maldijo en silencio y alzó la copa para que le sirvieran más cerveza. Si no podía tener a Faith esa noche en su cama, entonces se consolaría con una buena borrachera.

Ella llevaría el coche, pensó irritado. Por el modo en que sorbía el champán, las burbujas no le harían efecto hasta la semana siguiente.

Annie y Jared fueron los primeros en marcharse, aduciendo que estaban cansados. Pero la mirada que le lanzó a Savannah y Jessica hizo que se preguntara si no tramaban algo. Conociéndolos, lo mejor era mantener los ojos abiertos y cuidarse la espalda.

Treinta minutos, dos porciones de tarta y tres cervezas después, Sam le dio a Faith las llaves del coche, se estiró en el asiento delantero de la camioneta y se cubrió la cara con el Stetson.

Sorprendida y encantada de que le permitiera llevar su vehículo, Faith se sentó ante el volante. Se sentía un poco mareada, no por el

champán, sino por la celebración en general. La boda había sido como algo salido de una fantasía.

Y Sam. El corazón le dio un vuelco al recordar su mirada intensa cuando pronunciaron los juramentos. Antes había creído que era atractivo, pero ese día, vestido con un traje negro, relucientes botas negras y el Stetson, lo había encontrado devastador. Y cuando la besó con tanta ternura, tanta sensualidad, durante un jadeante instante se preguntó si no estaría haciendo un pacto con el diablo. Cuando volvió a besarla, ya no le importó.

—Nunca antes he hecho esto —giró la llave y el motor rugió. Estaba acostumbrada a un utilitario y se sentía pequeña detrás del volante de un vehículo tan potente.

—¿Casarte? —su respuesta fue un gruñido.

Faith se preguntó por qué estaba tan irritado, pero decidió que no iba a permitir que le estropeará su buen humor.

—Eso también. Pero me refería a conducir una camioneta —puso marcha atrás y el coche retrocedió con una fuerte sacudida.

El sombrero de Sam salió volando, y él tuvo que equilibrar sus largas piernas y brazos para enderezarse.

—Santo cielo, ¿es que intentas matarme? —agarró el cinturón de seguridad.

—Eso me complicaría demasiado la vida —rió—. Aunque viuda McCants no suena mal, ¿no crees? —él volvió a acomodarse el sombrero sobre la cara—.

Hablando de anillos... —Faith alzó la mano izquierda y el diamante refulgió bajo las luces del aparcamiento—... quiero darte las gracias por comprármelo. Es precioso, aunque no era necesario.

—¿Qué quieres decir con que no era necesario? —espetó—. ¿Qué demonios se suponía que te iba a poner en el dedo, la anilla de una lata de cerveza?

—Sólo quería decir que no tenías que haberme comprado algo tan bonito. Si no puedes devolverlo, yo te pagaré su importe.

—Se acabó —la miró con ojos furiosos—. Para el coche.

—Pero...

—Para el coche, maldita sea.

Frenó y se volvió para mirarlo, un poco asustada por ese súbito exabrupto, pero más confusa que otra cosa. Estaba claro que era temperamental.

—Sin duda puedo permitirme comprarle a mi esposa un anillo, maldición. Y

bajo ningún concepto necesito que me lo reembolses.

—De acuerdo —asintió ella—. Entonces, gracias.



—De nada —cruzó los brazos y miró al frente—. Y si en algo te tranquiliza, no lo compré. Era de mi madre.

¿De su madre? Conteniendo el aliento alzó la mano y contempló el hermoso diamante rodeado de diminutos y centelleantes brillantes. ¿Le había dado el anillo de su madre? ¿Pensaba que con eso la tranquilizaba?

No pudo hablar. Sintió los ojos húmedos, pero no le importó. Cuando Harold le regaló un anillo, en ningún momento tuvo los ojos llorosos. Todo había sido como parte del itinerario. Contuvo las lágrimas e intentó recuperar el control antes de hacer algo muy tonto, como arrojarle a sus brazos y besarle como una verdadera esposa besaría a su marido.

Fueron en silencio; Faith disfrutando de la potencia de la camioneta en la carretera, Sam mirando pensativo por la ventanilla. En varias ocasiones ella sintió su mirada ardiente, y se afanó por concentrarse en el camino. La tensión llenaba el habitáculo como antes de una tormenta, espesa y fuerte. Sintió una mezcla de alivio y aprensión renovada al entrar por el sendero que llevaba al rancho. No tardarían en bajarse del vehículo, pero entonces estarían en su casa.

Solos.

Con manos sudorosas, aparcó y contuvo el aliento al mirar la casa. No sabía qué había esperado, pero no eso. El lugar era enorme; rivalizaría con cualquier mansión de la zona más rica de Boston. Tenía dos plantas, con ladrillo visto y unas altas puertas de roble con cristales que reflejaban el paisaje iluminado. Nunca antes había pensado en la situación financiera de Sam, pero al ver la casa no cabía duda de que tenía dinero. Lo observó, demasiado atontada para hablar.

—¿Te gusta? —preguntó él con indiferencia, pero vio el placer reflejado en sus ojos al contemplarla.

—Es... es hermosa —susurró.

—No está mal para un vaquero —se desabrochó el cinturón de seguridad—.

Ven. Te la mostraré.

—Sam. Espera —le tocó el brazo antes de que pudiera salir de la camioneta—.

Sólo... quiero decirte que, bueno, lo de hoy fue... bonito.

—¿Bonito? —bajó la vista a su mano.

Ella la quitó, agradecida de que reinara la oscuridad en el vehículo y no pudiera verle el rubor.

—Sé que no era de verdad, la ceremonia y la cena, pero aún así yo...

—¿Tú qué? —la observó con intensidad.

Ella cerró los ojos, sin saber cómo explicarle sus sentimientos, sin estar segura de desear hacerlo.

—Podría haber sido terriblemente incómodo, pero tú y los Stone hicisteis que casi... fuera agradable.

—Casi, ¿eh? —enarcó las cejas.

—Muy agradable —sonrió.

Sam no supo por qué de repente sintió una oleada de irritación ante ese reconocimiento. Quizá fuera por la inocencia que parecía salir de ella, o tal vez por el hecho de que estaba tan hermosa en ese momento. O quizá se debiera al nudo que tenía en el estómago del esfuerzo que hacía para no atraparla en sus brazos, ir escaleras arriba y echarla sobre la cama. Le mostraría lo que era muy agradable.

—Bueno, considéralo un ensayo para Ronald, cariño —supo que el comentario era cruel e innecesario, pero parecía que su frustración dominaba la situación, no su educación. Se acercó y añadió con voz ronca—: De hecho, como él es tan comprensivo, ¿por qué no aprovechamos la luna de miel?

Sam odió las palabras en cuanto las pronunció y el dolor que vio en sus ojos hizo que deseara darse un golpe. ¡Maldita sea! Nunca le había hablado así a una mujer. No le gustó nada.

Ella bajó del coche antes de que pudiera detenerla y se dirigió a la entrada con la gracia de una reina.

—¡Faith! —cerró la puerta a su espalda, pero ella no se detuvo. La alcanzó en tres zancadas y le sujetó el brazo.

—Si me indicas dónde está mi habitación, me...

—Faith...

—... apartaré de tu...

—¡Faith!

Como ella no lo escuchaba y se había apartado de él, hizo lo único que se le ocurrió. La alzó en brazos. Ella jadeó cuando la apretó contra su cuerpo.

—Lo siento —cuando se negó a mirarlo, aproximó el rostro al suyo—. No te lo merecías. No es una excusa, pero estoy nervioso, eso es todo. Puedes azotarme si lo deseas.

Ella guardó silencio un buen rato, y permaneció rígida en sus brazos.

—Eso no es lo que me motiva —repuso al final, con cara tan seria que Sam no supo si bromeaba. Cuando Faith esbozó una leve sonrisa, él soltó el aliento contenido.

—Lo siento —dijo en voz baja.

Ella suspiró, pasó los brazos por su cuello y lo miró a los ojos.

—No es fácil para un soltero empedernido dar el paso, ¿verdad? Aunque no sea de verdad.

—Fue muy agradable —repitió sonriendo.

Ni siquiera se había dado cuenta de que había empezado a dirigirse a la puerta de entrada... que llevaba en brazos a su mujer. Cuando la cruzaron, se detuvo.

Había docenas de velas al pie de la escalera de caracol, con pétalos rosados y blancos diseminados por los escalones. En una mesa pequeña junto a la escalera había una botella de champán enfriándose en una cubitera de plata al lado de un jarrón lleno de rosas blancas.

—¿Tú...? —Faith lo miró con ojos muy abiertos.

Sacudió la cabeza, deseando haber pensado en ello, haber sido él quien provocara ese exquisito placer en su rostro.

—Deben haber sido Annie y Jared. Habrán venido al irse del restaurante.

El aire tenía una dulce fragancia, y el tentador perfume de Faith le desbocó los sentidos. La sensación de su cálido cuerpo contra el suyo, de sus labios entreabiertos, de sus brazos alrededor de su cuello y hombros...

—Sam —susurró—, ya puedes bajarme.

Lo hizo. Despacio, dejando que su cuerpo se deslizara pegado al suyo, una tortura sensual que lo obligó a apretar los dientes y a maldecir mentalmente. Cada curva de su cuerpo lo quemaba, le hacía hervir la sangre y latirle el corazón con fuerza. Ella aún tenía los brazos alrededor de su cuello, los ojos entrecerrados, evitando mirarlo mientras la bajaba al suelo.

Lo habría conseguido, se dijo, habría mantenido su control si tan sólo ella no lo hubiera mirado, con el rostro acalorado y los ojos llenos de deseo. Sus pies ni siquiera llegaron a tocar el suelo cuando él le cubrió la boca con la suya, aplastándola contra sí mientras profundizaba el beso.

Faith jamás se sintió tan consumida. Los fuertes brazos de Sam la sostenían al tiempo que con la boca la absorbía. El fuego invadió su cuerpo, penetró en todas y cada una de sus venas y, porque le resultó imposible no hacerlo, le devolvió el apasionado abrazo, temblando por la fuerza que se agitaba en su interior.

Notó que las manos de Sam asían sus glúteos y la alzaban, acoplando sus cuerpos en una posición más íntima. Sus pechos se adhirieron a su musculoso torso.

Quería sentir sus manos, sus labios. Emitió un gemido al sentir la presión de su excitación contra las piernas, luego, instintivamente y sin pudor, se pegó a él.

También Sam gimió, apretando las manos en su trasero.

Llevó la boca, ardiente y húmeda, por su mejilla y su oreja; sin dejar de probarla, de devorarla, bajó hasta el cuello y su lengua remolineó sobre su errática vena. La recorrió el placer y en su cabeza reverberó el frenético sonido de su corazón.

—Faith —susurró roncamente, y su aliento cálido le abrasó la piel—. Ven conmigo arriba. A mi cama.

Percibió la cruda necesidad en su voz, la sintió en su propio cuerpo. Quería hacerlo. Pero, ¿cuando llegara la mañana, después de que hubieran saciado el anhelo físico y tuviera que mirarlo a la cara a plena luz del día... entonces qué? Ambos estaban atrapados en el momento, pero no se atrevía a olvidar que nada de eso era de verdad. Se trataba de una fantasía que desaparecería cuando saliera el sol.

Oh, Dios, al cerrar los ojos lo recordó. Aún no le había hablado a Sam sobre el día siguiente. Lo intentó dos veces, pero en ambas la interrumpió y se negó a escuchar.

—No... no puedo, Sam. Lo siento —a regañadientes apartó el cuerpo. Cuando tocó el suelo con los pies, las rodillas apenas la sostuvieron—. Acerca de mañana...

me... me voy a las montañas.

—¿De qué demonios estás hablando? —se quedó asombrado—. Creía que habíamos llegado a un acuerdo.

—No. Tú llegaste a un acuerdo, no yo. Si encuentro el cuerpo de Digger, el testamento se aceptará con más facilidad. Debo ir, no sólo por Elijah Jane, sino por mí, por mi madre. Tengo que saber... que... que al menos lo intenté, sin importar lo inútil que pueda parecer dicho esfuerzo.

Él se pasó las manos por el pelo y sacudió la cabeza.

—Es una locura, Faith. Y peligroso. No te dejaré hacerlo.

Ella invocó sus últimos gramos de determinación y enderezó los hombros.

—No creo que tengas ninguna opción, a no ser que me ates.

—¿Es una invitación? —dijo un paso amenazador hacia ella.

Faith no se movió, aunque se le puso un nudo en el estómago.

—Ya he hecho los arreglos pertinentes. Por la mañana vendrá a buscarme un guía.

—¿Un guía? ¿Quién?

—Lo contraté por medio de una agencia de turismo de Texas. Está entrenado en montañismo y supervivencia. Tenía muy buenas recomendaciones.

Sus ojos resultaban más peligrosos que las sombras, su rostro era una máscara de ira.

—¡Buenas recomendaciones! ¿De quién? ¿De algún idiota que prepara cruceros y vacaciones familiares en Hawái? Nadie conoce bien esas montañas, excepto Digger y yo.

—Tú me rechazaste, Sam. Hice lo que tenía que hacer. Regresaré en unos días y podremos completar nuestros dos meses juntos como marido y mujer —con un gran esfuerzo consiguió no apartar la vista—. Y ahora, si me muestras mi habitación, me gustaría irme a dormir. Debo madrugar.

Dio otro paso hacia ella. Por la intensidad de su mirada, Faith pensó que quizá considerara traer una cuerda y atarla, como tan estúpidamente le había sugerido.

—Arriba —soltó—. Segunda puerta a la izquierda.

Llegó a la habitación y se derrumbó en la cama, preguntándose en qué demonios se había metido.

# Capítulo 5

A la mañana siguiente Faith bajó de puntillas. En la casa reinaba el silencio, y la luz gris del amanecer empezaba a desterrar las sombras. Se detuvo al pie de las escaleras y se mordió el labio al observar los pétalos todavía diseminados por el suelo, las velas consumidas y la botella de champán sin abrir.

Nunca olvidaría la belleza del momento cuando atravesó la puerta en brazos de Sam. Había sido algo mágico y seductor.

Casi toda la noche se recriminó por haber estado a punto de ceder a la ilusión de creer que era una recién casada con un hombre atractivo y viril. Pero en esas circunstancias, ¿qué mujer no habría caído bajo el hechizo, qué mujer no habría imaginado subir en los fuertes brazos de Sam y soñado con sus caricias y besos apasionados mientras consumaban sus votos?

Cerró los ojos y eliminó la imagen erótica de su cabeza. ¿Acaso no bastaba con haber fantaseado con él durante la noche? Ya eran las seis y media de la mañana, y el hombre al que había contratado no tardaría en llegar. Debía concentrarse en la búsqueda.

Se sentía nerviosa por el viaje, pero no pensaba contárselo a Sam. No tenía derecho a intimidarla ni a darle órdenes. Aunque se hubieran casado por voluntad propia, jamás dejaría que un hombre le dijera lo que tenía que hacer.

Gracias al cielo que Harold era un hombre de los noventa. Él jamás trataría de emplear esas tácticas de cavernícola con ella. Mantendrían una discusión lógica y abierta al respecto, intercambiarían opiniones... y luego ella haría lo que le viniera en gana.

Animada por la idea de un matrimonio tan abierto, Faith siguió el tentador olor de café. Experimentó un nudo en el estómago al llegar a la cocina, pero no le prestó atención. Alguna vez debería enfrentarse a Sam. Ese era tan buen momento como cualquiera.

Entró. Sam estaba junto a la encimera, con la espalda hacia ella mientras se servía café. Vio como dejaba la cafetera y bebía un sorbo. Llevaba unos vaqueros gastados y una camiseta negra que acentuaba sus brazos musculosos y su cintura estrecha. De su cuerpo largo y sólido emanaba un poder primario y sensual. Su potente masculinidad le provocó un escalofrío.

Al girar y mirarla a los ojos, el escalofrío se intensificó. Él no dijo nada, simplemente se apoyó contra la encimera y la recorrió con la vista.

—Buenos días —saludó Faith, decidida a no dejar que supiera el efecto que le causaba. Él hizo un gesto con la cabeza—. ¿Te importa si

tomo una taza?

—Adelante —alzó un brazo y abrió el armario a su izquierda.

Parecía cansado, pensó. Tenía el pelo un poco revuelto, los pies sólo enfundados en calcetines y, tragó saliva, el botón de los vaqueros abierto. Todo parecía tan... íntimo.

Pero Sam y ella no tenían intimidad, se recordó. Sacó una taza y el corazón le dio un vuelco cuando él se la quitó de las manos y sus dedos se rozaron. El anillo pareció hacerle un guiño; con rapidez apartó la mano.

—Hay leche en la nevera —llenó la taza y se la pasó—. El azúcar está junto a la cocina.

Echó azúcar y luego leche. Nunca los tomaba, pero necesitaba mantener las manos ocupadas.

—No pensé que fuera a verte esta mañana —probó el café y hubo de resistir el impulso de fruncir la nariz ante lo dulce que estaba—. Siempre imaginé que los rancheros se levantaban con los gallos.

—Estoy de luna de miel —repuso con una media sonrisa.

—Oh —maldita sea, ¿por qué la miraba de esa manera? Se sentía desnuda en medio de la cocina, sin saber qué hacer o decir. Sostuvo la taza con ambas manos y dio otro sorbo.

—Mis hombres no esperan verme en un tiempo —la observó por encima del borde de la taza—. Incluso le di unos días a mi casera, para que mi esposa y yo disfrutáramos de un poco de privacidad.

No pudo evitar preguntarse qué había tenido en mente para esos días. ¿Acaso pensó que estarían una semana encerrados en la casa? Su primera reacción fue un delicioso hormigueo por toda la piel; la segunda, irritación ante su audacia.

—Qué considerado.

—A Gazella no se le escapa nada —se encogió de hombros—. No tardaría en darse cuenta de que los novios han dormido en cuartos separados. Supuse que en una semana se nos ocurriría algo para justificarlo.

Tenía sentido, pensó, y se sintió un poco culpable... ¿o era decepción por que sus intenciones no hubieran sido de una naturaleza lasciva?

—Ahora lo único de lo que debo preocuparme —continuó él con sequedad— es de explicarle a mis hombres por qué mi mujer se va a las montañas con otro hombre al día siguiente de habernos casado.

Faith cerró los ojos y soltó un gemido suave, pensando en arañas y telarañas enredadas. Como en ningún momento había considerado que su matrimonio fuera real, no se le ocurrió lo que podrían pensar sus empleados ni cuánto conocían de su vida privada.

—Sam... —comenzó. La interrumpió el timbre. Él entrecerró los ojos mientras dejaba la taza y se apartaba de la encimera—. Sam, espera —apoyó una mano en su pecho y el calor de su piel, incluso a través de la camiseta, le quemó los dedos—. Lo siento. Jamás pretendí avergonzarte delante de tus hombres, pero no hay otro modo.

Ya se nos ocurrirá alguna forma de explicarlo. Pero debo irme.

—Haz lo que debas hacer —indicó con mentón tenso.

Ella titubeó, luego dejó caer la mano. Estuvo a punto de subirla otra vez, pero él le dio la espalda y volvió a llenar la taza.

Enderezó los hombros, respiró hondo y giró. Así debía ser, se dijo con firmeza, y se dirigió a la puerta de entrada. No necesitaba que Sam McCants aprobara sus actos. Era su vida, y no la de él.

Sam maldijo mentalmente cuando el timbre volvió a sonar, y luego maldijo otra vez cuando el café cayó sobre la encimera. Faith Courtland podía hacer lo que le viniera en gana, se dijo, secando el líquido vertido. Disfrutaría de algunos días tranquilos, completaría el papeleo que se le había acumulado y quizá leyera algunos libros. Demonios, puede que incluso fuera a pescar. Tal vez acampara unos días junto al arroyo Willoby y nadie descubriera que Faith y él no estaban juntos. Sus hombres tenían que ir a las tierras de pastoreo del sur, y si no la veían marcharse con ese tipo, quienquiera que fuera, quizá lo consiguiera.

Más animado, fue detrás de ella y se detuvo en el umbral de la cocina cuando abrió la puerta.

Su «guía», tal como lo había llamado, exhibía una sonrisa blanca y cegadora.

Sam se dijo que era completamente objetivo al evaluarlo: pelo rubio cortado al estilo militar, bíceps sobresalientes y un ceñido polo blanco, vaqueros de marca, gafas de sol a la última colgándole al cuello de un cordel negro. Lo único que faltaba eran los fotografías de la revista *Weekend Recreational Man*.

—Coleman Bricker —dijo en voz alta, estrechando con fuerza la mano de Faith.

«Coleman», por amor del cielo. Sam puso los ojos en blanco. ¿De dónde había sacado ese nombre? Frunció el ceño al ver que sostenía la mano de Faith más tiempo del necesario.

—Señor Bricker —ella quitó la mano y retrocedió para dejarlo pasar—. ¿Tuvo algún problema para encontrar el rancho?

—Cariño, podría haberlo localizado con los ojos cerrados en una tormenta —

ladeó la cabeza en un gesto practicado, pensó Sam irritado—. No se preocupe. Al contratar a Coleman Bricker ha contratado lo mejor. Si



perdiera una de sus bonitas uñas en esas montañas, se la encontraría.

Sam no supo si reír o llorar. Al parecer Faith tampoco. Tosió para aclararse la garganta.

—Es, eh, fantástico. ¿Ha traído todo lo que vamos a necesitar?

—Claro que sí, pequeña. Dos caballos, equipo de acampada, alimentos. He estudiado los mapas de arriba abajo y todos los detalles están aquí, grabados en piedra —señaló su cabeza.

Grabados en una pepita, pensó Sam. Y una pepita muy pequeña.

—¿Por qué no me llama sólo Faith? —indicó con sequedad—. Iré a recoger unas cosas y estaré con usted en seguida.

Sam apretó con fuerza la taza al ver a Bricker observarla mientras subía las escaleras. Ese tipo no le gustaba nada, y menos aún que se regodeara con el precioso y redondeado trasero de Faith.

—Eh —Sam salió del umbral.

Coleman se sobresaltó al oír su voz. Oh, fantástico, pensó Sam. El tipo casi se desmaya al oír un saludo. No podía esperar a ver qué hacía Pepita de Oro ante el gruñido de un oso o el rugido de un puma.

—Soy Sam McCants —alargó la mano—. Así que eres el guía de Faith, ¿verdad?

—Correcto. Coleman Bricker —estrechó la mano de Sam.

La mano de Bricker era lisa y húmeda, pero el apretón fue fuerte, y en una exhibición de machismo lo aumentó. Sam sonrió, disfrutando del juego, y también incrementó la presión. La cara de Pepita de Oro se puso roja antes de soltarlo.

Coleman metió la mano izquierda en el bolsillo y le entregó una tarjeta.

—Para lo que necesitéis. Guía de montaña, fines de semana de supervivencia.

Llamadnos.

Sam dudó de que ese tipo fuera capaz de sobrevivir a la picadura de un mosquito, menos aún unos días en las montañas. Pero no era asunto suyo. Si la necia de Faith quería perder su tiempo e incluso matarse en el proceso, era problema de ella, no suyo.

—¿Conoces el Cañón de Lonesome Rock? —preguntó, bebiendo un sorbo de café.

—Demonios... —Coleman le dio una palmada en el hombro—... me lo conozco del derecho y del revés. No te preocupes.

—¿Parezco preocupado? —Sam miró la mano que Pepita de Oro había dejado en su hombro. Si no la quitaba en dos segundos, le quedaría un muñón.

Coleman, que tenía el suficiente conocimiento de supervivencia como para saber cuándo acechaba el peligro, la retiró.

—¿Eres familiar de la señorita Courtland? —preguntó con cautela.

—Sólo por matrimonio —repuso Sam con indiferencia.

—Estoy lista —Faith vaciló en mitad de las escaleras. Se había recogido el pelo en una coleta, pasado la mochila al hombro y sujetado una cazadora vaquera a la cintura—. Veo que ya se han presentado —añadió sin quitar la vista de Sam.

—Le he asegurado a Sam que está usted en buenas manos —fue a darle otra palmada, pero se lo pensó mejor al ver sus ojos centelleantes.

—¿De verdad? —Faith enarcó una ceja—. Eso ha sido muy amable de su parte, señor Bricker, pero totalmente innecesario. ¿No, Sam?

—En absoluto necesario —coincidió él.

—Bueno, eh, entonces será mejor que nos marchemos —indicó Coleman tras una pausa larga y tensa—. Ha sido un placer, Sam.

Sam bebió un sorbo de café.

Cuando al fin Bricker salió, Faith respiró hondo y se volvió para mirarlo.

—Bueno... adiós.

—Faith...

Ella suspiró y cerró los ojos.

—Sam, por favor, no intentes convencerme para que no vaya.

—No iba a hacerlo.

—Oh —esbozó una sonrisa débil—. Bien, pues gracias.

Él se dirigió al pie de las escaleras y recogió una caja.

—Pero pensé que no deberías marcharte sin esto —sacó un sombrero. Un Stetson negro con una banda de cuero y un adorno de plata—. Creí que por aquí necesitarías uno. Tuve que adivinar la talla.

Ella abrió los labios asombrada cuando se lo entregó, y lenta y sensualmente pasó los dedos por la suave tela y siguió las intrincadas marcas del diseño del adorno.

—Es precioso.

—Adelante. Póntelo.

Lo hizo; se acercó al espejo de la entrada y se rió despacio. Él se situó detrás y la contempló. Maldita sea, era hermosa.

—Encaja a la perfección —los ojos le brillaron al pasar los dedos por el borde del sombrero. Lo ajustó hasta encontrar el ángulo adecuado. Sonriendo, lo miró y susurró—: Gracias.

¿Tenía alguna idea del modo en que lo miraba?, se preguntó. ¿Y sabía lo que esa expresión le hacía a un hombre? Si ese idiota al que había contratado no la estuviera esperando fuera, se lo demostraría. La llevaría arriba y le haría el amor como deseó hacérselo anoche... desde el momento en que la vio.

Se apartó, frustrado y furioso, no sólo con ella, sino consigo mismo y con toda la situación.

Faith avanzó un paso hacia él.

—Yo... —de pronto se detuvo, luego suspiró—. Regresaré en unos días.

Asintió con un movimiento rígido, después observó como su *esposa* se iba con otro hombre.

—Al demonio con ella —giró en redondo y regresó a la cocina—. Me iré a pescar.

Faith tuvo la certeza de que había visto ese mismo pino al menos tres veces ya.

Además, detrás estaba esa formación rocosa con forma de cabeza de águila que le pareció alarmantemente familiar.

No obstante, Coleman, que marchaba unos metros por delante de ella en su caballo, le había asegurado que iban por el camino correcto, y que pronto pararían para descansar.

No veía la hora de que así fuera. Sólo tres horas con ese ególatra niño bonito y estaba a punto de gritar. De hecho, si la llamaba «pequeña» una vez más, gritaría.

Se lo merecía por haberlo contratado sin entrevistarlo primero, pensó irritada.

Hasta los caballos que había traído resultaban dudosos. El suyo era asustadizo, y se encabritaba si una hoja se atravesaba en su camino. Si Faith no hubiera crecido con caballos y practicado monta de competición, hace mucho que habría aterrizado en el suelo sobre su trasero. Mantenerlo a raya había requerido mucha energía y concentración, y los brazos y los muslos le dolían por el esfuerzo. A pesar de su experiencia, llevaba dos años sin montar. Después de un día entero sobre un caballo tan nervioso, seguro que sus músculos lo iban a sentir.

Pero un trasero dolorido era la última de sus preocupaciones, decidió al entrar en un claro lleno de flores silvestres. Un sendero estrecho se abría entre la hierba alta, uno que habían abierto ellos la última vez que pasaron por allí, apenas una hora atrás.

Comprendió que su así llamado experto de montaña, senderista y rastreador avezado estaba completa y desvalidamente perdido.

Quiso retirarse de esa excursión en cuanto posó los ojos sobre ese hombre ridículo. Lo había calado, desde luego, pero no pudo obligarse a reconocer ante Sam que él tenía razón y ella se había equivocado.

Siguió adelante, rezando para que el señor Coleman Bricker fuera un poco más profesional que un pavo, aunque de momento, lo único en lo que el fanfarrón tenía experiencia era en contar historias de sí

mismo.

Maldita sea su obstinado orgullo.

Suspiró. Debía llegar hasta el final. Sin importar si encontraba o no el cuerpo de Digger, si probaba o no que de verdad estaba muerto, sabía que debía intentarlo.

Coleman levantó una mano y luego desmontó.

—Pararemos... aquí por... un rato.

Tenía la respiración entrecortada, el rostro acalorado y el polo blanco empapado de sudor. «Fantástico», pensó Faith. «Seguro que se desmaya y tengo que ir en busca de ayuda».

Por lo menos hacía un día hermoso.

Frenó su caballo junto al de Coleman, y lo observó cojear hacia una roca grande que había bajo la sombra de un árbol.

Se sentó, y de pronto pegó un aullido; se levanto de la roca de un salto moviendo los brazos.

Con un sonoro relincho, la yegua de Faith se encabritó. Su mochila salió volando y se aferró a la silla sólo con las piernas, afanándose por controlar al caballo asustado. En dos segundos, cuando los cascos frontales se posaran en tierra, supo que iba a estar sobre su trasero o entre unos arbustos. Cualquiera de las dos cosas le iba a doler.

Pero el caballo no salió a la carrera. Corcoveó un poco, aunque se quedó quieto.

Tardó unos segundos hasta que la cabeza dejó de darle vueltas y comprender el motivo. Sam.

Estaba delante de la yegua y sostenía con firmeza las riendas, tratando de calmar al aterrado animal. El de Coleman se hallaba a varios metros, junto a otros tres caballos que evidentemente Sam había traído consigo.

Coleman seguía dando saltos como si tuviera ascuas en los pantalones.

Faith asió con fuerza las riendas.

—Sam —susurró su nombre como si fuera una invocación.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con voz sosegada, aunque la miró con ojos furiosos. Ella asintió—. ¿Qué demonios le pasa a Pepita de Oro? —la ayudó a desmontar y señaló a Coleman, que se sostenía el trasero.

No sabía por qué había llamado al guía por ese nombre, aunque no le importó.

Era estupendo tener los brazos de Sam a su alrededor. Cuando la soltó, ella se apartó a regañadientes.

—No tengo ni idea.

—Una serpiente —gritó el otro, señalando hacia la roca donde se

había sentado

—. Creo que me mordió una serpiente.

Con el ceño fruncido, Sam se acercó y le echó un vistazo a la roca.

—Te sentaste sobre un abejorro —repuso con sequedad.

Coleman se quedó quieto.

—Lo sentí como si fuera una serpiente —se quejó.

—Bueno, pues se parece a un abejorro —Sam se echó el sombrero hacia atrás e inspeccionó la mancha amarilla y negra—. Antes de que lo aplastaras.

—Era muy grande, ¿verdad? —el rostro acalorado de Coleman se tornó de un rojo intenso. Sam lo miró en silencio. El otro se aclaró la garganta al levantarse—.

Bueno, Sam, gracias por echar una mano, pero ahora todo está bien, de modo que seguiremos nuestro camino —con cuidado se dirigió hacia su caballo y montó despacio—. Si eres tan amable de indicarnos la dirección del cañón, partiremos.

Sam se acercó a sus caballos, pasó junto al roano fornido y al gris grande y sólido, y aferró las riendas del tercero, un pinto fibroso que movió la cabeza y arañó la tierra con su pata.

¿De verdad iba a dejarla con ese tipo?, se preguntó Faith mientras recogía la mochila. No podría. Nerviosa, observó mientras acercaba el pinto al lado del caballo de Coleman.

—Este caballo sabe cómo volver al Círculo B —Sam soltó las riendas—. Sólo tienes que sujetarte bien y no caerte.

—No sé de qué hablas, amigo —lo miró con el ceño fruncido—. La pequeña y yo no volvemos al rancho.

—Tienes razón a medias. La «pequeña», que por casualidad es mi mujer, se queda conmigo —silbó y le dio una palmada al caballo. Éste emprendió el galope.

Sam contempló a un sorprendido Coleman y sonrió—. Y tú no.

Coleman abrió mucho los ojos y levantó los brazos cuando Sam le dio una fuerte palmada a su caballo. El animal salió a la carrera, con Coleman aferrándose a la silla para no caerse; su grito reverberó entre los pinos. La yegua de Faith decidió seguir a su compañero y fue tras ellos.

Incrédula, Faith observó a los tres caballos y a Coleman Bricker desaparecer entre una arboleda. Sam se acercó a ella llevando al roano y al gris.

—Eso fue terrible —lo miró—. Horrible.

—Espantoso —coincidió.

Ella soltó la mochila y cerró los ojos al sentarse en el suelo. Sam corrió a su lado y la abrazó. Faith apoyó la cara contra la solidez de su

pecho, sintiendo un gran alivio.

—Faith —dijo en un susurro ronco—. Cariño, ¿estás herida?

Ella se echó a reír y le rodeó la cintura con los brazos.

—Bendito seas —jadeó—. Bendito seas, bendito seas.

—¿No estás furiosa conmigo? —le sorprendió la inesperada exhibición de gratitud.

—¿Furiosa? —se hallaba al borde de la histeria—. Estoy en deuda contigo de por vida. Me salvaste de ese fanfarrón pomposo —él se sentó junto a ella en la hierba y rió entre dientes. Con renuencia, Faith se apartó un poco—. ¿Por qué viniste?

—Comprobé el historial del señor Bricker a través de un amigo que trabaja en la oficina de turismo de Midland. Parece que su cuñado es el dueño de la agencia que lo recomendó, y su titulación como guía es algo cuestionable.

—Te lo podría haber dicho yo.

—Pero, Faith... —le enderezó el sombrero mientras fingía incredulidad—.

¿Estás reconociendo que cometiste un error?

—Me avisaste que no viniera con el hombre equivocado —lo miró a los ojos y le tocó el hombro—. Tú eres el hombre adecuado, Sam. Sabes que lo eres. Por favor, llévame al Cañón de Lonesome Rock.

La observó y maldijo mientras se quitaba el sombrero y se mesaba el pelo.

—Todavía me vas a matar —comentó.

Cuando posó los ojos en sus labios, ella sintió que el calor de su cuerpo pasaba al suyo, sintió que los latidos de su corazón se desbocaban cuando le apretó los brazos...

La soltó de pronto y se levantó.

—Coloca la mochila en el roano —indicó, alejándose—. Debemos irnos ya si queremos llegar a la entrada del cañón antes de que oscurezca.

Tratando aún de recuperar el aliento, fue tras él con piernas que parecían de melaza.

—¿Y qué hay de los víveres? —recogió la mochila y se acomodó el sombrero—.

Coleman tenía todo en su caballo.

—Traigo todo lo necesario —montó y la esperó.

—Pero... ¿cómo... por qué tú...? —montó—. A menos que...

Él le sonrió, y luego clavó las botas en los costados del caballo. Emprendió el galope en dirección contraria a la que había tomado con Coleman.

Ella lo observó boquiabierta. En todo momento había pensado

llevarla... antes de que le suplicara, antes de que reconociera que se había equivocado y que le dijera que era el único.

Echando humo, montó y fue tras él.

# Capítulo 6

El sol casi se había puesto cuando llegaron a la entrada del cañón. Una luz pálida veteaba las escarpadas paredes de piedra. El follaje estaba verde debido a las lluvias recientes, pero Sam sabía que en unas pocas semanas el sol abrasaría el terreno rocoso, las flores se marchitarían y los arbustos se secarían.

Había tenido que mantener una dura marcha todo el día. Los pocos y breves descansos habían sido para dar de beber a los caballos; debían abarcar mucho terreno para pernoctar en ese lugar, donde los árboles y las paredes del cañón les proporcionarían un sitio más seguro y cómodo para acampar.

Suspiró y miró atrás. Faith iba encorvada en la silla, evidentemente extenuada, pero al ver que la observaba se irguió.

—Pararemos aquí —señaló un grupo de robles; desmontó bajo el tupido dosel de sus ramas—. ¿Necesitas ayuda? —ofreció al ver que ella permanecía montada.

—En absoluto —cuadró los hombros—. Sólo... estoy echando un vistazo.

—No te puedes mover, ¿verdad? —sonrió.

—Ni el dedo gordo del pie —repuso sin quitar la vista del frente.

Se acercó y le rodeó la cintura. Faith apoyó las manos en sus hombros y se deslizó de costado en sus brazos. La bajó con cuidado y cuando tocó el suelo con los pies ella apartó las manos.

—Ya puedes dejarme —dijo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí —él se encogió de hombros y la soltó. Ella emitió un grito cuando las rodillas le cedieron y en el acto se apoyó en Sam—. De acuerdo. Quizá necesito uno o dos minutos. Y no tienes por qué poner esa expresión tan presumida.

No he montado a caballo en bastante tiempo, eso es todo. Estoy un poco oxidada.

Sam resistió el impulso de besarle el cuello, sabiendo que en ese momento lo mejor era olvidarlo. Eligió otra táctica.

—Manejaste bien aquel caballo esta mañana. Una amazona menos experimentada habría volado por los aires.

—¿Un cumplido, señor McCants? —su tono era frío, pero sus ojos brillaban de satisfacción—. Los dos sabemos que de no haber sido por ti, el señor Bricker y yo ahora estaríamos cojeando de regreso al rancho. Siempre que mi «experto guía» hubiera sido capaz de encontrarlo.

Al darse cuenta de que apretaba con fuerza los brazos de Faith, la



soltó. Ella retrocedió unos pasos, aún insegura pero de pie; resistió el impulso de volver a sostenerla. Las emociones le hervían, y si volvía a tocarla no sabía qué podría hacer.

—Voy a preparar el campamento y a encender un fuego. ¿Crees que puedes ocuparte de los caballos?

—Sí, señor, capitán —se llevó la mano a la cabeza en un saludo rígido—. En el acto.

Con el ceño fruncido, él dio media vuelta y se alejó, haciendo que Faith se preguntara si alguna vez llegaría a entender sus estados de ánimo. Un instante era encantador y amable, como cuando le regaló el sombrero; al siguiente, era un oso gruñón dando órdenes. Quienquiera que afirmara que las mujeres eran caprichosas no había conocido a Sam McCants.

Cuando terminó de atender a los caballos y de descargar la mochila, la fragancia de la madera al fuego impregnaba el aire nocturno. Notó que Sam también había despejado de hierbas una parcela debajo de un roble y desplegado dos sacos de dormir. Faith los miró, uno al lado del otro, y luego contempló a Sam, arrodillado junto al fuego echando ramas secas.

De pronto el alivio que sintió al ser rescatada por él se convirtió en incertidumbre. No había pensado en cómo dormirían. Bajo las estrellas, rodeados por la naturaleza, los dos solos...

—¿Algo va mal?

—¿Mal? —sorprendida por la pregunta, alzó la vista con la mochila pegada al pecho—. ¿Qué podría ir mal?

Él siguió la dirección de su mirada y luego le sonrió.

—Vamos, Faith, cariño, no me digas que te preocupa estar a solas conmigo.

—Por supuesto que no —mintió—. Pensaba en... insectos.

—¿De seis patas o de dos?

Se encogió de hombros y contuvo el impulso de sonreír, luego se acercó a él. Le dolían las piernas, los brazos y el trasero, y tenía los pies hinchados. Lenta y cuidadosamente, se sentó ante el fuego; gimió cuando estableció contacto con el suelo.

—Todavía no estoy segura de perdonarte por dejarme partir esta mañana, por hacer que te suplicara que me llevaras al cañón, cuando ya habías decidido traerme.

—Oh, eso. No me pareció muy educado interrumpirte.

—¿Eduardo? ¡Ja! Te encantó, McCants, y lo sabes. No te bastó que reconociera que había cometido un error con ese idiota. Querías ver cómo me arrastraba y te besaba las botas.

No era exactamente lo que había tenido en mente, pensó,

recordando el tacto de sus manos en su pecho mientras la sostenía, y el suave sonido de su voz cuando le pidió que la llevara al cañón. Tenía un aspecto vulnerable. El deseo de hacerle el amor ahí mismo, de tenderla bajo su cuerpo, con la hierba como colcha y el cielo como techo, había sido abrumador. Requirió toda su fuerza de voluntad soltarla.

Para que su mente no se desbocara, sacó una lata de estofado de carne y una sartén pequeña de la mochila. Notó que Faith se mordía el labio cuando la abrió y vertió su contenido en la sartén. Al mediodía habían comido unos bocadillos; nada desde entonces. Si pensaba en su propio apetito, sabía que ella se moría de hambre.

Luego sacó una medianoche.

—¿Me perdonas ahora? —se lo pasó.

Ella titubeó, luego la aceptó con un murmullo de agradecimiento. A pesar de lo hambrienta que estaba, comió con lentitud, mirando cómo calentaba el estofado.

—¿Cómo nos encontraste esta mañana? —preguntó al rato.

—No fue difícil —sacó un panecillo para él y trató de no mirar esos labios suaves que mordisqueaban con delicadeza—. Ibais en círculos alrededor de Madman's Meadow.

—¿Madman's Meadow?

—Es un complejo laberinto de senderos que se entrecruzan por los árboles y que al final llevan de vuelta al claro a menos que se conozca el camino correcto.

Digger nos enseñó a Jake y a mí cada roca y árbol cuando teníamos doce años.

—¿Cómo era él... Digger? —preguntó después de estudiar con atención el panecillo.

Con una rama sacó tres piedras al rojo vivo del fuego y apoyó la sartén en ellas.

—Todo lo que has oído hasta ahora... pendenciero, intratable, obstinado.

Decididamente inflexible en sus opiniones. Pero bajo esa fachada era amable y compasivo. Nadie que no tuviera trabajo en la ciudad pagó jamás en su cafetería. Si tenían familia, les mandaba comida, quejándose de que había comprado demasiado y que no tenía sitio para almacenarlo. No había una sola obra de caridad en Cactus Flat a la que no le diera dinero ni grupo de trabajo donde no echara una mano. Era un hombre leal, honesto, trabajador y justo.

El aire era fresco; la luna llena había salido y brillaba sobre las paredes del cañón. Faith clavó los ojos en las titilantes llamas.

—¿Honesto? —repitió con voz ronca—. ¿Leal? ¿Así llamas a un

hombre que abandona a la mujer que espera a su hija?

—No sé qué te dijo tu madre, pero ése no es el Digger que yo conocí.

—Mi madre me dijo... —lo miró con ojos brillantes—... que su padre le negó el consentimiento, arguyendo que Digger era demasiado viejo para ella, un don nadie y un oportunista que quería aprovecharse del dinero de los Buchanan. Digger la había dejado en Boston para regresar a Texas, supuestamente con el fin de comprar tierra para un rancho. Iba a mandar a buscarla en cuanto construyera la casa.

—Esos veinte mil acres para tu madre —comentó Sam pensativo, luego frunció el ceño—. ¿Me estás diciendo que nunca fue a buscarla?

Notó que la emoción que Faith había mostrado unos momentos antes ya se hallaba bajo control. Su voz sonó sosegada.

—Mi madre me contó que le escribió una carta en la que le informaba de que estaba embarazada y que necesitaban casarse de inmediato. Mi abuelo la interceptó, luego le dijo que le había dado dinero a Digger y que jamás regresaría. Al mismo tiempo, le contaron a Digger que mi madre no quería saber nada de él, que era un necio en pensar que un pobre minero y cocinero podría algún día hacerla feliz, y que iba a casarse con otro. Dos semanas después, se casó con mi padre, Joseph Courtland III, garantizando una fusión entre Courtland Investments y Buchanan, Fiz y Roy.

—¿Su matrimonio fue una fusión comercial? —preguntó asombrado.

—Cada uno tenía algo que ganar. Mi madre, un apellido para su hija, mi padre, más prestigio y poder. Permanecieron juntos veintiséis años, hasta la muerte de mi padre. Fueron un ejemplo para la sociedad de Boston, la familia perfecta —echó una ramita al fuego y observó cómo desaparecía consumida por las llamas—. No importa que durmieran en cuartos separados y que jamás se amaran.

—Parecen nosotros.

—Entre nosotros no hay involucrado ningún niño —alzó los ojos parecidos a hielo azul—, no le mentiremos a nadie durante veintiséis años. Dentro de dos meses, tú seguirás tu camino y yo el mío. Nadie saldrá herido.

—La verdad fue dura, ¿no? Averiguarlo todo sobre tus padres y Digger —había dado en su punto débil.

—A nadie le gusta descubrir que su vida fue una mentira —se encogió de hombros—. Lo que pasara en el pasado no es importante ahora. Lo que sí importa es Elijah Jane. Haré lo que sea necesario para mantenerla unida y fuerte.

—¿Estás segura de que hablas de Elijah Jane? ¿O es de ti?

Vio que su primer impulso fue discutir. Incluso abrió la boca para responder, luego suspiró y se apoyó en un codo.

—De acuerdo, reconozco que me gusta mi vida en orden. También que me gusta conducir, saber dónde estoy y a dónde voy. ¿Tiene algo de malo?

—Depende del paisaje que te pierdas al no apartar la vista del frente —sacó un tenedor de la mochila—. Toma, Pruébalo.

—Hmm —emitió un sonido de aprecio—. Me encanta un hombre que cocina.

Sam dio un mordisco, pero descubrió que le producía más placer ver cómo Faith disfrutaba de la comida.

—¿Qué me dices de Arnold?

—Claro que amo a Arnold —repuso en voz baja; luego frunció el ceño—.

*Harold.*

—Quiero decir si él cocina.

—Bueno..., bueno, por supuesto que cocina. Es un cocinero maravilloso.

—Eres una mentirosa horrible, Faith —sacudió la cabeza con desaprobación y le ofreció un poco más de estofado—. ¿Lo conoces bien?

—Comemos mucho fuera —se acercó para aceptar el bocado, luego hizo una mueca y le quitó el plato y el tenedor—. Lo conozco desde hace años. Vamos al mismo gimnasio, tenemos los mismos amigos. Incluso nos gustan las mismas películas.

—Suenan como si fuerais colegas de verdad.

—De hecho, lo somos —pinchó una zanahoria y la agitó en dirección a Sam—.

¿Sabes?, es importante cerciorarse de que dos personas son compatibles antes de casarse. Y si una relación va a durar, ha de basarse en la confianza y la honestidad mutuas.

Sam alargó la mano, frenó los dedos de Faith y mordió la zanahoria. Masticó despacio, viendo cómo ella abría los ojos y separaba los labios mientras seguía sosteniéndole la mano. Se acercó, hasta que sus hombros se tocaron y sus caras quedaron a unos centímetros.

—¿Y qué me dices del sexo, cariño?

Faith no estuvo segura de si era una invitación o una pregunta sobre Harold, pero su voz baja y ronca tan próxima a su oído fluyó por sus venas como un vino fuerte y rojo. Embriagada por su cercanía, por el aroma viril del hombre y el del cuero del animal, la mente le dio

vueltas.

—¿Sexo? —repitió, asombrada por el tono bajo y sensual que oyó en su propia voz. El pulgar de Sam trazaba círculos eróticos en el dorso de su mano, y la áspera textura de su piel envió oleadas de electricidad por su brazo.

—Sí, sexo —un susurró ardiente en su oído. Le quitó el tenedor de los dedos flojos, luego el plato—. ¿No crees que la compatibilidad en el sexo es importante en una relación? —ella se había quedado sin voz; simplemente asintió. Los labios de él le rozaron la oreja, luego la mejilla—. Pero no cualquier sexo —murmuró—. Hablo del de verdad. Salvaje, furioso, en carne viva. El que no te deja respirar ni pensar, sexo apasionado.

En ese momento Faith no podía pensar ni respirar. Y estaba excitada. La boca de Sam se movió más ligera que una pluma sobre sus labios. Ella cerró los ojos...

esperando...

Nada.

Abrió lentamente los ojos, confusa ante el frío súbito que sintió. Sam la observaba, con el plato de estofado en una mano y el tenedor en la otra. Sonreía.

Maldito sea.

Estuvo a punto de tirarle el plato. Sabía que la había sacudido hasta lo más hondo. Para él todo esto era un gran juego. Bueno, pues dos podían jugar tan bien como uno.

Gimió en voz alta y se agarró la pierna. Él dejó el plato y se inclinó sobre ella.

—¿Qué te pasa?

—Un calambre —repuso con dientes apretados—. Un dolor terrible.

—¿Dónde? —la preocupación la marcaba la frente—. ¿En la pierna?

—¡La pantorrilla!

Le sostuvo la pantorrilla y empezó a masajearla.

—¿Mejor?

—Nooo —se quejó Faith.

Se movió entre sus piernas, frotando la pantorrilla que le había señalado. Ella se apoyó en los codos y lo miró trabajar, impresionada por el tacto suave pero firme de sus manos mientras le masajeaba la pierna. Volvió a gemir, aunque esa vez no adrede, disfrutando del placer que emanaba de sus dedos.

Fue difícil localizar el momento preciso en que la preocupación en su cara se convirtió en algo sensual. Sus manos se movían por su

pierna; luego sus ojos subieron por su muslo, hasta la unión de las piernas, hasta su vientre, por sus pechos.

Y cuando posó la mirada en sus ojos, el ansia y la intensidad que vio la dejaron sin aliento.

Se miraron; el rostro de él era de granito a la titilante luz de las llamas. Se arrodilló entre sus piernas, y su cuerpo musculoso y grande se alzó sobre ella como el de un mítico dios griego, listo para tomar lo que le pertenecía.

Faith sintió que el corazón estaba a punto de salirse del pecho. Qué tonta había sido al pensar que podría superarlo en ese juego.

Las manos de Sam se cerraron casi dolorosamente sobre su pierna, pero el placer seguía palpitando en las venas de Faith. La tentación de atraerlo, de pasarle las piernas alrededor de la cintura y pegarlo a ella la abrumó.

Pero la lógica y la razón habían sido sus pilares durante muchos años. Sam McCants no formaba parte de sus planes ni de su futuro. Si no era capaz de controlar sus sentimientos ahora, ¿cómo iba a sobrevivir los dos próximos meses?

—Gracias —se sentó, estirándose con indiferencia, aunque su interior era un flan—. Ya está mucho mejor. Creo que caminaré un poco para descargarla.

Se levantó despacio, evitando sus ojos mientras se alejaba cojeando, sabiendo que si miraba atrás corría el peligro de arrojarle a sus brazos y suplicarle que la poseyera allí mismo.

Al amanecer Sam despertó ante el sonido de un aleteo en un árbol próximo y el ruido del arroyo al caer por la hondonada. A pesar de que le dolía el cuello, de que tenía el brazo izquierdo dormido y de que una piedra se le clavaba en la espalda, no pudo recordar un despertar más placentero.

Al irse a dormir anoche, el saco de Faith había estado al menos a un metro del suyo. En ese momento la tenía prácticamente encima de él. Con cuidado para no perturbar su pacífico sueño, miró por encima del hombro. La cabeza de Faith casi estaba enterrada en su cuello, el rostro cubierto por el pelo revuelto. Incluso a través de los sacos de dormir sintió el suave contorno de su cuerpo pegado al suyo: los pechos contra su espalda, el estómago contra su trasero y esas piernas largas fundidas a las suyas.

Maldición.

Contó hasta diez, preparándose para despertarla. Iba por ocho cuando ella se arrió más y suspiró en su mejilla.

Maldición. Maldición.

Apretó los dientes. ¿No había sido suficiente tortura lo del día

anterior? Toda esa charla sobre el sexo y la compatibilidad, sobre su prometido y los amigos que eran. Dios sabía que deseaba besarla allí mismo, para comprobar si podía hacer que olvidara el nombre del otro. Y aún lo deseaba.

Ella emitió un suave ronroneo y frotó las piernas contra las suyas.

Sam maldijo. Volvió a mirar por encima del hombro. Podría apartarse con cautela y ella jamás lo sabría y no tendría que sentirse avergonzada.

No. Sonrió; eso no sería divertido.

Se echó de espaldas y le pasó un brazo bajo la cabeza, lamentando que los sacos aún los separaran. Ella farfulló algo, se acercó más y acomodó la mejilla en su pecho.

—Buenos días, cariño —susurró.

—Hmmm —repuso Faith, con un lento y sensual movimiento.

Salir de acampada nunca volvería a ser lo mismo, pensó Sam, conteniendo un gemido. Y así como le hubiera gustado continuar su «conversación», no creyó que su resistencia pudiera soportar muchos frotamientos más. Ella tenía la mano sobre su pecho, y movía los dedos en una lenta caricia.

—Sigue haciendo eso, cariño —musitó—, y vas a tener compañía en el saco de dormir antes de que puedas mover un hombro —ella paralizó la mano, luego todo su cuerpo. Sin levantar la cabeza, se apartó y desapareció en el interior del saco. Riendo, Sam se inclinó sobre ella—. Tendrías que haberme advertido de que eras tan amorosa por las mañanas, Faith. Habría cerrado mi saco.

—Vete.

Él apoyó un codo sobre la forma redondeada que sobresalía en el centro de su saco de dormir. Ella intentó apartarse, pero Sam colocó todo su peso, inmovilizándola.

—No te preocupes, corazón —le palmeó el trasero—. Tu secreto está a salvo conmigo.

Ella logró escurrirse de debajo de él y asomó la cabeza. Tenía el pelo revuelto y la cara sonrojada. Sam le sonrió.

—No estaba siendo amorosa —espetó, mesándose el cabello—. Tenía frío. Y

estaba dormida. Te aprovechaste de mí.

—¿Que me aproveché de ti? —bufó—. Cariño, creí que había despertado con un pulpo a mi alrededor. Oh, no... —dijo al ver que ella agarraba una bota para tirársela

—... como empieces a tirar cosas no te llevaré a las aguas termales calientes.

Faith soltó la bota, se quitó unos mechones de los ojos y se irguió.

—¿Aguas termales calientes?

—Sabía que eso llamaría tu atención. Es un lugar cobijado que hay junto al río más o menos en el centro del cañón. Podremos bañarnos.

—¿Bañarnos? —dijo la palabra con reverencia y se abrazó al saco de dormir.

—Si hoy avanzamos a buen paso, puede que incluso logremos acampar allí —se estiró y se echó de espaldas.

—Oh, no, nada de eso —ella asió el borde de su saco de dormir y tiró, haciéndolo rodar sobre el suelo—. Muévete, McCants. Estamos perdiendo tiempo.

Sam McCants había nacido para montar. Lo hacía de forma tan natural como respirar, pensó Faith. Con el sol brillando en lo alto y las mariposas amarillas aleteando alrededor de las flores silvestres, dejó que su mente vagara. Pensó en cómo la había sujetado al pie de las escaleras la noche de su boda, en cómo la había besado, acariciado, desbocado su corazón y debilitado sus huesos... en cómo podría haberla subido por las escaleras hasta su cama... en cómo lo había deseado...

El caballo tropezó con una piedra y ella jadeó; casi se cae de la silla por la inesperada sacudida. Tiró de las riendas mientras el animal se enderezaba.

—¿Algún problema? —Sam miró por encima del hombro.

—Estoy bien —pensaba en ti y casi me caigo sobre mi trasero, eso es todo—. No hay problema.

—¿Me lo contarías si lo hubiera?

—Claro que sí —sonrió con dulzura.

Era una mentira, y los dos lo sabían. Pero bajo ningún concepto le diría que no era capaz de mantener el ritmo o de que no era lo bastante dura.

Anoche se había acercado a él. Aun a través del saco de dormir Sam irradiaba calor como un horno. ¿Por qué no iba a aprovechar un poco de calor corporal?

Quemaba cuando despertó en sus brazos. Cada vez que pensaba en ello sentía el calor en sus entrañas.

Todo el día él había exhibido una sonrisa presumida. Sabía que lo único que aguardaba era una queja de ella para poder dar media vuelta y volver al rancho.

Bueno, pues no iba a complacerlo. Seguiría adelante sin importar lo que pasara.

Y esa noche se cercioraría de que el saco de dormir no estuviera cerca del suyo.

Preferiría helarse antes de volver a cometer ese error.



Sam frenó su caballo y señaló más allá de unas rocas grandes y de unos árboles, donde el vapor se elevaba en el aire. Giró y le sonrió.

—Vuestro baño os espera, milady.

Después de dos días de marcha bajo un clima caluroso, a Faith no le hacían falta ánimos. El sendero se estrechó, luego descendió abruptamente entre escarpadas paredes rocosas. Cuando salieron otra vez a un claro, contuvo el aliento.

Una cascada caía por detrás de unas aguas humeantes. Los helechos colgaban de las rocas; unas florecitas blancas impregnaban la atmósfera con su fragancia. Los árboles y los arbustos vibraban con los pájaros y las mariposas. Y junto a esa belleza exuberante y sosegada, el río corría y rugía como un león dorado a punto de trepar por las orillas de su jaula y tragarse a su presa.

—¿Te gusta? —preguntó Sam.

—Es hermoso —susurró.

—Acamparemos aquí —desmontó detrás de un terraplén rocoso, luego alzó los brazos para ayudarla a bajar—. El río todavía está crecido y revuelto, pero hay unos metros de roca entre la corriente y las aguas termales. Sólo mantente lejos de los rápidos y podrás jugar en el agua.

¿Jugar? Rió ante la expresión. Llevaba años sin incorporar esa palabra a su vocabulario. Ni siquiera sabía si alguna vez la había empleado. Pero de repente quiso hacerlo. Quiso correr y chapotear, pero la vieja Faith chasqueó la lengua, recordándole que no estaba de vacaciones, que se trataba de una expedición seria, que buscaban un cadáver, por amor del cielo. Buscaban al hombre que había sido su padre.

Su sonrisa se desvaneció antes de tocar el suelo. No había venido a divertirse.

¿Qué le pasaba?

—Oh, oh, reconozco esa expresión —Sam le aferró la barbilla—. Aquí no se permite la entrada de ejecutivos.

—Pero...

—Además, vamos a quedarnos a pasar la noche —la cortó—. Más adelante tendrás tiempo de sobra para pensar en las responsabilidades y el deber. En este momento, déjate llevar, Faith. Disfruta.

Le acarició la mandíbula, y su contacto le dio calor. Quien dijera que la realidad no era tan buena como la fantasía jamás había conocido a Sam McCants. Ahí estaba, a solas con un hombre atractivo y sexy en un paraíso abrigado, y lo único que tenía que hacer era disfrutar. Sintió que la alegría y el placer borboteaban en su interior, mezclándose con el excitante contacto de su mano en su piel.

Comprendió que podría entregarse a la sensación en ese mismo instante. Podía invitarlo a que se uniera a ella. Los dos podrían... disfrutar.

Lo miró a los ojos. Ya no irradiaban diversión. Eran salvajes, estimulantes.

Deseaba a ese hombre... quería sentir sus manos y su boca, en su piel, en todas partes, a la vez.

Y entonces experimentó una emoción más fuerte que todas. Miedo. No de él, sino de sí misma, de lo que se arriesgaba a perder. Eso hizo que respirara hondo y diera un paso atrás.

—Como no hay cerraduras, señor McCants, espero que seas un caballero —

pidió, bajando la mochila.

Él se echó el sombrero hacia atrás y sonrió con una expresión tan maliciosa que el corazón le dio un vuelco.

—Esperas mucho de un hombre, Faith.

—Nunca más que lo que yo daría a cambio, vaquero —se pasó la mochila a la espalda—. Cuando sea tu turno, te prometo que tampoco miraré.

—No me importa —gritó a su espalda, pero ella sólo agitó una mano.

Desplegó ropa limpia y una toalla sobre una roca junto a las aguas termales, luego se desnudó rápidamente, dejándose la ropa interior por pura modestia.

Cuando metió el pie en el estanque, suspiró deleitada.

El agua era celestial. Borboteante y caliente. Entró con cautela, cerciorándose de que tenía suelo firme bajo los pies. Jamás lo superaría si tenía que llamar a Sam porque se hubiera roto una pierna vadeando un estanque de aguas termales. Por no mencionar que la viera casi desnuda.

No era hondo, quizá un metro y medio como máximo en algunas partes. Nadó, dejando que el agua se llevara el polvo y el sudor de su piel. Al mirar el cielo y la cascada, no recordó un momento en el que se sintiera tan relajada y libre. Jamás se había tomado días para irse de vacaciones; siempre había disfrutado mucho con el trabajo. Quizá se había perdido algo importante. Tal vez debería contratar un crucero a Hawái o al Caribe cuando volviera a casa.

Pero cuando regresara a Boston debía ocuparse de la boda. Y habría demasiado que hacer hasta ponerse al día. Reuniones con la junta, fechas de proyectos que finalizar, una reestructuración de la dirección. No habría tiempo para unas vacaciones.

No, pensó con un suspiro mientras flotaba y sentía como los

dolores de dos días a caballo se desvanecían de su cuerpo, debería contentarse con las horas que pasaría aquí. Se consoló al pensar que en unos meses se suponía que Harold y ella se marcharían de luna de miel. Quizá fueran a algún sitio tropical. Se obligó a imaginar los cocos, oír la música de la isla echada sobre la cálida arena, empaparse de sol mientras las manos fuertes y grandes de su marido le ponían crema protectora en la espalda, le masajeaban los hombros, los brazos, pasando sensualmente los dedos por su piel acalorada...

Comprendió que había algo que no encajaba. Harold no tenía manos grandes y fuertes. Frunció el ceño, y en su sueño se volvió al hombre que la acariciaba y lo miró a los ojos oscuros. Harold tampoco tenía ojos oscuros.

No era Harold. Era Sam.

Sobresaltada, abrió los ojos. Le irritó que invadiera sus pensamientos en todas partes. ¡Incluso en su luna de miel!

Subió a una roca grande y agitó el pelo para quitarse el agua y a Sam McCants de la cabeza. A medio metro, justo del otro lado de la roca, el río rugía, salpicándola con agua fría y espumeante.

Le ardía la piel, y las entrañas le quemaban. El agua del río le pareció maravillosamente fresca. Alargó la mano, recogió agua y se la echó a la cara. Mucho mejor, decidió, sorprendida de que le refrescara el fuego abrasador de su cuerpo.

Volvió a alargar los brazos, resbaló en la roca cubierta de moho y cayó en los rápidos.

# Capítulo 7

Sam había estado pensando en una ducha fría cuando el grito de Faith atravesó el aire vespertino. El sonido de su canturreo y chapoteo un minuto antes había sido una tortura, y la imagen de ella desnuda en el estanque le hacía hervir la sangre.

Pero el grito le heló las entrañas.

Soltó las ramas que había estado recogiendo y se lanzó en la dirección del estanque. No la vio. Gritó su nombre, escuchó, y volvió a llamarla.

¡El río!

Emprendió una carrera frenética al borde de las rocas, buscándola y llamándola con desesperación. Oteó la ribera pero sólo vio las aguas, espumeantes y furiosas.

—¡Faith!

Entonces oyó su nombre débilmente corriente abajo. Avanzó por la orilla entre el barro mojado y blando. Se vio frenado por arbustos y ramas bajas, pero continuó hacia un recodo del río siguiendo el sonido de su voz, sin parar de gritar su nombre.

¡Ahí! La vio a un metro de la orilla, aferrada a una roca al tiempo que se afanaba por mantener la cabeza fuera del agua. El río rugía a su alrededor, amenazando con hundirla. Corrió, asió una rama que colgaba a poca distancia del agua.

—¡Aguenta! —gritó y estiró el brazo hacia ella.

—¡Sam! —alargó su mano. Él se esforzó por acercarse, rezando para que la rama no se quebrara y lo hiciera caer a la corriente.

Tenía los dedos a unos centímetros cuando el río la levantó y luego se la tragó.

Saltó tras ella.

Faith reapareció moviéndose con frenesí, a menos de un metro de Sam, que se lanzó hacia ella y le asió la cintura.

—Agárrate a mí —ordenó. Tenía los brazos flojos cuando los pasó por su cuello

—. ¡Con más fuerza!

El río los arrastró sin esfuerzo, como si fueran marionetas. Sam ni se molestó en oponer resistencia; sólo habría servido para desperdiciar una energía valiosa. No les quedaba mucho antes de que el río volviera a girar, se hiciera más hondo y veloz.

Debían salir ya.

Vio su oportunidad a unos veinte metros, en un pequeño dique de troncos y ramas enganchados en unas rocas. Si pudiera sujetarse a una rama y ésta no se desprendiera, quizá consiguieran alcanzar la orilla.

Diez metros. La corriente los zarandeó hacia la izquierda, fuera del alcance de las ramas. Faith gritó ante el súbito tirón y uno de sus brazos se soltó.

—Agárrate a mí, maldita sea —rugió—. Muéstrame de qué está hecha la verdadera Faith Courtland.

Era el desafío que ella necesitaba. Unió con firmeza los brazos alrededor de su cuello. Su mentón, aunque tembloroso y un poco morado, se elevó.

Dos metros.

—Ahí vamos... —se empujó con las piernas con todas sus fuerzas y saltó por encima de la corriente, odiando tener que soltar a Faith para agarrar la rama que sobresalía. La asió con firmeza y sintió que cedía bajo el peso de sus cuerpos. Tiró con fuerza, acercándose a los troncos atrapados entre las rocas. La rama se rompió, pero logró sostenerse a otra que aguantó.

Sin dejar de debatirse contra la corriente, avanzó poco a poco a través del dique hasta llegar a aguas someras, luego la arrastró fuera de las gélidas aguas. Se derrumbaron sobre la orilla, tosiendo. Quiso besar el suelo húmedo y a ella.

Pero primero debía llevarla de vuelta al campamento, hacer que entrara en calor. Tenía la piel fría, le castañeteaban los dientes y temblaba como una hoja, en una mezcla de miedo y frío. Y esas dos diminutas piezas de encaje blanco que llevaba no ayudaban en nada.

La alzó en brazos, en un impulso le dio un beso en la temblorosa boca, y recorrió el trayecto que los separaba del campamento como un hombre poseído.

—Las aguas termales te darán calor —sugirió, pero ella sacudió la cabeza.

—De momento no quiero más agua —susurró, apoyando la cabeza en su hombro—. Sólo quiero abrigarme.

Sacó una manta de la mochila, la envolvió en ella y la depositó sobre la hierba blanda. En tres minutos encendió una hoguera. Con los ojos cerrados, ella se acercó al fuego. Se arrodilló a su lado y le apartó el pelo goteante del rostro.

—¿Estás herida?

—Estás empapado —Faith lo miró como si acabara de despertar de una pesadilla.

—Suele pasarte cuando nadas en el río con la ropa puesta —le sonrió.

—Podrías haber muerto —lo observó con una intensidad que hizo que el pulso se le acelerara.

No quiso recordarle que había sido ella quien estuvo a punto de

morir. Ni siquiera quería pensar en ello.

—¿En mi luna de miel? Imposible, señora McCants. No vas a deshacerte de mí con tanta facilidad.

Ella quiso alargar la mano hacia él, pero le temblaba tanto que volvió a retirarla y se arrebujo en la manta.

—Resbalé en una roca —susurró—. Sam, lo siento tanto.

¿Sentirlo? Lo único que quería era abrazarla, y ella se estaba disculpando. No quería su gratitud, maldita sea. La quería a ella, con una desesperación que ni siquiera entendía. Pero Faith ya empezaba a alejarse, retrayéndose y controlando sus emociones.

Le dio una toalla, se puso de pie y se quitó la camisa y las botas. Ella apartó rápidamente la vista y se secó el pelo. A Sam le importaba un bledo si hacía que se sonrojara. Tenía frío, el fuego ardía y no pensaba quitarse la ropa mojada detrás de un árbol porque ella era tímida.

Estuvo a punto de morir, maldición. Trató de no pensar en lo que habría podido suceder si no hubiera llegado a tiempo... si el río se la hubiera llevado, igual que hizo con Digger.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado conmigo —dijo, sentándose y ofreciéndole la toalla—. Mi descuido podría haber hecho que murieras. Es imperdonable.

—Tienes toda la razón —le arrebató la toalla y se secó el pelo y el pecho—.

Cerciórate de que no vuelva a suceder.

—No se repetirá. Fue un error. La próxima vez prestaré mucha más atención cuando me digas que haga algo.

—Bien —le devolvió la toalla—. Entonces escucha esto. Cállate, Faith.

—¿Perdón? —lo miró con ojos muy abiertos.

—Dije que te callaras.

—Estás enfadado conmigo.

—Sí, maldita sea —giró y se pasó las manos tensas por el pelo. ¿Cómo podía estar tan controlada, tan sosegada?—. Pero no porque cometieras un error y cayeras al río, y tampoco porque no me escucharas —se puso a caminar para descargar la adrenalina—. Si no hubiera oído tu grito, si esa roca no hubiera frenado tu avance o si hubieras estado un metro más alejada, estarías muerta.

—Pero me oíste y no he muerto —se sentó rígida, el rostro pálido a la luz de las llamas—. Estoy aquí, y estoy bien.

—¿Cómo puedes estar bien? —se revolvió con los puños cerrados—. Vi cómo el río te tragaba. Nunca en mi vida me había sentido tan impotente. Así que no me digas que estás bien, maldita sea, porque yo

no lo estoy. Estuviste a punto de morir, Faith. ¿Es que no te das cuenta?

—Sí.

Las palabras fueron un susurro apenas audible. Sumido en su propia ira y frustración, no la había mirado realmente. Pero el temblor en su voz y la angustia controlada captaron su atención e hicieron que la mirara. Tenía el rostro mortalmente pálido y las mejillas bañadas de lágrimas.

Maldijo, se arrodilló junto a ella y la abrazó.

—Oh, cariño, lo siento, lo siento. No debería estar gritando. Me siento muy enfadado, eso es todo. Casi te pierdo.

Ella tembló sin poder evitarlo, pero lo que le desgarró las entrañas fue su llanto desesperado. Era un idiota. Había estado a punto de morir y lo que hacía era gritarle por intentar mostrarse valiente. La sentó en su regazo y la abrazó con fuerza.

Oscurecía y seguía abrazándola, murmurando palabras dulces, acunándola en sus brazos. Al final ella se tranquilizó, luego respiró hondo y tembló.

—¿Te sientes mejor? —preguntó. Asintiendo, se apretó más a él, con las palmas de las manos apoyadas en su pecho—. No tienes que ser fuerte en todo momento, Faith —notó que sus dedos ya habían entrado en calor. Los notaba muy suaves y cálidos.

—Tienes razón —repuso en voz baja.

—No pasa nada si de vez en cuando te sueltas —la última palabra salió entrecortada cuando ella pegó los labios a su hombro.

—Muy bien.

Ella empezó a mover las manos sensualmente por su pecho.

—Faith —logró articular—. ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy soltando, Sam —dijo alzando la boca.

—Santo cielo, no me refería a esto.

Si la situación hubiera sido diferente, Faith podría haber reído ante su tono aturdido. Ella misma se sentía aturdida. No todos los días se arrojaba a los brazos de un hombre. De hecho, jamás lo había hecho. Pero en ese momento no tenía ganas de reír.

Entendía lo cerca que había estado de morir, y con esa comprensión experimentó una calma increíble, la confianza de escuchar a su corazón, dejar a un lado las fachadas, abandonar el control y sentir.

Pasó los dedos por sus musculosos hombros, sintió que él se ponía tenso bajo el contacto. ¿Cuánto tiempo llevaba deseando hacer eso? ¿Cuánto tiempo había fantaseado con ello? Demasiado. Toda una vida.

—Cariño, has tenido una mala experiencia —afirmó, apartando sus

manos.

—Así es, estuve a punto de morir —le recordó con voz ronca, luego se pegó a él y apoyó los labios donde había tenido los dedos.

—No piensas con claridad —indicó con aliento contenido.

—Jamás he pensado con mayor claridad.

La manta se deslizó de sus hombros y él le soltó las muñecas para agarrarla.

Faith aprovechó la libertad y volvió a apoyar las manos en su pecho, encantada con la sensación de los músculos duros y el oscuro vello rizado bajo sus dedos. Sintió los fuertes latidos de su corazón.

—Faith, cariño... —dijo al volver a colocarle la manta alrededor de los hombros

—... me lo estás poniendo muy difícil... quiero decir, ser un caballero.

—¿No sabes que un caballero jamás rechaza a una dama? —ronroneó. Alzó los labios a su cuello, luego a su fuerte mentón—. Estás tan tenso. Acércate y te relajaré.

—No, necesitas...

—A ti —bajó la cabeza de Sam—. Te necesito a ti.

Olía y sabía a río. Salvaje. Húmedo. Indomable. Las manos de Sam se cerraron sobre sus hombros, sin apartarla ni acercarla.

Sabía que era algo más que la caída al río lo que la volvía tan osada. El entorno primitivo; ellos dos solos en las montañas; la civilización a kilómetros de distancia.

Pero no importaba. Sólo esto importaba. El instinto era lo único que tenía para seguir adelante. Dejó que la guiara, que la tranquilizara.

Los labios de Sam estaban rígidos contra los suyos, su fuerte cuerpo contenido, pero notó que la necesidad vibraba en él, pasando de sus labios a los de ella. Le rodeó el cuello, se puso de rodillas y sus torsos quedaron a la misma altura.

Sam gimió, con una mezcla de deseo y frustración, luego le devolvió el beso en un ataque furioso que la mareó y le hizo hervir la sangre.

Con la misma rapidez se apartó, con respiración entrecortada, los dedos clavándose dolorosamente en sus hombros. Tenía los ojos velados, fieros y violentos.

Pero ella no tuvo miedo; se sentía extasiada. Notaba un poder que nunca antes había experimentado, una fuerza interior que no sabía que poseía.

—No quiero tu gratitud —espetó él—. No quiero que suceda nada entre los dos por algún erróneo sentido de obligación o aprecio.



Ella sonrió y le acarició los labios con los suyos. Le sorprendía su propia calma.

—No tiene nada que ver con la gratitud, Sam. Somos tú y yo. Lo que sentimos, lo que hemos sentido desde el principio.

Le besó la barbilla, el cuello. Su cuerpo parecía esculpido en roca.

—Faith... —juró cuando sus manos se movieron por su pecho y sus brazos, y luego bajaron—... te deseo. Tanto que me está matando. Pero... no quiero aprovecharme de ti.

—Dudo que sea yo de quien se estén aprovechando —rió. Los dedos se detuvieron en el botón de los vaqueros.

—Quiero que estés segura —pidió con voz entrecortada, sujetándole las muñecas.

—¿Te basta esto? —frotó su mejilla contra su pecho y le besó la piel acalorada

—. ¿O esto? —se quitó la manta y pegó su cuerpo al suyo, moviéndose a un ritmo lento y sensual que hizo que él volviera a jurar.

Se movió con la velocidad del rayo, la abrazó y casi no la deja respirar. Su boca se abatió sobre la suya y le aplastó los labios. Por segunda vez aquel día, Faith se sintió impotente, arrastrada por una corriente furiosa y salvaje. Pero en esa ocasión le dio la bienvenida, y la idea de ahogarse en un placer tan intenso y abrasador la estimuló.

Jamás algo le había parecido tan natural. Ahí, en esas montañas, en los brazos de Sam, con un techo de estrellas titilantes y un lecho de suave hierba. En ese momento no existía nada más. Sólo ella... y Sam.

Le rodeó el cuello y se alzó para profundizar el beso. Su sabor era excitante, incontrolado, prohibido. Se sintió embriagada, mareada. Echó la cabeza hacia atrás exponiéndose a sus besos, revelando su vulnerabilidad, capitulando como lo haría un animal salvaje ante un enemigo más poderoso.

—Hazme el amor, Sam —susurró entre su tupido pelo. Los dientes de él le mordisquearon el cuello, y la barba de un día le raspó la piel, enviando chispas de calor eléctrico por su cuerpo.

—Lo haré, cariño. Lo haré.

La devoró con la boca, con la lengua, con las manos... y ella se fundió con él con un gemido. Sus manos bajaron por su espalda y se deslizaron por sus glúteos, para ascender hasta sus pechos y apresar su plenitud. La sangre corría por ella como un río furioso. Era el ritmo de la vida, del amor, del placer. Y en el momento en que su boca ocupó el lugar de sus manos en sus pechos, creyó que moriría.

Jadeó cuando con los dientes tiró a través del encaje del sujetador húmedo. En lo más hondo de su cuerpo sintió un nudo de placer. Con

los dedos Sam bajó los tirantes y luego, lenta y enloquecedoramente, siguió el borde del sujetador hasta el broche frontal.

La tela se desprendió y fue sustituida por su boca ardiente. Se aferró a él y se mordió el labio para no gritar. Pero al tomarla con su boca, y jugar con la lengua y los dientes con la sensible cumbre del endurecido pezón, no pudo contenerse y gritó. En respuesta, él emitió un sonido animal, bajo y ronco.

—Sam... —su nombre sonó como una súplica. El deseo la recorría toda y aún no era suficiente. Quería más, quería todo. Sólo de él.

Pasó a su otro pecho y le proporcionó el mismo placer... sus manos y su boca eran calor líquido al recorrer su carne. Ella se arqueó como un arco y se pegó más.

Sam la acopló y la devoró con dientes y labios. Faith tembló, sintiéndose mareada y débil.

Él pensó que nunca tendría suficiente. La curva de sus esbeltas caderas; la superficie plana de su vientre suave; sus pechos palpitantes. Podía saborear la pasión en su sedosa piel, oír los sonidos apagados de necesidad que palpitaban en su garganta, sentir la ansiedad de sus manos en sus brazos. Quería tocarla toda a la vez.

Se incorporó y arrastró su cuerpo pegado al suyo, abrasando sus labios. Ella le rodeó el cuello y deslizó sus pechos contra su torso, una y otra vez, enloqueciéndolo.

Las manos de Faith no pararon de acariciarle los hombros y los brazos, el pecho, el estómago... hasta liberar sus vaqueros. Con los nudillos le rozó el excitado sexo mientras bajaba la cremallera. Sam soltó el aire.

Centímetro a centímetro, Faith bajó los vaqueros mojados por sus caderas hasta que se plegaron en sus rodillas. Con los pies él se los terminó de quitar, luego la depositó sobre la manta. Sus ojos disfrutaron de un festín.

La luz del fuego danzó sobre su cuerpo desnudo, iluminando su estrecha cintura y la plenitud de sus pechos. Le brillaban los ojos con deseo. Ninguna mujer jamás había hecho que se sintiera de esa manera... tan poderoso e invencible. Tan fuera de control.

—Eres hermosa —su voz salió ronca. Ella se sonrojó y apartó la vista. Se echó a su lado con la cabeza apoyada en un codo—. Soy tu marido, ¿lo recuerdas? —le giró el rostro. La besó con delicadeza y pasó la lengua por sus labios—. No quiero que te sientas avergonzada conmigo, Faith.

—Nadie me ha mirado jamás de esta manera, ni me ha dicho estas cosas.

Su confesión lo aturdió. ¿Cómo era posible? ¿Qué hombre no vería

su arrebatadora belleza y no se lo diría?

Pero ésa no era la ocasión para hablar de experiencias o amores pasados. Lo único que importaba era que estaban juntos. Ahondó el beso y ella se abrió a él, fluyó en sus brazos como miel.

—Tú también eres hermoso —dijo con timidez y se cubrió los pechos con las manos.

¿Es que no había fin a las sorpresas que deparaba? Era distante y contenida un instante, al siguiente una vampiresa y luego tímida. Todas sus facetas lo hechizaban y excitaban.

Bajó la cabeza, con la necesidad de explorar su cuello, el lóbulo de la oreja.

Metió los dedos en su pelo, le adelantó la cabeza y volvió a abatirse sobre su boca, hambriento, seguro de que jamás tendría suficiente.

Faith se retorció bajo él y adelantó las caderas, llevándolo hasta el mismo límite de la locura. Dominado por un impulso irresistible, se irguió y se arrodilló entre sus muslos. Sus pechos se alzaron, una ofrenda que no pudo resistir. Los capturó en sus manos y acarició los pezones con los dedos.

Ella gimió en voz baja y apretó con fuerza la manta.

—Abre los ojos —jadeó él. Hizo lo que le pedía, y sus ojos de un azul oscuro brillaban con deseo. Besó la punta rosada de cada pecho, los marcó con su lengua y sus dientes. Ella se arqueó—. Mantenlos abiertos —ordenó—. Quiero mirarte. Quiero ver tus ojos cuando esté dentro de ti.

—Date prisa —murmuró—. Por favor.

Enganchó los dedos en las tiras de encaje que cubrían sus caderas, la última barrera que los separaba, y las deslizó por sus piernas.

Exquisita, pensó, mirándola. Su cuerpo brillaba a la luz del fuego, los pechos húmedos por sus besos. Nunca había deseado con tanta intensidad y desesperación.

Su mirada ardiente y humeante encontró sus ojos, y alzó las caderas, abriéndose a él, dándole la bienvenida.

El primitivo impulso de poseerla lo abrumó y lo cegó. Con un movimiento veloz y certero penetró en ella. El intenso placer se convirtió en asombro.

Era virgen.

Santo cielo, Faith era virgen. Con una fuerza de voluntad que no sabía que tenía, se quedó quieto.

—Faith —se atragantó—, cariño, no me... quiero decir, no sabía... Dios mío.

—Shhh —sonrió y apoyó las manos en las sienes de él—. No me

duele, Sam. Es maravilloso. Tú eres maravilloso.

—Pero...

—Te deseo —murmuró—. Te necesito. ¿No lo sabes? ¿No puedes verlo?

Claro que sí. Su cuerpo vibraba bajo el suyo, suplicaba liberación. Igual que él.

Pero eso no modificaba lo que acababa de hacer, de suceder.

—No pares —se arqueó y le rodeó el cuerpo con las piernas—. Por favor, no pares.

Su súplica rompió las cadenas que lo frenaban. Se adentró en ella consumido por la necesidad. Le asió las caderas mientras se retorció debajo de él y penetró una y otra vez, con una furia próxima al frenesí.

Faith emitió un grito y le clavó las uñas en la espalda, temblando y llevándolo a su enloquecedor clímax.

Sam se derrumbó y sintió que lentamente recuperaba los sentidos, mientras la besaba y la abrazaba.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Estaban acurrucados junto al fuego, cubiertos por la manta y en los brazos del otro. Las sombras bailaban ante las llamas. Faith no experimentaba ninguna percepción de tiempo ni de lugar. Sólo la increíble y maravillosa sensación del cuerpo de Sam contra el suyo.

—¿Y si te lo hubiera dicho? ¿Me habrías hecho el amor?

—No. Sí. Demonios, no lo sé —cerró los ojos y suspiró—. Sí, probablemente sí.

Ella estiró el cuerpo y lo pegó con más firmeza al suyo. Su reacción de contener el aliento le provocó una sonrisa. Jamás había sentido tanta satisfacción y plenitud.

—Para —la aferró con más fuerza para inmovilizarla, pero sólo consiguió que sus cuerpos adquirieran una unión más íntima. Gimió y se apartó unos centímetros

—. Faith, al menos deberíamos haber hablado de ello.

—No tenía ganas de hablar —una mujer desenfrenada había tomado posesión de su cuerpo, decidió mientras le acariciaba los fuertes bíceps. Le gustó esa mujer—.

Si esperas lágrimas y recriminaciones, no se producirán. No lo siento. Sabía lo que hacía y no cambiaría nada —frenó la mano de pronto y frunció el ceño—. ¿Tú lo sientes? ¿He hecho algo mal?

Él maldijo y, sin previa advertencia, la hizo rodar hasta dejarla de espaldas. Su mirada la quemó.

—¿Sentirlo? Demonios, no. ¿Hacer algo mal? Cariño, si hubieras hecho algo aún mejor, te juro que ahora mismo estaría muerto.

Ella sonrió, suspiró aliviada y le acarició la mejilla.

—Entonces no lo he sentido sólo yo, ¿verdad? Fue increíble, ¿no?

—Eres asombrosa —le agarró la mano y se la llevó a los labios—. No entiendo cómo es, quiero decir... Maldición, es tan sorprendente.

—¿Te refieres a no haber estado nunca con un hombre? —jamás había discutido su vida sexual con nadie, ni siquiera con su madre. Sabía que todo el mundo daba por hecho, ya que ella y Harold iban a casarse, que dormían juntos. La cuestión es que nunca había tenido mucho interés en hacerlo y le ofreció excusas, prometiendo que en cuanto se casaran sería mucho más especial. Al ser un hombre paciente, educado y comprensivo, jamás insistió. Osada debido a su recién descubierto poder, de nuevo deslizó las manos por su torso, sorprendida y encantada cuando sus ojos se entrecerraron—. Mi vida siempre ha estado estructurada, planificada al minuto.

Parte de ese plan era esperar hasta haberme casado. Imagino que voy a tener que realizar algunos ajustes.

—Estás casada —el fuego brilló en sus ojos—. Conmigo, ¿lo recuerdas?

—Hablo de un matrimonio de verdad, Sam. Hipoteca, perros, niños.

—Haces que parezca como pedir una pizza por teléfono —le acarició el cuello con el dorso de la mano y mantuvo su mirada mientras bajaba al centro de su pecho.

La respiración de Faith se aceleró—. No quiero estropear los planes, pero, ¿has pensado que no usamos ningún tipo de protección?

Ella sabía que los análisis de sangre para la licencia matrimonial habían salido limpios, por lo que se refería a que podía quedarse embarazada.

Un bebé. Recordó a la pequeña Madeline en brazos; había sentido algo que nunca antes había experimentado. La pequeña era tan suave y olía tan bien. ¡Por lo menos hasta que vomitó! Siempre había sabido que tendría hijos, pero ni una sola vez pensó realmente en ser madre.

—Tomo la pastilla.

—Pero... si no has mantenido...

Ella se sentó y le dio la espalda, cruzando los brazos sobre su desnudez. Supuso que tenía derecho a preguntar. De repente se sintió tan incómoda. Eran dos adultos, por el amor del cielo. ¿Por qué le molestaba mantener una discusión razonable y lógica con él?

Porque hablaban de otro hombre, su novio, con quien se suponía... con el que iba a casarse. Maldita sea, ¿por qué su ropa tenía que estar tan lejos?

—Sam, voy a... casarme, de verdad, en unos meses. Necesitaba

estar...

preparada. Harold y yo íbamos a esperar tres años, hasta que estuviéramos bien asentados, aparte de que tengo varios proyectos en control en Elijah Jane.

—Control —pasó un dedo por sus hombros—. Esa es siempre la palabra clave contigo, Faith, ¿verdad?

Resistió el impulso de apoyarse en él y sentir otra vez su piel.

—Ya te he dicho que me gusta saber a dónde voy, qué hago. De no haber sido porque Digger me trastocó los planes, ahora mismo estaría en Boston.

—Y esto... —dijo bajando el dedo por su espalda—... esto no estaba en tus planes, ¿verdad?

La áspera textura del dedo sobre su piel sensible le provocó un dolor palpitante.

La necesidad recorrió su cuerpo. ¿Cómo podía experimentarlo de nuevo tan pronto y con tanta fuerza? Cerró los ojos y respiró hondo.

—No lamento haber hecho el amor contigo, Sam.

—¿Pero? —él detuvo la mano.

—Pero seguimos siendo dos personas distintas que viven en dos mundos distintos. Eso no ha cambiado.

Sam apartó el dedo. Faith sintió frío, confusión. Y soledad.

Él se levantó, se dirigió a la mochila y sacó un par de vaqueros secos. Ella lo miró y sintió que se le aceleraba el corazón. Su cuerpo era puro músculo y magnífico.

Apenas unos minutos antes había pasado las manos por el, experimentado una pasión que ni soñaba que existía. Oyó el sonido de la cremallera.

—Te traeré la ropa.

—Gracias.

Tan educado. Tan rígido. Lo vio caminar hacia las aguas termales, cerró los ojos y suspiró.

Mintió cuando le dijo que no lamentaba haber hecho el amor con él. Lo lamentaba, porque ahora que lo había hecho... que conocía... su vida nunca volvería a ser la misma.

# Capítulo 8

No despertó de buen humor. Había cerrado los ojos pero no podía recordar si llegó a quedarse dormido. ¿Cómo demonios se suponía que podía hacerlo con Faith a medio metro de él?

No fue capaz de contar las veces que se había acercado a ella durante la noche, que tuvo que frenarse para no arrastrarla a su saco de dormir. Se maldijo por hacer el amor con ella, luego volvió a maldecirse por desear repetirlo.

Tenía la certeza de que no lo habría rechazado, aunque no se lo había dicho con palabras. Apenas hablaron después de que él se vistiera. Pero lo había visto en sus ojos. La deseaba. Ella lo deseaba. ¿Por qué tenía que ser tan complicado?

Sus relaciones siempre habían sido fáciles. Le encantaban las mujeres. Le encantaba cómo olían, cómo caminaban, las curvas de sus cuerpos. Se había peleado con varias, pero había conseguido esquivar cualquier golpe directo.

Pero Faith Courtland lo había noqueado.

Al terminar de ajustar la silla de montar, miró por encima del hombro. Ella estaba sentada en una roca junto al pequeño fuego que había encendido antes, cepillándose el pelo mientras contemplaba las llamas. Bajo la cazadora vaquera llevaba un top blanco, y con los brazos levantados, los pechos se marcaban mucho.

Se le secó la garganta.

Sabía que era culpa suya. Le había hecho preguntas y ella las había contestado.

Con sinceridad. No podía culparla porque no le gustara lo que le había dicho.

Desde el principio sabía que se iba a casar con otro. Su propio matrimonio no era más que un acuerdo de negocios, algo temporal para satisfacer el testamento de Digger, así de sencillo.

Pero debido a lo sucedido anoche ya no era tan sencillo, porque sentía una cierta responsabilidad, porque era el primer hombre con el que ella había estado. Y si quería ser honesto, el hecho era que estaba muy complacido de que así fuera. No importaba que estuvieran en los noventa. Experimentaba algo muy primitivo, incluso posesivo, al saber que sólo había sido de él.

Y eso, sumado a la conversación sobre ese idiota con el que iba a contraer matrimonio, lo volvía loco. ¿Cómo podía casarse con ese imbécil? No estaba enamorada de él. Resultaba tan obvio.

Volvió a mirarla. Había terminado de cepillarse y echaba arena sobre el fuego para levantar el campamento. Era tan hermosa. No, no

estaba enamorada del otro tipo, pensó convencido. No podía ser.

Y antes de que la expedición hubiera concluido, lo comprendería.

—¿Falta mucho?

Se sentía como una niña al preguntarle por décima vez a Sam cuándo iban a arribar al campamento de Digger. Desde luego, si él le hubiera proporcionado algo específico en vez de respuestas vagas, no tendría que estar preguntádoselo en todo momento. En dos ocasiones sólo le gruñó.

—Falta poco —repuso por encima del hombro.

Dos palabras. Vaya, debía estar relajándose.

Con un suspiro, se acomodó en la silla de montar. ¿Por qué se mostraba tan reservado? ¿Estaba enojado con ella porque no le había dicho que era virgen?

¿Fruncía el ceño porque lo lamentaba, o por Harold?

Sintió el fuego de las lágrimas, pero las contuvo. Le dolía el pecho, pero lo ignoró. Se negó a que su actitud hosca destruyera el recuerdo de la experiencia más maravillosa de su vida.

Había arriesgado su vida por ella, le había hecho el amor, le había dado algo más increíble que cualquier cosa que hubiera podido imaginar... y ahora ni siquiera le hablaba.

Nunca lo entendería.

Sujetó con fuerza las riendas. Era un día demasiado hermoso para estar irritada.

Quizá la hubiera desequilibrado, pero se recuperaría. En cuanto acabaran en las montañas y regresaran al rancho, sería más fácil evitar su presencia, guardar las distancias. Los dos meses pasarían volando. Volvería a Boston y se casaría. Sería la presidenta de Elijah Jane. Tendría todo lo que siempre había querido. ¿Verdad?

—Hemos llegado.

Sobresaltada, Faith se dio cuenta de que habían entrado en un gran valle, con las montañas a un lado y el río al otro. Unos escalones toscos, abiertos en la roca, ascendían unos seis metros hasta lo que parecía ser una cueva. Una mina, comprendió.

El corazón le palpitó con fuerza. Ahí estaban, en el lugar donde Digger había dejado atrás al resto del mundo. Había trabajado allí, solo, sin parar, en busca de su sueño.

Al desmontar sintió las rodillas débiles. Aunque la corriente del río era fuerte, no llegaba a la velocidad que mostró en las aguas termales, ni era tan profunda.

Reinaba una gran calma. Costaba creer que en ese sitio había muerto un hombre. Su padre.

—¿Te encuentras bien?



No se dio cuenta de que Sam se había acercado por la espalda. Se volvió y metió las manos en los bolsillos para que no las viera temblar.

—Perfectamente. ¿Es éste el lugar... donde sucedió?

—Él siempre acampaba aquí, junto al río. Tenía una tienda quizá a unos cinco metros de la orilla —Faith miró hacia allí pero no vio nada —. Ha desaparecido —

indicó él en voz baja—. La inundación golpeó como el rayo y se llevó todo. Lo único que encontramos fueron sus botas, a poco menos de un kilómetro.

La imagen le heló las venas. Recordó lo cerca que había estado el día anterior de ser arrastrada por las aguas y lo fácil que resultaba que una corriente fuerte te engullera. Una inundación como la que describía Sam habría sido diez veces peor.

—¿Cómo sabes que las botas eran tuyas?

—Digger era la única persona que venía aquí. Era de su número, igual que las que solía llevar —suavizó la voz—. No hubo dudas, Faith.

—Pero su caballo... —insistió ella—. ¿Cómo puede desaparecer un animal de ese tamaño?

—Igual que un hombre. Arrastrado, a veces durante kilómetros. Bajo tierra, ramas y rocas.

Ya no oía el trinar de los pájaros ni el zumbido de las abejas. El sol que hasta hacía muy poco había sido cálido, se hundía en el horizonte y el aire vespertino era frío.

—Me gustaría echar un vistazo antes de que oscurezca del todo.

—Me ocuparé de los animales y prepararé el campamento —le quitó las riendas de la mano—. Aún quedan algunas cosas tuyas en la mina, si quieres entrar. La lámpara debe tener algo de gasolina, y en el banco hay cerillas.

Con el corazón desbocado y las rodillas temblorosas, subió lenta y cuidadosamente por los escalones. La entrada de la mina se agrandó ante ella, y su boca oscura y silenciosa la tragó. Dejó que sus ojos se adaptaran a la débil luz y luego se acercó a un banco pequeño que había junto a una pared; encendió la lámpara.

Las paredes rocosas centellearon. Dentro el aire estaba más frío y húmedo; la tierra bajo sus pies era blanda. Respiró hondo.

Sobre un banco había picos y martillos, unos cuantos libros de bolsillo y una lata de café llena de pedruscos y tierra. Recogió algunas piedras y dejó que resbalaran por sus dedos, luego alzó la lámpara y se adentró en la oscuridad.

La lata de espaguetis y albóndigas que había abierto se calentaba al fuego. La pasta estaría blanda, la carne sería como cartón, pero

después de un largo día a caballo sabía que le parecería tan buena como una comida en un restaurante. Había compartido unas cuantas latas con Digger. En este mismo sitio. Habían trabajado la mina, pescado y acampado juntos durante más de veinte años. Creía que era el que mejor lo conocía. Pero no era así. Nadie había llegado a conocerlo.

Miró hacia la boca de la mina. Faith llevaba allí dentro un buen rato.

Demasiado, pensó, considerando que había poco que ver. ¿Qué demonios la demoraba tanto?

Incómodo, se levantó y contempló la oscuridad. Le había dicho que ya habían explorado exhaustivamente la mina antes de cerrarla. No hallaron ningún cadáver.

Y a pesar de insistirle en que no encontrarían un cuerpo en ninguna parte, ella había insistido en venir. ¿Por qué iba a cambiar ahora?

Frunció el ceño. No sería tan tonta, en especial después de que el día anterior estuviera a punto de ahogarse. No podía ser tan indiferente y descuidada al peligro.

Pero empezó a formársele un nudo en el estómago. Jamás había visto a una mujer más decidida, tenaz y terca. El pozo de la mina podría tentarla; quizá quisiera echar un vistazo. Y caer doce metros en un agujero negro y frío.

Dio media vuelta, avanzó un paso hacia la mina y se detuvo. Ella estaba justo al borde de la oscuridad, entre la luz del fuego y las sombras.

Esperó, dejando que se le tranquilizara el pulso y se evaporara el temor. Faith se acercó y se frenó ante la hoguera, sin decir una palabra. Tenía un libro bajo un brazo y una vieja lata de café aferrada contra el estómago.

—Espaguetis y albóndigas —su expresión siguió en blanco, los ojos vacíos y cansados—. ¿Te dije alguna vez que Elijah Jane está pensando en inaugurar una línea de comida enlatada? Queríamos empezar con chile.

—¿Por qué no te sientas? —pidió con voz suave—. Te serviré algo para comer.

—Si sale bien, también añadiremos una línea de sopas.

Parecía tan pálida junto al fuego, tan perdida. Lo miró a los ojos, pero Sam supo que en ese momento bien podía ser un fantasma para ella.

—Faith, por favor —se sentía impotente para frenar lo que pasaba en su interior

—. Siéntate.

—Trato de imaginar cómo fue —miró las llamas sin parpadear—. Meterte en un mundo oscuro, rompiendo rocas una hora tras otra, día tras día.

Sam se dio cuenta de que no le hablaba a él, así que guardó silencio. Nunca la había visto tan distante y aislada. Se contuvo para no abrazarla.

—¿Y al final de tu vida lo único que queda de todo ese trabajo agotador y solitario es una lata oxidada con guijarros? —alzó la lata de café. Cerró los dedos en torno a una piedra y luego la arrojó al fuego—. Tenía una foto mía. Mi graduación del instituto —sacó una fotografía del libro—. La encontré entre la página doscientos treinta y seis y la doscientos treinta y siete de *Vida en el Mississippi*, de Mark Twain.

Otra sorpresa, leía a los clásicos. Hemingway, Fitzgerald, Steinbeck.

Sam estaba sorprendido. No había leído los títulos la última vez que vino a la mina.

—Faith, deja que... —se acercó, pero ella se apartó.

—Tenía derecho a saber. Me lo debían.

—Nadie quería herirte. Digger, tu madre, Joseph... todos te querían.

—Oh, sí, Joseph. ¿No soy afortunada? He tenido dos padres. Uno al que nunca pude complacer, que rara vez estaba en casa... y otro que no quería tener nada que ver conmigo —miró la fotografía—. ¿Quieres oír algo gracioso que nunca le dije a nadie? De pequeña solía fantasear sobre tener otro padre. Uno de verdad que vendría y nos llevaría a mí y a mi madre a vivir a otra parte, tal vez a una montaña.

Eso es lo que te aportan los sueños tontos. Decepción y una lata llena de guijarros —

la lanzó al fuego. Saltaron chispas—. Maldito seas, Digger Jones —estrujó la foto—.

Maldito seas en el infierno —la foto surcó el aire y cayó en las llamas. Con los ojos muy abiertos, ella contempló la hoguera y se cubrió la boca con la mano—. Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

—Es sólo una fotografía —dijo Sam, abrazando su cuerpo tenso—. No importa.

—Eso es lo que me dije cuando descubrí que Digger era mi padre, cuando fui a su funeral. Incluso cuando tú y yo nos casamos. Me dije que no importaba, que mientras mantuviera el control de Elijah Jane todo lo demás carecía de importancia

—agarro su camisa y lo miró—. Me equivoqué, Sam. En todo. Me

he mentido. No quería que estuviera muerto, quería decirle a la cara que lo odiaba, que me había abandonado, que mi madre fue desdichada. Si no estaba vivo, debía verlo con mis propios ojos, para poder olvidarlo todo y seguir adelante con mi vida... estar libre de ira.

Aunque se resistió, él volvió a abrazarla con suavidad. Ni siquiera al caer al río había sido tan vulnerable, tan frágil. Se había recuperado y seguido adelante. Pero al enfrentarse a la muerte de su padre, y aceptarla, se había derrumbado.

—Pero no lo odio —continuó—. Lo deseo, pero no puedo. Sólo odio que me hayan mentido. Que jamás tuviera la oportunidad de conocerlo —temblando, se apoyó en él—. Debes pensar que soy muy débil.

—Cariño, de todo lo que pienso de ti, débil no figura en ninguna parte —rió y le dio un beso en la frente.

—Esa es otra de las mentiras que me dije. Que no importaba lo que tú pensaras de mí. Sí que me importa —le enmarco el rostro con las manos y lo miró—. Y mucho.

La besó levemente en los labios.

—Creo que eres la mujer más sorprendente, increíble, sexy, inteligente y deslumbrante que jamás he conocido.

—Me gusta sexy y deslumbrante —murmuró sin dejar de darle besos suaves—.

No pares.

Riendo entre dientes, él le besó la mejilla y el mentón.

—Hermosa, asombrosa, extraordinaria —bajó hasta el nacimiento de su cuello y empezó a besarla.

—No me refería a eso, Sam —hundió los dedos en su pelo y bajó sus labios a los suyos—. Me refería a esto.

La frustración y la necesidad que habían ido acumulándose en él a lo largo del día estallaron con sus palabras jadeantes. Aplastó la boca contra la suya con una urgencia que nunca antes había conocido, profundizando el beso. Ella gimió, acoplando su cuerpo al de Sam. El fuego y la sangre corrieron por sus venas.

—Quiero que me rodees con la piernas —dijo con voz ronca, abarcando sus glúteos con sus manos grandes—. Necesito sentirte.

La alzó y ella pasó sus esbeltas piernas alrededor de su cintura. Se arqueó pegada a él, aplastando los pechos contra su torso, luego hizo espacio para que sus manos se deslizaran por entre sus cuerpos. Impaciente, tiró de los botones de su camisa. El tacto de sus dedos suaves sobre la piel desnuda de Sam hizo que sintiera lanzas ardientes por su cuerpo. La boca de Faith en ningún momento abandonó la suya.

Sin soltarla, se acercó a los sacos de dormir tendidos ya junto al fuego. Aunque sólo estaban a unos metros, a Faith le parecieron kilómetros... un viaje interminable.

Eso era lo que quería, lo que desesperadamente necesitaba. Si tan sólo pudiera describirle con palabras lo que le había dado, cuánto significaba para ella.

Y aunque encontrara las palabras, estaría sin habla por lo que él hacía con sus manos y su boca. Únicamente era capaz de sentir, y las sensaciones eran tan intensas y gloriosas que creyó que se desharía en sus brazos.

Estuvo a punto de perder el sentido cuando él la deslizó despacio por su cuerpo, potenciando al máximo el contacto. Le ardía cada centímetro del cuerpo, desgarrado entre el deseo de que esa dulce agonía durara toda la eternidad y rezando para que se diera prisa.

Pero Sam no tenía prisa.

Sostenida en los fuertes brazos de él, casi no tocaba el suelo. Volvió a besarla en un ataque despiadado. Enredó los dedos en su pelo y se abrió a él, anhelando más.

Sam la acomodó a su cuerpo y su lengua encontró la suya, en un ritmo tan primitivo como salvaje. Mareada de deseo, gimió por el placer que le recorría las venas.

Despacio la depositó sobre los sacos de dormir. Todo parecía un sueño, una fantasía increíble y maravillosa hecha realidad. Rodeó su cuello y lo atrajo hacia ella, sabiendo que nunca podría desear como deseaba ahora, que nunca necesitaría tanto a un hombre como lo necesitaba a él.

Ese pensamiento la hizo titubear, incluso la asustó, pero cuando él le colmó el cuello de besos ya no fue capaz de pensar.

Le masajeó los pechos hasta que lanzó un gemido. El broche frontal del sujetador se abrió y sintió la brisa por los pechos desnudos al tiempo que él introducía un pezón duro en la boca.

Faith sintió en la garganta un grito apagado y primario. Se arqueó y Sam tomó lo que le ofrecía. Su lengua, húmeda y ardiente, la acarició; sus dientes mordisquearon y tiraron. Se sintió atravesada por flechas doradas de placer.

—Sam, por favor, ahora —jadeó.

Pero él siguió tomándose su tiempo. Mientras sus labios y sus dientes centraban su atención en un pecho, con el pulgar de una mano le frotó el otro pezón sensible.

La enloqueció con el festín sensual que disfrutaba con su cuerpo.

No era suficiente. Quería más; lo necesitaba todo. Quería todo de él, no sólo lo físico, sino más, mucho más.

Cerró los dedos en la tela de su camisa y lo obligó a ponerse de espaldas. Se sentó encima al tiempo que le dejaba al aire su ancho pecho. Le pasó las uñas por la piel hasta que los dedos llegaron a la hebilla del cinturón; luego más abajo aún, por encima de su excitado sexo. Oyó su aliento contenido y se sintió extasiada al comprobar que él la deseaba tanto como ella a él.

Abrió el cinturón y el botón de los vaqueros; con un siseo bajó la cremallera.

Tenía el vientre plano bajo sus manos, la piel a fuego vivo. Cuando deslizó los dedos entre sus calzoncillos él experimentó una sacudida, le asió las muñecas y la arrastró por su cuerpo. Ella lo rodeó con los brazos y las piernas y frotó sus pechos contra su piel desnuda. Él gimió con un sonido ronco y animal, aplastando su boca contra la suya y besándola profundamente.

Y entonces ella quedó de espaldas y miró esos ojos oscuros como la noche, intensos y con un destello de peligrosidad. Sam tiró de sus botas y sus vaqueros.

Jadeante, Faith lo ayudó. Se colocó encima y se deslizó entre sus piernas. Cuando penetró hasta lo más hondo de ella, gritó y se arqueó para recibirlo.

Comenzó a moverse a un ritmo que hizo que se mordiera el labio, a punto de llorar por el placer que la consumía. Empujó una y otra vez, de prisa, y Faith se retorció, pronunciando su nombre constantemente en una súplica salvaje y desesperada. Sam respondió con palabras eróticas, seductoras y carnales, que en otra ocasión la habrían escandalizado y que en ese momento la excitaron.

Tensa, sin aliento, respondió a todos sus embates y lo hundió todavía más en su cuerpo hasta que pensó que iba a enloquecer. Los sentimientos eran demasiado intensos, fuertes... y un grito comenzó a crecer en su interior.

—¡Sam!

Lo soltó en el momento en que el placer estalló en su cuerpo. Tembló ante su increíble fuerza, sintió que el cuerpo de Sam se ponía rígido y luego oyó el gemido profundo y gutural de su propia liberación.

Con el aliento entrecortado y el corazón latiéndole con furia, se derrumbó sobre Faith.

Sonriendo, ella rodeó sus hombros sudorosos. Él la besó con pasión y alzó la cabeza.

—Soy demasiado pesado.

—No —lo inmovilizó cuando hizo amago de levantarse—. Te quiero justo donde estás.

—Justo *ahí*, ¿no? —sonrió y acomodó las caderas. Ella dejó de respirar—. ¿O

quizá aquí? —le besó el cuello y volvió a mover las caderas. Faith soltó un gemido bajo. Los labios de Sam bajaron por su cuello y se posaron en su pecho—. Dime lo que desees, cariño —murmuró, moviéndose en su interior con decidida precisión.

—Te deseo a ti, Sam —susurró y atrajo sus labios a los suyos—. Sólo a ti.

Él se apartó y la observó sin decir nada, pero la intensidad de sus ojos la marcó.

Luego la besó lenta, suave y tiernamente. La hizo temblar, hizo que lo anhelara y lo necesitara.

Pegándolo a su cuerpo, se entregó a la bendición de su tacto y volvió a perderse otra vez en él.

El sol salió demasiado pronto a la mañana siguiente. Aunque después de una noche de hacer el amor con Sam, supo que el mediodía también habría llegado demasiado pronto.

Abrió un ojo y se dio cuenta de que estaba sola. El calor del cuerpo de Sam aún permanecía junto al suyo, rodó hasta quedar en su lado y recordó las horas que había pasado en sus brazos.

Era insaciable.

Quizá también ella se mostrara codiciosa, pensó, sonriendo, y sacó la sudadera y los pantalones de la mochila. De acuerdo, reconoció, y volvió a arrebujarse en el saco. Muy codiciosa.

—Levántate, Bella Durmiente.

De pie junto a ella con una toalla al hombro y agua que le chorreaba del pelo, le pareció injusto que fuera tan atractivo a horas tan tempranas, en especial después de haber dormido muy poco. Sabía que ella debía estar horrible, con el pelo revuelto y los ojos somnolientos.

Se arrodilló a su lado, y cuando Faith empezó a ocultarse en el saco, le sujetó la barbilla, la besó levemente y sonrió.

—Maldita sea, no veo la hora de meterte en una cama.

Rió y se levantó. Quiso agarrarla pero ella pasó por debajo de su brazo y gritó cuando la derribó y la dejó de espaldas. Se agachó y volvió a besarla.

—¡Hola!

Los ojos de Faith se abrieron mucho ante el sonido de la grave voz de un intruso. Sam se puso rígido y se volvió despacio.

—¿Quién es? —susurró ella nerviosa. Se sentó y ladeó el cuello para ver por el costado de los hombros de Sam.

Un hombre que llevaba un caballo negro emergió de la arboleda

que había junto al río. Era alto, con el cabello y la barba plateados.  
Digger.



# Capítulo 9

No era posible. Debía estar soñando. Sam cerró los ojos, seguro de que cuando volviera a mirar, el hombre que se dirigía hacia ellos sería otra persona, alguien parecido a Digger.

El otro volvió a agitar la mano y los saludó.

El corazón de Sam se detuvo un segundo y luego se desbocó.

Santo cielo. Era Digger. O de lo contrario su fantasma, con un cigarro entre los dientes.

—Vaya, vaya, si es Sammy —se detuvo a unos metros y se echó el sombrero hacia atrás—. ¿Qué te trae hasta aquí, hijo?

—¿Digger? —la voz le salió en un susurro.

Los dedos de Faith se clavaron en su brazo. La oyó respirar entrecortadamente, pero no pudo apartar los ojos de Digger. Ni siquiera moverse.

—Bueno, no soy el hijo de los Adams, aunque reconozco que estoy un poco desaseado.

—Pero tú... Santo cielo, creíamos que estabas muerto.

—¡Muerto! —la exclamación reverberó entre los árboles—. ¿Por qué demonios ibais a pensar eso?

Muy despacio, a través de la confusión que le dominaba el cerebro, Sam buscó las palabras.

—Vinimos... a buscarte después de la inundación. Tu campamento había desaparecido... tú habías desaparecido. Y al no regresar después de decirle a Matilda que sólo te ausentarías dos semanas, todos asumimos que te habías ahogado.

—¡Dos semanas! Le dije a Matilda que estaría fuera dos meses. Y no me hallaba en mi campamento. He estado trabajando en una nueva mina a unos kilómetros al sur de aquí —frunció el ceño al mirar el sitio donde había estado su tienda y sacudió la cabeza—. Maldición, parece que me tendré que comprar otra.

—Digger, celebramos un funeral en tu honor —aún aturdido, Sam sólo podía mirarlo.

—¿De verdad? —enarcó las cejas.

—¡Maldita sea, pensamos que habías muerto!

—Bueno, pues no es así —miró detrás de Sam—. Vaya, Sammy, ¿qué escondes ahí en el saco de dormir? ¿Es una mujer?

*Faith.* Santo cielo. ¿Cómo iba a reaccionar? ¿Cómo se enfrentaría al hecho de conocer a Digger de esta manera?

—Digger, escucha, hay algo que deberías...

—No seas tímido, chico. Dile a la yegua que salga y echemos un vistazo.

—No. Espera...

—No soy una yegua, señor Jones —con los brazos tensos a los costados, Faith se incorporó y observó a Digger—. Soy tu hija.

La sonrisa de Digger se congeló. Titubeó, luego se quitó el cigarro de la boca.

—Vaya sorpresa.

—Lo mismo opino yo —repuso Faith, sosteniendo su mirada.

—No penséis que os culpo —asintió despacio.

Ninguno se movió. Al rato Faith se tambaleó un poco y Sam se acercó, pero ella retrocedió, alzando el mentón mientras respiraba hondo.

—Sam, ¿por qué no preparas un poco de café y le haces compañía a *mi padre* mientras yo me cambio? Uno o dos minutos.

Sam se levantó lentamente, asombrado por su sosiego para ofrecerle a Digger café como si fuera un invitado. Pero entonces vio el temblor de sus dedos y la palidez de su piel al recoger la mochila. No estaba tranquila. Tenía un susto de muerte. Era el único modo en que sabía manejar la situación; se daría un minuto a solas, se recuperaría y luego se enfrentaría al padre que jamás había conocido.

Un hombre que había regresado de entre los muertos.

Tras mirar una vez más a Digger, dio la vuelta, se adentró entre los árboles y desapareció detrás de unas rocas.

Sam vio que Digger observaba el lugar donde había estado Faith. En los ojos azules del viejo había una expresión que nunca antes le había notado, una mezcla de añoranza y amor que hizo que se sintiera como un fisgón.

Digger posó los ojos en Sam tras salir como de un ensueño.

—No está mal, ¿verdad, Sammy?

Éste no pudo evitar sonreír. ¿Quién lo habría pensado? Digger un padre orgulloso.

—Sí, Digger —respondió—. No está nada mal —miró a su amigo; nunca lo había visto mejor. Sacudió la cabeza y lo abrazó—. Bienvenido, viejo zorro —se dieron unas palmadas en la espalda.

—¿Te habló de mí y de su madre?

—Y también de Elijah Corporation, con un beneficio neto de veinte millones de dólares, propiedad de Francis Elijah Montgomery, comúnmente conocido en la ciudad de Cactus Flat como Digger Jones.

—Tarde o temprano iba a descubrirse —se encogió de hombros y se metió el cigarro en la boca.

—Digger, por amor de Dios, ¿por qué ocultaste algo así? No tenías que mentirle a nadie. Aquí todos somos tus amigos.

—Sammy... —comenzó con paciencia—... los dos sabemos que si

la gente hubiera averiguado la cantidad de dinero que tenía me habría tratado de forma diferente. No verían al viejo Digger Jones, sino sólo billetes verdes. Además, jamás le mentí a nadie. Únicamente mantuve mis negocios en privado. Tengo derecho a eso.

Era verdad, por supuesto. La ciudad, sus amigos, todos lo habrían mirado de manera distinta.

—Muy bien, tienes razón en eso —se pasó la mano por la cara—. Pero a lo que no tienes derecho es a interferir en los asuntos de otras personas.

—Yo no me meto donde no soy bienvenido.

—¿Cómo demonios llamas a esa insignificante condición de tu testamento sobre el matrimonio de Faith conmigo?

—Oh —se pasó el cigarro de un lado a otro de la boca—. Bueno, era una proposición, eso es todo.

—¿Proposición? ¡Era un chantaje descarado! Tú sabías cuánto deseaba Faith la presidencia de Elijah Jane, y lo mucho que yo necesitaba la tierra.

—Chantaje es una palabra fuerte, Sammy. Los dos podíais elegir —titubeó, luego esbozó una sonrisa—. ¿Y lo hicisteis? ¿Os habéis unido?

—Juegas a ser Dios con la vida de dos personas y lo único que se te ocurre es preguntar eso —puso las manos en la cadera y sacudió la cabeza—. Eres increíble.

—Lo hicisteis, ¿verdad? —arrojó el cigarro a las cenizas del fuego de la noche anterior y abrazó a Sam—. ¡Maldición!

A Sam le vibraron los dientes por la fuerza del abrazo.

—Para, Digger. Esto es serio.

—Claro que lo es —volvió a abrazarlo y lo soltó—. Lo sabía. Sabía que erais el uno para el otro.

—Faith estaba... está... prometida a otro hombre. Se casará en unos meses.

—Bueno, veamos... —Digger enarcó una ceja—... no podrá casarse con otro si se ha casado contigo, ¿verdad?

—Nuestro matrimonio es temporal, Digger. Dos meses, si lo recuerdas. Luego Faith es libre de casarse con quien quiera. Y el hombre que quiere está en Boston.

Debías saberlo.

—Su madre me lo contó —agitó una mano—. Un idiota pomposo llamado Arnold.

—Howard —corrigió Sam.

— *Harold* —los dos se volvieron al sonido de la voz de Faith. Estaba ante los árboles, vestida con unos vaqueros y una camisa azul, el pelo recogido en una coleta.

Sus ojos se veían tan fríos como su voz—. Se llama Harold —repitió, acercándose sin quitarle la vista de encima a Digger—. Pero tú no lo sabes, ¿no? De hecho, no sabes nada sobre mí, ¿verdad, *papá*?

—Iré a dar un paseo —Sam se volvió para marcharse.

—Quédate dónde estás, Sam. Tú también te has visto arrastrado a esto, y mereces algunas respuestas.

Además, pensó Faith, la idea de estar a solas con Digger, el padre que nunca había conocido, le aterraba. El corazón le latía con tanta fuerza que creía que los dos podían escucharlo.

Digger Jones. Francis Elijah Montgomery. Su padre, a un metro de distancia.

Quería llorar, quería reír, quería gritar. No hizo ninguna de esas cosas.

Lo miró. En su cara había arrugas de toda una vida, de trabajo duro, de largos días a la intemperie. Tenía los ojos de un azul pálido... el mismo color que los de ella, comprendió con sorpresa. Al contemplarlos, vio una dulzura que la asombró.

—Sé que has pasado por un montón de cosas, cariño —dijo Digger con gentileza—. ¿Por qué no nos sentamos todos a charlar un rato y a arreglar las cosas?

—¿Arreglar las cosas? —repitió, sintiendo una burbuja de histeria en la garganta—. Me has mentado... manipulado... ¿y crees que deberíamos sentarnos tranquilamente a arreglar las cosas?

—Sólo quiero lo mejor para ti, Faith. Es lo único que siempre he deseado.

—Supongo que por eso dejaste a mi madre y permitiste que se casara con un hombre al que no amaba —vio el destello de dolor en sus ojos—. Porque eso era lo mejor para mí.

Él suspiró, se sentó en una roca y apoyó los brazos en las rodillas.

—Quería casarme con tu madre... es lo que más he querido en el mundo.

Recibir esa carta de tu abuelo fue como si me clavaran un cuchillo en las entrañas.

Cuando decidí ir a verla para que me dijera en la cara que no me quería, ya se había casado con Joseph. A pesar de lo mucho que la amaba, empecé a pensar que tu abuelo tenía razón. Quizá se mereciera algo mejor que yo. Y tú, Faith... tú merecías un padre del que pudieras estar orgullosa. No a un viejo minero.

—¿Crees que algo de eso le importaba a mi madre? Ella te amaba —dijo con voz ronca y a punto de llorar—. Nadie pensó en ella para dejar que eligiera.

—Sólo pensaba en ella —Digger sacudió la cabeza—. Por eso la

dejé... os dejé ir. Soy un hombre sencillo, Faith. Por ese entonces, también era pobre. Sin estudios.

Lo único que tenía eran unos picos y algunas recetas que me dejó mi abuelo. Pero tu madre —entonces sonrió con melancolía—, bueno, ella era otra cosa. En cuanto entró en la Tienda de Bocado de Leo y pidió uno de pavo de pan integral, me deslumbró. Con su suave pelo rubio y sus tristes ojos verdes, era lo más bonito que jamás había visto. Tú eres como ella.

Avergonzada por el cumplido, aunque también reconfortada, Faith miró a Sam.

Estaba apoyado en un árbol, con los brazos cruzados, y observaba todo en silencio.

¿Cómo sería deslumbrar a un hombre como él? ¿Qué te hablara como si fueras lo más precioso del mundo?

Un dolor recorrió todo su cuerpo. Si las cosas hubieran sido distintas... si su vida hubiera sido diferente...

—Faith —Digger volvió a atraer su atención—. ¿Qué haces aquí en Lonesome Rock?

—Dijeron que habías muerto —repuso—. Yo... necesitaba saberlo con certeza...

—Lamento mucho si ello os hirió... a ti y a tu madre —comentó tras observarla un largo rato—. Era lo último que deseaba.

Confusa, con la cabeza dándole vueltas, volvió a mirar a Sam. Él era parte de todo esto, le gustara o no. Respiró hondo y se centró en Digger, su padre.

—¿Por qué Sam? —inquirió—. ¿Por qué lo metiste en esto... lo obligaste a casarse conmigo?

—No conoces a Sammy muy bien si piensas que alguien podría obligarlo a hacer algo —lo miró y sonrió—. Puede que la tierra lo hiciera cavilar, pero jamás habría decidido hacerlo por eso. Si se casó contigo, lo hizo porque quería —durante un instante ella creyó percibir algo en los ojos de Sam, algo que podría validar la afirmación de Digger. No, se dijo... eso era un sueño. Era imposible, sin importar lo que aseverara Digger—. Sólo quería que fueras feliz, Faith. Pensé que quizá tú y Sammy... —suspiró—. Bueno, quizá fue una mala idea, después de todo. Para los dos.

Debería estar de acuerdo, pensó ella. Pero no había sido tan mala. De hecho, había sido maravillosa. Puede que sintiera furia hacia Digger por muchas cosas, pero no por obligarla a casarse con Sam. Por ello le estaba agradecida. Aunque no tenía intención de decírselo, y menos en ese momento, con Sam observándola con tanta atención.

—¿Qué te parece si volvemos al rancho de Sammy juntos? —se

quitó el sombrero y volvió a ponérselo—. Así disfrutaremos de la oportunidad de conocernos un poco. Luego, aceptaré la decisión que tomes sobre nosotros dos.

—¿Y Elijah Jane?

—No hay condiciones. Si aún la quieres, la presidencia será tuya.

¡Presidenta de Elijah Jane! ¿No eran esas las palabras que quería oír, el motivo por el que había ido allí, incluso el hecho por el que se había casado?

Volvió a mirar a Sam. Tenía la boca cerrada con firmeza, los ojos no revelaban nada mientras la observaba. Con Digger vivo, tenía una salida. Los dos podrían anular fácilmente el matrimonio. ¿Querían hacerlo? Qué pregunta tan ridícula. Claro que sí. Cada uno tenía su propia vida.

—¿Y qué pasa con los veinte mil acres de Sam?

—Son todos suyos, cariño —sonrió Digger—. Después de lo que os hice pasar, es lo menos que puedo daros. Bueno, ¿por qué no desayunamos? —se dio una palmada en las rodillas y se incorporó—. Lo prepararé mientras me contáis todo sobre mi funeral. No sucede todos los días que un hombre consigue detalles de su última partida —se dirigió hacia su caballo y de repente se detuvo—. ¿Asistió al servicio el idiota ayudante del sheriff? —Sam asintió—. Maldito hipócrita. Sigo sin dejar que coma en la cafetería. Nadie me pone una multa de aparcamiento y se sale con la suya.

Faith contuvo una carcajada y miró a Sam. Sacudiendo la cabeza, éste se acercó a ella y juntos contemplaron a Digger descargar su mochila.

—Bueno, corazón, parece que has conseguido lo que buscabas. Ya puedes regresar a casa siendo una mujer feliz.

¿Una mujer feliz? No había malicia en su voz, nada de sarcasmo, pero ese simple comentario la atravesó como un cuchillo.

—¡Eh! —Digger sacó una sartén—. Le dije a Fitcher que quería el servicio de lujo, féretro de roble y montones de rosas. ¿Qué me dio?

Sam sacudió la cabeza ante esa pregunta absurda.

—Incluso tuviste a Madge en el órgano. Todo fue de primera. La iglesia estaba abarrotada y celebramos una bonita recepción en tu honor en el hotel —Digger sonrió y se dirigió hacia el río, silbando—. Maldita sea si no me alegra que esté vivo.

—A mí también —coincidió Faith.

—¿Sabes qué otra cosa me alegra? —susurró, echándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Qué? —tuvo un escalofrío ante el contacto.

—Que en dos días regresaremos al rancho.

—Oh —se le hundió el corazón. No veía la hora de librarse de ella.

—¿Te he dicho alguna vez lo grande qué es mi cama? —con los dedos le acarició el cuello.

—¿Por qué no me lo muestras? —el pulso se le había acelerado.

—Eso pretendo —dejó que sus dedos se demoraran unos momentos más en su cuello y luego se apartó—. Cuenta con ello.

Dos días después entraron en el Círculo B, cansados y hambrientos. Una suave brisa les dio la bienvenida, junto con cuatro hombres del rancho que agitaron los sombreros desde un corral grande que había junto al granero. Cuando reconocieron al hombre de pelo plateado junto a su jefe y su esposa, se paralizaron boquiabiertos.

Todos se los quedaron mirando, incluida Gazella, que había salido ante tanto alboroto. La casera regordeta se tapó la boca con las dos manos, luego se persignó y farfulló algo en español.

Sam ayudó a Faith a desmontar, luego le pasó las riendas a Clayton, el capataz.

—Bienvenido, jefe —con una mano tan atezada como la cara, inclinó el sombrero—. Señora McCants.

—Gracias —ella esbozó una sonrisa insegura.

Aunque la farsa ya no parecía necesaria, Sam deslizó un brazo alrededor de sus hombros y la atrajo hacia sí. Sintió que Faith se ponía tensa, luego vio que lo miraba confusa.

—Te agradecería que te ocuparas de los caballos, Clay. A mi esposa y a mí nos gustaría asearnos y descansar un poco antes de la cena.

—Claro, jefe. Será un placer.

Todos los demás habían rodeado a Digger, dándole palmadas en la espalda y haciéndole preguntas. Con cautela, Gazella lo tocó, descubrió que no era un fantasma y, lanzando un grito, se echó a sus brazos.

—Digger —Sam llamó por encima de la algarada—. Vamos a entrar. ¿Vienes?

Con un gesto les indicó que siguieran, disfrutando sin duda de toda la atención.

De algún modo, la historia que les había contado de que no se había dado cuenta de que había una inundación, se había convertido en un amenazador encuentro en la tercera fase con la naturaleza. Sam entró con Faith en la cocina, de camino recogió una caja de galletitas saladas y la llevó escaleras arriba.

Se detuvo ante la puerta del dormitorio de Faith. Ella miró hacia el suyo al otro lado del pasillo, y luego a él. Sam le sonrió.

—Has tenido un día muy largo. Date un baño y descansa un poco.

Sin poder evitarlo, la atrajo y le dio un beso apasionado. Luego la soltó. Ella se apoyó contra la puerta, con parpados entrecerrados y los labios aún húmedos.

Le costó no volver a abrazarla y llevarla a su dormitorio, a su cama, no sumergirse en lo más hondo de ella. Pero las ojeras que mostraba y los hombros encorvados le indicaron que necesitaba dormir. La deseaba, pero no era un animal...

aunque los sentimientos que evocaba en él no andaban muy lejos.

—Descansa, mi amor —pasó un dedo por su mejilla—. Vas a necesitarlo.

—Descansa tú también, vaquero —sonrió con gesto seductor, luego se puso de puntillas y le mordisqueó el labio mientras pasaba las manos por su torso—. Tú también vas a necesitarlo —sin dejar de mirarlo, abrió la puerta y retrocedió—. Y

guarda las galletitas. Un poco de alimento mantendrá... tus fuerzas.

Con un gemido, tuvo que recordarse respirar cuando la puerta se cerró. Apoyó la cabeza en ella unos segundos y luego se dirigió hacia su dormitorio. Decidió que necesitaba una ducha fría.

Sonriendo todavía, Faith se apoyó contra el otro lado de la puerta y rió en voz baja al escuchar el gemido de Sam. Ella sentía exactamente lo mismo.

El sonido de risas procedentes del exterior captó su atención. Se acercó a la ventana, hizo a un lado la cortina y vio a Digger sentado sobre el tocón de un árbol, animado por la historia que estuviera contando. A su lado estaba Gazella, mientras que los hombres del rancho lo rodeaban, escuchando con atención.

Sonrió y sacudió la cabeza. Digger iba a narrar con lujo de detalles su resurrección. Y a juzgar por la expresión arrobada de su público, sería fantástica.

Después de todo, no siempre veías a alguien que regresaba de entre los muertos.

En especial si era tu propio padre.

Su padre. En los últimos dos días había llegado a ser más fácil decir esas palabras, aunque aún le resultaba extraño. El único padre al que había conocido era Joseph Courtland, pero éste y Digger no podrían haber sido más distintos. Joseph había sido arrogante, bien educado y ceremonioso. Digger era tosco y extravagante.

Joseph le había enseñado buenos modales; Digger la hacía reír.

Antes de ir a Cactus Flat había tenido las cosas tan claras. Le habían mentido y la habían manipulado. Era fácil estar furiosa. Pero ya no lo tenía tan claro. Los últimos días en Lonesome Rock habían



sido un comienzo para ellos. Podía comprender qué había visto su madre en Digger. Estaba lleno de vitalidad, era más grande que la vida misma, con energía y nada de afectación.

Sonrió. Tenía dinero suficiente para llenar un almacén con ropa de Armani, pero llevaba unos vaqueros viejos y una chaqueta de lana remendada. Algunos podrían llamar a eso excentricidad, pero ahora que lo conocía, comprendía que, sencillamente, él tenía una percepción distinta de lo que era importante en la vida. El dinero no significaba nada para Digger. Era honesto acerca de quién era y lo que era.

Le importaba un bledo lo que pensaran los demás.

Salvo Colleen Courtland. Faith sabía que amaba a su madre más que a la vida misma; lo veía en sus ojos cada vez que pronunciaba su nombre. Sea lo que fuere lo que hiciera en el pasado, e incluso lo que hiciera ahora, entendía que era por amor a su madre... y a su hija.

Pasara lo que pasara, ya no había modo de alterarlo. Ella podía aceptarlo y seguir adelante con su propia vida... o sentirse amargada. La decisión era suya.

Y eso la tranquilizó. Era buena tomando decisiones, ¿no? Con lógica y calma.

¿Por qué esta situación debía ser diferente?

Pero lo era, por supuesto, pensó con un suspiro. No solo por Digger, sino también por Sam. Ya no era un asunto de negocios, una transacción fría entre dos partes. Su corazón se había involucrado, y le dolía mucho.

Soltó la cortina y cerró los ojos ante las lágrimas que amenazaban con caer.

¿Cómo pudo permitirse enamorarse de Sam? Y ahora que lo había hecho, ¿cómo podría marcharse para regresar a Boston y fingir que su vida era igual que antes?

No tenía ni idea. Odiaba esa incertidumbre y confusión. Le gustaba todo en orden, no salvaje y revuelto. Jamás experimentó eso con Harold. Él hacía que se sintiera cómoda, segura, a salvo.

Bajo ningún concepto Sam era seguro. Respiró hondo y se dirigió al cuarto de baño, preguntándose si las duchas frías funcionaban de verdad.

Cuando el agua fría no hizo nada para apagar el fuego en su interior, Sam abrió el grifo del agua caliente, apoyó las manos en los azulejos verdes y metió la cabeza bajo la ducha.

Quizá pudiera ahogarse.

El agua caliente golpeó en su cuello y hombros, desterrando lentamente la tensión, la frustración y la desesperación. No bastó.

Con los ojos cerrados, pensó en Faith. Intentó no cavilar en el hecho de que se marcharía pronto.

¿Y por qué no iba a hacerlo? Ambos se habían casado para obtener un beneficio material. No hubo palabras de amor ni promesas eternas. El regreso de Digger cancelaba la unión, y los dos tenían lo que querían, ¿no?

La había observado durante los dos últimos días, viendo cómo ella y Digger daban los pasos tentativos para establecer una relación. Ella se había mostrado cauta, mantenido la conversación superficial, en su mayor parte de negocios, atenta a no entrar en un territorio demasiado personal o íntimo. Pero poco a poco había visto cómo se relajaba, sonreía e incluso reía ante la exuberancia de Digger.

Había necesitado mucha contención para mantener la distancia, para no tocarla.

Pero ambos sabían que tendrían que esperar hasta regresar al rancho, donde podrían estar solos tras una puerta cerrada.

Sacó la cabeza del agua. Siempre se había considerado un hombre paciente, pero cuando se trataba de Faith, ya nada estaba claro. De algún modo se había metido en su vida. No sabía cómo tratar con los sentimientos que le despertaba.

Maldita sea, no sólo la quería en su cama. La quería en su vida.

Al oír que se abría la puerta de la ducha giró la cabeza. Ella estaba ahí, luciendo una larga bata. Vio la inseguridad en sus ojos, el gesto nervioso de morderse el labio.

—No podía dormir —soltó el cinturón de la bata y ésta se deslizó por sus hombros y su esbelto cuerpo, por sus largas, largas piernas—. Pensé que quizá una ducha me relajara.

Le dio un vuelco el corazón al verla ante él en su gloriosa desnudez, con las mejillas sonrojadas. La pasión le devoró las entrañas; la sangre le martilleó las sienes.

La hizo entrar en la ducha.

—Piensa en otra cosa, cariño.

# Capítulo 10

Apoyó su espalda contra los azulejos y la besó. El agua chorreó por su cuerpo, sus hombros, sus pechos, y brilló en su piel suave y sedosa. Sus manos masajearon cada pecho con su cumbre rosada, bajaron hasta la cintura estrecha y el vientre plano y luego se movieron hasta la unión de sus muslos. Ella jadeó y se pegó a él mientras la acariciaba íntimamente y penetraba en su calor húmedo.

Faith echó la cabeza atrás mientras la besaba en el cuello, sin dejar de acariciarla, excitándola y complaciéndola. Era tan pequeña bajo sus manos ásperas y grandes. Tan suave y ardiente. Cuando ella tembló Sam perdió el control.

Aferró sus glúteos con fuerza, la alzó y se enterró en lo más hondo de Faith. Ella le rodeó el cuello y tuvo un escalofrío. Sam lanzó embates salvajes. Sin dejar de temblar, ella le mordió el hombro para amortiguar el grito. Él sintió que el dolor y el placer lo desgarraban. Con un gemido ronco y gutural hundió la cara en su cuello mojado.

Débil, con la respiración entrecortada, la bajó y la abrazó. El vapor remolineó a su alrededor, creando un efecto etéreo. El agua golpeaba el suelo y les salpicaba las piernas y los pies.

—No puedo moverme —comentó ella casi sin aire.

—No tienes que hacerlo —alargó el brazo y recogió el jabón, le dio varias veces la vuelta en las manos y luego empezó a frotar lentamente su cuerpo.

Perdió todo sentido del tiempo. Podrían haber pasado minutos u horas. Cerró los ojos mientras él labraba su magia; sus manos la masajearon y su respiración se hizo más honda con cada roce de sus dedos. El corazón, que apenas se había recuperado del último acto sexual, volvió a latir.

Se dejaron caer al suelo de la espaciosa ducha, luego la agarró por las caderas y la puso encima. Ella le acarició los músculos de los brazos y el torso y se perdió en el primitivo ritmo del amor.

Ese ritmo creció hasta volverse tan frenético y urgente como la primera vez.

Sam clavó los dedos en sus caderas; ella se arqueó y subió las manos por su propio y húmedo cuerpo. Con voz ronca, él mezclaba palabras de amor y juramentos. Las sensaciones se tensaron en el vientre de Faith, y fueron bajando hasta que el placer se convirtió en dolor y la única escapatoria era la liberación.

Con un grito y un gemido apagado, ambos escaparon juntos.

Se envolvieron en toallas y él la llevó a la cama y se tendió a su lado. Ella pasó una mano por la colcha gruesa y la abrumó una

sensación de pertenecer a aquel lugar, de plenitud.

Con el pelo cubierto por una toalla, apoyó la cabeza en su hombro y se acurrucó en sus brazos. Él le besó la frente y la apretó contra sí.

—Tienes razón, es una cama grande.

—Demasiado para una sola persona.

—Es ideal para dos —vio que él la observaba intensamente bajo la tenue luz de la lámpara de la mesita de noche.

—Quédate conmigo, Faith —las palabras salieron de su boca sin pensarlas. Al mirarla, estar juntos en la cama, sólo sabía lo que sentía... lo que necesitaba. Y era ella.

—No voy a ninguna parte —repuso acariciándole la mejilla y sonriendo.

—Me refiero a que te quedes conmigo. No vuelvas a Boston. Además, hiciste planes para quedarte dos meses, así que cúmplelos.

—No... no sé qué decir.

—No digas nada ahora mismo. Piénsalo. Piensa en esto —la besó tiernamente, con lentitud—. Y mientras piensas, iré a buscar algo de comer. Tenías razón, voy a tener que mantener las fuerzas.

—Date prisa —se abrazó a una de las almohadas.

—No te preocupes por eso —se vistió a toda velocidad, hambriento ya; le preocupó que nunca pudiera saciarse.

La casa estaba en silencio y a oscuras; Gazella ya se habría marchado. Lo más probable es que Digger estuviera en el barracón con Clay y los hombres, contando historias y feliz de ser el centro de atención.

Fue a la cocina y lo encontró inspeccionando la nevera. Con los brazos llenos de cuencos con pollo frito, ensalada de patata y guisantes, la cerró con el pie y luego depositó todo sobre la mesa.

—Sammy —sacó una pata de pollo—. A tiempo para comer.

Sam se apoyó en la encimera y cruzó los brazos.

—Me llevaré un plato arriba. Ha sido un día largo.

—Varios días largos, ¿eh, hijo? —sonriendo, Digger se sirvió ensalada de patata

—. ¿Cómo está mi chica?

—Cansada —aunque no por el viaje a la montaña, pensó, y contuvo la risa delatora—. La has hecho pasar por muchas cosas, Digger.

—Es dura, Sammy. Siempre vuelve a levantarse. El año pasado, cuando Elijah Jane perdió la cuenta del Mercado Holden, nuestro mayor distribuidor de alimentos congelados, ella en persona fue a ver al principal competidor de Holden y negoció un trato por casi el doble —rió entre dientes—. Hace treinta años, lo único que había hecho en

mi vida era trabajar un poco como vaquero y de minero. Nunca tuve la intención de meterme en el negocio de los restaurantes. Si ese desgraciado de Leo no me hubiera dejado en la estacada, jamás lo habría hecho. Me sorprendió descubrir que no se me daba mal. Yo sólo pretendía recuperar mi dinero y vender el local, pero entonces me enamoré —sonrió y sacudió la cabeza—. Digger Jones, locamente enamorado de una dama. Y lo más gracioso del asunto es que también ella me amaba.

Contempló la comida en el plato pero no la tocó.

—Casi me muero cuando descubrí que se había casado con otro. Enloquecí un tiempo. Cuando al fin averigüé la verdad, Faith ya había nacido. No podía creérmelo.

Era padre. Maldita sea si no fue el día más feliz y desgraciado de mi vida —se le entrecortó la voz y se aclaró la garganta—. Sólo la vi una vez, cuando tenía seis meses... pero quise a esa pequeña más que a la vida misma.

Sam nunca había visto ese lado tierno y abierto de Digger. Ni siquiera sabía que existía.

—Pero te quedaste con Elijah Jane e hiciste que creciera sin parar. ¿Por qué?

—Por Faith —lo miró—. Todo era para Faith. Debía tener algo que darle, algo más que dinero; y que no sólo fuera una parte de mí, sino también de lo que ella formara parte. Su madre y yo nos mantuvimos en contacto a lo largo de los años, pero sólo por cartas. Ella arregló que entrara a trabajar un verano en Elijah Jane, aunque jamás se le regaló nada. Nadie en la empresa sabía que era mi hija. Se dejó el pellejo trabajando y todos los ascensos se los ganó por sí misma.

—Pero si es de ella... si siempre tuviste en mente que lo heredara ¿por qué no se lo diste? ¿Por qué esa tontería de casarse conmigo?

Digger le indicó la silla que tenía delante; suspiró cuando Sam se sentó.

—Vi crecer a mi pequeña de lejos. A veces su madre me enviaba una foto. Era lo único que tenía de ella. Pero incluso desde la distancia, siempre supe que era especial. Maldita sea si no tuve razón —exhibió una expresión feliz; luego sacudió la cabeza—. El problema es que era demasiado obstinada para su propio bien —Sam bufó. No es que no estuviera de acuerdo, pero oír esas palabras de boca de Digger parecía ridículo. Éste lo miró con el ceño fruncido—. No te rías de mí, muchacho. Sé que soy un poco terco, pero siempre estoy abierto a la razón.

—Tanto como la oficina de correos a medianoche —su sarcasmo le ganó una mirada dura—. Por eso la forzaste a casarse conmigo si

quería Elijah Jane, porque eres un tipo de mente abierta.

—Iba a casarse con aquel contable. Santo cielo, un contable. No era para ella...

aunque es demasiado pertinaz para comprenderlo ahora. Por otro lado, tú eres el hombre adecuado. Sabía que si os daba a ti y a Faith un empujoncito, todo saldría a la perfección.

—¿Un empujoncito? —Sam miró al techo—. Yo diría que casarse se parece más a un golpe, Digger.

—Reconozco que me sentí un poco desesperado al ver que la fecha para la boda de Faith se acercaba.

—¿Lo suficiente como para fingir tu propia muerte?

Digger se quedó quieto y lentamente bajó el tenedor.

—¿Fingir mi muerte? —repitió—. ¿Qué clase de tonterías son esas?

—Para mí jamás tuvo sentido tu desaparición —Sam asió un muslo de pollo y le dio un mordisco—. Conocías esas montañas como nadie, habías sobrevivido a todo tipo de climatologías, incluso escapaste con la pierna rota aquella vez que te caíste al pozo. Siempre salías bien. Digger Jones era demasiado duro para ser vencido por la Madre Naturaleza —calló, esperando que Digger dijera algo, pero el viejo guardó silencio—. Pero dos meses era mucho tiempo. Si hubieras dicho dos semanas, siempre regresabas el día catorce. La inundación fue un golpe de suerte adicional a tu favor, ¿verdad? Barrió tu campamento y supiste que todo el mundo iba a pensar que te habías ahogado.

—No puedo evitar lo que vosotros penséis —gruñó.

—Era lo que tú querías que pensáramos. Tenías que estar muerto con el fin de que funcionara tu pequeño plan. Desaparecerías en las montañas... todos te daríamos por muerto... yo leería tu testamento... y Faith y yo nos casaríamos para recibir las zanahorias que nos habías preparado. Así que dime, ¿participó también la madre de Faith en esto?

—Colleen no sabe nada, y no se te ocurra decirle algo o te... —calló, dándose cuenta de que ya había revelado demasiado. Cuando Sam enarcó las cejas, el otro se reclinó en la silla y sacudió la cabeza—. Una de las cosas que me gustan de ti, Sammy, es que eres inteligente y siempre miras por debajo de la superficie... cosa que no hace casi nadie. ¿Hace cuánto que lo sabes?

—Tres días —dio otro mordisco al pollo—. Unos diez minutos después de que aparecieras en el campamento. Te vi demasiado indiferente y amable, en especial después de enterarte de que Faith y yo nos habíamos casado. Digger Jones no es indiferente ni amable.

—Puedo ser tan amable como el que más —se quejó.

—Sí, comparado con Atila el Huno —replicó Sam.

—No te hagas el listo, Sam McCants. Te azotaré tan fuerte... —calló y emitió un suspiro—. Lo importante es, ¿qué le vas a contar a Faith?

—Es una buena pregunta, Sam. A mí también me gustaría oír la respuesta.

Los dos alzaron la vista. Faith estaba de pie en la puerta de la cocina, enfundada en la bata, el pelo mojado y peinado hacia atrás. Tenía la boca apretada con fuerza y miraba con ojos centelleantes a Digger. Entró con pasos medidos, los pies descalzos silenciosos sobre el suelo de roble.

—¿Qué tenemos aquí? Pollo frío. Qué comida tan apropiada para los dos.

—Faith —Sam se levantó lentamente, con mirada avergonzada—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente. ¿Por qué no vuelves a sentarte, Sam? De hecho, creo que me uniré a vosotros. Estoy muerta de hambre.

Se sentó, agarró una pieza de pollo e incluso le dio un mordisco. Tierna y jugosa, pero bien podría haber sido un trozo de cartón. Sam se sentó sin quitarle los ojos de encima.

—Faith, no...

—No has contestado la pregunta de Digger —sus palabras sonaron tan tranquilas que incluso se sorprendió a sí misma—. ¿Hay algo que debas decirme?

—Faith —la voz de Digger sonó sosegada, con un tono implorante—. Esto es entre tú y yo. Hablemos de ello nosotros y deja a Sammy fuera.

—Jamás soñaría con dejar a *Sammy* fuera. Después de todo, es mi marido, ¿no?

—dio otro mordisco, masticó despacio y rezó para no vomitarlo al tragar—. ¿Acaso los matrimonios no se basan en la confianza y la comunicación?

Sam apretó los dientes al mirarla, pero guardó silencio.

—No te enfades con Sam —suspiró Digger—. Yo soy el único con el que deberías estar furiosa.

—¿Quién dijo que estaba furiosa? —por dentro le hervían emociones lúgubres y densas. Pero por fuera, se sentía embotada, como si hubiera permanecido mucho tiempo bajo el frío. Miró a Digger y se esforzó por mantener la voz firme—. ¿Por qué otra mentira tuya... de cualquiera, cambiaría algo? Estamos hablando de negocios.

Siempre han sido negocios. Lo que tenemos aquí es una situación

beneficiosa para todas las partes. Tú obtienes lo que querías, que era que yo me casara con Sam. Sam recibe sus tierras. Y yo Elijah Jane. De hecho, deberíamos estar celebrándolo —dejó el pollo en el plato y se limpió las manos—. ¿Tienes champán, Sam?

—Faith, cariño, yo sólo quería lo mejor para ti —Digger quiso asirle la mano, pero ella se levantó deprisa.

—Como mi abuelo deseaba lo mejor para mi madre —vio que hacía una mueca de dolor y supo que había dado en el blanco—. ¿Por qué crees que eres distinto que él? Lo que él hizo estuvo mal, y lo que tú hiciste estuvo mal. No puedes manipular las vidas de otras personas, Digger, sin importar lo buenas que creas que son tus intenciones. Pero planificar tu propia muerte, dejar que tus amigos, gente que te quiere, piensen que estás muerto... eso es imperdonable.

—Nunca quise lastimarte, cariño —Digger se levantó con expresión sombría—.

Debes creerlo.

Ella respiró hondo, cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—A tu manera, sé que tus intenciones eran buenas. Pero sin importar qué decisiones tome, qué errores cometa —miró a Digger y luego a Sam—, deben ser míos. Si tú y yo vamos a establecer algún tipo de relación, tendrás que aceptarlo.

—Lo haré, cariño —Digger asintió, y tuvo el detalle de bajar los ojos—. Te lo juro. Dame una oportunidad, no te fallaré.

Faith sonrió al oír eso, sabiendo lo difícil que le resultaría mantener su palabra.

—Me alegra que estés vivo. Incluso me alegra que nos hayamos conocido. Pero necesito algún tiempo, alguna distancia, para pensar a dónde iremos desde aquí.

Mañana regresaré a Boston. Podemos volver a hablar en unos días.

No supo cómo logró marcharse sin que le cedieran las rodillas, pero de algún modo lo consiguió e iba por la mitad de las escaleras cuando Sam le aferró un brazo y la hizo girar.

—Debemos hablar de esto —dijo con voz tensa.

—Sabías desde hacía tres días que todo esto era una farsa —rezó para que no se le cortara la voz, para que el contacto de su mano no le hiciera caer de rodillas—.

¿Por qué no me lo dijiste, Sam?

—Primero debía hablar con Digger, oír qué tenía que decir.

—¿Y luego me ibas a contar la verdad?

—Faith —apretó su brazo con más fuerza—, sé cómo debes sentirte, pero...

—No. No sabes nada sobre cómo me siento. ¿Me lo ibas a contar?



—No lo sé —repuso con ojos entrecerrados.

—Bueno, al menos eso es verdad —se frotó la sien dolorida, aunque lo que en realidad le dolía era el corazón—. Estoy cansada, Sam. Me voy a la cama.

—Ven conmigo —la acercó—. No quiero que estés sola.

Sería tan fácil ceder, dejar que la alzara en brazos y la llevara a su cama. Allí podría perderse, incluso olvidar durante un rato que le habían mentido y la habían ridiculizado.

—Quiero que sepas que... que no lamento el tiempo que pasamos juntos. Tu vida quedó del revés por mi culpa... porque Digger tenía la equivocada convicción de que éramos el uno para el otro. Pero todo lo que vivimos se basó en una mentira

—dijo en voz baja, con las mejillas al rojo vivo—. No importa que la intención de Digger fuera buena. Sigue siendo un espejismo, una ilusión. Todo fue una fantasía —

se apartó y se quitó el anillo que Sam le había dado. Él hizo una mueca de dolor cuando lo depositó en su mano—. Pero ésta es la realidad, Sam. Debo regresar a Boston, a Elijah Jane. Tú debes quedarte aquí.

—Nuestro matrimonio fue legal, Faith —miró el anillo y cerró la mano sobre él

—. Sigues siendo mi esposa.

Sus palabras la sorprendieron. Lo miró a los ojos pero no pudo leer su expresión. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso le recordaba que tenían un asunto inconcluso, que debían anular el matrimonio? Maldita sea, ¿por qué no era capaz de leerle el corazón?

—Ha... haré que mi abogado se ocupe de ello cuando vuelva a Boston —forzó un tono ligero de voz—. Considérate soltero, Sam. Libre para hacer lo que te apetezca, con la persona que quieras.

Su rostro parecía tallado en granito, los ojos vacíos. La miró un largo rato, luego se apartó.

—Gazella estará aquí por la mañana. Si necesitas algo, pídeselo.

—Gracias —¿cómo era posible ser tan educada cuando tenía un grito próximo a la superficie?—. Buenas noches. Te veré por la mañana.

—Me temo que no. Tengo que ponerme al día con el trabajo. Me marcharé temprano.

—Oh. Bueno, adiós, entonces —extendió la mano.

Algo en los ojos de Sam se encendió. La aferró a velocidad cegadora y le cubrió la boca con la suya, acallando su jadeo. La besó con fuerza, haciendo que ella sintiera como si se le derretieran los huesos. La soltó con igual presteza y dio la vuelta antes de que

podiera recuperar el aliento.

En ningún momento miró atrás.

# Capítulo 11

—¿Qué crees, mamá, el de cuello alto adornado con perlas que me acabo de poner o éste?

El vestido era de satén, con un body en forma de corazón, falda larga y mangas largas y ceñidas de encaje. Al moverse, la tela titiló bajo las suaves luces fluorescentes del vestidor y el gran solitario de compromiso que llevaba en el dedo centelleó. Su madre, que desabotonaba las mangas de un vestido de chifón y crepé que colgaba en un rincón, no reconoció la pregunta de su hija.

—Mamá, la tienda se ha incendiado y nos han pedido que salgamos con orden.

Colleen alzó la vista y parpadeó.

—Ése es fantástico, querida. Precioso.

—¿Quieres decirme dónde estabas? —Faith suspiró y la miró.

—¿Dónde estaba? —su madre frunció el ceño.

—Ahora mismo. Toda la semana, en realidad. Desde que empezamos a salir de compras para la boda.

—No sé de qué hablas —terminó de desabotonar el vestido.

Pasó un brazo por los hombros de su madre y giró para que ambas quedaran ante el espejo. El pelo de Colleen era un tono más oscuro que el de Faith, con mechones plateados, pero sus rasgos eran casi idénticos. Sólo los ojos eran diferentes.

Los de Colleen verdes y los de Faith de un azul claro.

Como los de Digger.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —afirmó—. Has estado demasiado tranquila las últimas cuatro semanas, desde que volví de Texas. Has perdido peso, no sonríes y tienes ojeras.

—Qué poco amable por tu parte mencionarlo —repuso, mirándose en el espejo y frunciendo el ceño—. Pero ya que estamos con el tema, querida, creo que éstas son las palabras exactas que pretendía decirte.

Fue el turno de Faith de fruncir el ceño. Era verdad. No comía bien; estaba irritable; y el maquillaje ya no ocultaba sus ojeras.

—He tenido que ponerme al día de mucho trabajo atrasado. Informes, reuniones de la junta, la nueva cuenta Meyer. He estado un poco ocupada.

—Tengo entendido que Wade Thornton ha llevado con suma pericia la cuenta Meyer —comentó Colleen—. También se encargó a la perfección de todo durante tu ausencia.

—¿Ves lo que sucede cuando no estoy? La competencia empieza a moverse.

Wade quiere conseguir la llave de los aseos de los ejecutivos.

Además, no hablamos de mí, sino de ti.

—Yo estoy hablando de ti —comentó su madre—. Anoche volví a hablar con Digger.

—Has hablado con él bastante a menudo —bajó el brazo y se ocupó de su vestido.

—Le preocupas. Te marchaste tan enfadada.

—Por supuesto que me fui enfadada —y cada vez que se recordaba que tenía todo el derecho a estarlo, lo único que veía era el dolor en sus ojos cuando se despidió de él—. Me mintió, me obligó a casarme con Sam. Me manipuló.

—Te quiere, hija —subió la cremallera del vestido que tenía puesto Faith y miró con tristeza a su hija en el espejo—. Quizá sus intenciones fueran un poco equivocadas, pero estaba tan seguro de que tú y Sam seríais perfectos el uno para el otro.

Sam. En esas cuatro semanas no había pasado ni una sola noche sin que no anhelara su contacto. No la había llamado ni una vez. Y aunque ella había alzado el auricular una docena de veces, el orgullo la obligó a colgar.

—Estamos en los noventa, mamá. Los matrimonios convenidos no funcionan —

se miró en el espejo. Se suponía que las novias brillaban, no tenían el ceño fruncido

—. Tú deberías saberlo bien —Colleen se sobresaltó. Atónita ante su propia falta de tacto, Faith se llevó la mano a la boca—. Oh, mamá, lo siento tanto. No quería decir eso.

—Tu padre... Joseph... era un buen hombre. Un trabajador entregado, siempre se ocupó de que a ti y a mí no nos faltara nada —tocó el pelo de Faith y suspiró—.

Pero es verdad. Nunca lo amé.

—No tenía ningún derecho a decir nada —abrazó a su madre—. Sé que hiciste lo mejor para mí.

—Cariño, yo no era una mujer fuerte. Cedí a la presión de mis padres... y me casé sin amor —había tanta emoción en sus ojos, y tanta más que Faith sabía que desconocía—. Estuve a punto de abandonarlo un año después. Incluso empaqué algunas cosas. Estaba dispuesta a dejarlo todo por Digger... todo menos a ti. Cuando Joseph amenazó con entablar una batalla por la custodia, me asusté mucho y no me marché.

—Pero, ¿y más adelante —insistió Faith—, cuando yo era mayor y Digger tenía dinero para luchar por ti? ¿Por qué no fue a buscarte entonces?

Colleen apartó un mechón rebelde de la frente de su hija.

—Digger trabajaba su mina, llevaba su cafetería. Ese era su hogar. Su vida era opuesta a la nuestra... y tenía demasiado orgullo para pedirme que fuera a Texas, que abandonara mi vida en Boston y estuviera con él. Tenía la convicción de que había dejado de amarme, y era demasiado orgullosa para ir junto a él —acarició la mejilla de su hija—. Pero el orgullo es un compañero solitario. Cometí un error hace veintisiete años, Faith. Una mujer jamás debería casarse con un hombre al que no ama. En especial si está enamorada de otro.

Faith experimentó un escalofrío. Tuvo la sensación de que su madre ya no hablaba de Digger.

No, pensó con firmeza. Ella no quería a Sam. Iba a casarse con Harold. ¿Acaso éste no había aceptado con sosiego su boda con Sam, diciéndole que lo entendía y que la perdonaba?

Sam no era para ella. Puede que tuviera sus momentos de encanto, pero le gustaba discutir, era chauvinista y dominante. Nunca había querido casarse, sólo deseaba las tierras, igual que ella Elijah Jane. Para él su relación había sido física.

Sexo. Si hubiera querido algo más, habría llamado. ¿Verdad?

Maldita sea. ¿Por qué no había llamado?

El orgullo es un compañero solitario.

El vestido, perfecto hace unos instantes, ahora le apretaba los pechos y le ajustaba demasiado en la cintura. Pero no era el vestido el que de repente parecía demasiado estrecho, sino su vida.

—Faith —Colleen sujetó a su hija por los brazos—. Tengo algo que decirte. Por favor, no te irrites.

—¿Te encuentras bien? —el tono serio de su madre la asustó.

—Me voy a casar —no asimiló del todo las palabras. Faith miró a su madre perpleja—. Me voy de Boston, querida. Iré a Texas y le pediré a Digger que se case conmigo. Si hace falta, le suplicaré. Cuando descubrí que no estaba muerto... que no se había ahogado en las montañas... me resultó claro lo que debía hacer. Lo amo.

Siempre lo he amado. Perdí mi sueño hace veintisiete años, pero se me ha concedido una segunda oportunidad. Sin importar del tiempo de que dispongamos, y conociendo a Digger sospecho que serán muchos años, voy a pasarlo en su compañía.

—Pero tu casa, tus amigos del club...

—Amigos de Joseph, no míos. Y ya he alquilado la casa, con una opción de venta. Me marchó mañana.

—¿Mañana? —desesperada, confusa, Faith contuvo las lágrimas—. No puedes marcharte. ¿Qué haré sin ti?

—Estarás bien, querida. Ya tienes Elijah Jane, y, desde luego, a Harold. ¿Qué más necesitas?

Harold. Elijah Jane. Las manos empezaron a temblarle y sus rodillas amenazaron con ceder.

¿Qué más necesitaba?

—¿No es eso lo que querías, Faith? —continuó su madre en voz baja, estudiando su rostro—. ¿Elijah Jane y a Harold?

—Yo... sí. Sí, por supuesto. Me ha sorprendido, eso es todo —forzó una sonrisa, besó a su madre y luego empezó a desabotonarse los puños. El vestidor la ahogaba.

Tenía que marcharse—. Me tomaré el resto del día libre. Iremos a celebrarlo.

—Aún no me ha dicho que sí —con una sonrisa maliciosa, Colleen bajó la cremallera del vestido—. Pero lo hará. Por Dios que lo hará.

La voz de su madre sonaba decidida, los ojos le brillaban con determinación.

Esa era la faceta de Colleen Courtland que Faith jamás había visto, que ni siquiera sabía que existía, y la miró como si la viera por primera vez. Su amor por Digger la había hecho fuerte y tenaz. Incluso más hermosa.

Su madre sabía lo que quería, e iba en pos de ello. Quizás ya era hora, comprendió, de decidir qué era lo que de verdad quería ella, lo que realmente necesitaba... y también ir tras ello.

Digger Jones se iba a casar.

Los pasillos de la iglesia estaban atestados. No todos los días asistías al funeral de un hombre y al mes siguiente a su boda. Además, el que Francis Elijah Montgomery, aún Digger Jones para la ciudad de Cactus Flat, se casara con una mujer de la alta sociedad de Boston era algo que había que presenciar para creer.

Flores. Organista. Velas. Digger con un esmoquin negro.

Sam lo veía todo y seguía sin poder creérselo.

—Borra esa estúpida sonrisa de la cara, Sammy —gruño Digger al situarse junto a él—. De lo contrario tendré que estropearle ese traje de pinguino que llevas puesto.

—Ésa no es manera de hablarle a tu padrino. Sonríe a la cámara. Savannah Stone te está sacando una foto.

Digger frunció el ceño ante el súbito fogonazo del flash. La familia Stone ocupaba las dos primeras filas del centro. Incluso estaba la pequeña de cuatro semanas de Annie y Jared, Francine Elizabeth Stone, bautizada así en honor de él.

Bostezando, el bebé se arrebujó en los brazos del orgulloso papá.

Al ver el arrobamiento con el que se miraban sus amigos, Sam frunció el ceño.

Extraño. Nunca había envidiado su felicidad matrimonial.

Admirado, tal vez; pero nunca envidiado.

Maldita Faith Courtland. Antes de que ella apareciera, se había sentido bastante satisfecho, feliz, de hecho, con su vida. Libre para ir y venir como se le antojara.

Nadie a quien dar explicaciones ni de quien preocuparse.

Ahora, no se sentía ni satisfecho ni feliz.

Estaba enamorado.

Lo negó los primeros días después de su partida. Se dijo que sólo quería lo que no podía tener. Desde luego, las noticias habían corrido como la pólvora; la mujer de Sam McCants lo abandonaba apenas unos días después de casarse, y tuvo que soportar las miradas de pena y las palmaditas de simpatía. Por fortuna para él, el regreso de Digger había dominado todos los temas de cotilleo. Aunque varias amigas lo llamaron para ofrecerle sus condolencias y su... confort. Las rechazó a todas.

Había recibido los papeles de la anulación una semana más tarde. Alzó el auricular del teléfono, sin saber si mostrarse furioso con ella o suplicarle que volviera, pero decidió no llamar y emborracharse. Repitió el proceso a la noche siguiente, sólo que en esa ocasión rompió el teléfono y atravesó una pared con el puño.

Iba a casarse con Arnold. No había nada que pudiera hacer al respecto. Incluso había visto el anuncio en un periódico de Boston que por «accidente» Digger había dejado en el mostrador de la cafetería.

Cruzó los brazos y supo que tenía el ceño fruncido, pero no le importó. Que se casara con Howard. ¿A quién demonios le importaba?

Aunque técnicamente, pensó, aún seguía casada con él. Al menos durante otras dos semanas. Si hubiera asistido a la boda de su madre y su padre, la habría visto a solas para recordárselo. Pero Colleen le había dicho que no iba a venir. Alguna tontería sobre una crisis empresarial.

Hasta ahí llegaba la fantasía de que al volver a verlo se arrojaba a sus brazos y reconocía que había cometido un error tremendo... que lo amaba a él y no a ese idiota con el que estaba prometida.

Había tenido muchas fantasías en ese último mes. Los sueños lo acosaban con imágenes de sus ojos azules, su dulce boca y su piel sedosa. Una noche, al no poder dormir, incluso cometió el error de ver una copia del vídeo que Jared le había dado en el que aparecía Faith con Madeline en brazos en la casa de Jake. La observó jugar con la pequeña y la añoró.

¡Maldita sea! Cuánto la echaba de menos... y la deseaba. Y eso sólo conseguía que se sintiera peor.

Giró la cabeza y miró a Carol Sue en la tercera fila. Ella le hizo

unas caídas de ojos y le sonrió como un pescador que acabara de avistar una lubina enorme.

Lo puso todavía más furioso su absoluta falta de interés.

—¿Tienes el anillo? —Digger miró nervioso el reloj, se metió las manos en los bolsillos y volvió a sacarlas.

—Sí.

—¿Dónde está la maldita fotografía?

—Con Colleen en el vestidor.

—¿Firmaste el certificado de matrimonio?

—Pensé que se firmaba después.

—Antes.

—Bien —la organista se puso a tocar y Sam podría haber jurado que Digger palidecía—. Ahora vuelvo.

La oficina del reverendo Winslow estaba vacía y en considerable silencio a tenor de la gente y la música en la iglesia. Un ventilador de techo agitaba el aire cálido y movía los papeles en el escritorio. Sam vio el certificado, se tanteó el bolsillo y recogió una pluma de la mesa del reverendo.

Fue a firmar pero se paralizó al ver el nombre que ya aparecía junto al suyo.

Faith McCants.

Contempló la firma y frunció el ceño. ¿Cómo podía Faith ser testigo? Ni siquiera había venido. Volvió a observar la firma. *Estaba* aquí. Había firmado.

Apretó la pluma. Respiró hondo para calmarse, temiendo salir a toda carrera a la iglesia y estudiar a la multitud hasta localizarla y decirle ante todos que no pensaba dejarla marchar, que era su esposa, en todos los sentidos, y que ya podía acostumbrarse a ello.

—Hola, Sam.

Giró en redondo al oír su voz. Estaba en el umbral. Demasiado atontado para hablar, la miró fijamente.

Llevaba ese bonito vestido de encaje que se había puesto para su propia boda.

Tenía el pelo recogido y unos rizos le enmarcaban la cara. Un pequeño collar de perlas colgaba alrededor de su cuello esbelto. Estaba hermosa.

—Faith —se ordenó mantener la calma y la compostura. Se devanó el cerebro en busca de algo inteligente que decir—. Has venido a la boda —comentario estupendo, realmente brillante.

—No quería perderme la unión de mi madre y mi padre, menos después de veintisiete años —cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella, sosteniendo una carpeta contra su estómago—. ¿Cómo estás,



Sam?

Su primer instinto fue abrazarla y mostrarle cómo se sentía. Pero los instintos eran demasiado peligrosos en ese momento.

—Bien —repuso con voz tensa—, bien. ¿Y tú?

—Bien. Anoche vi a la hija de Jared y Annie. Es preciosa.

—Sí —¿llevaba en la ciudad desde ayer y no había ido a verlo? Se le formó un nudo en el estómago, sintió un dolor en el pecho. Apretó la mandíbula, se dio la vuelta y estampó su firma en el documento.

—Pensé que llamarías —comentó ella en voz baja.

A pesar del juramento de mantener la calma, de enfrentarse a ella sin dejarle saber que su corazón estaba herido, no fue capaz de contener el súbito arranque de cólera. ¿Cómo podía entrar aquí tan sosegada, tan controlada y preguntarle por qué no había llamado?

Con sumo cuidado dejó la pluma en la mesa y se dirigió hacia ella.

—¿Cuándo se te ocurrió que podía llamar? ¿Para devolverte la llamada que...

tú nunca hiciste?

—Iba a...

—¿O quizá cuando leí que tú y Howard habíais puesto fecha a vuestra boda? —

sintió que lo dominaba la frustración—. ¿O tal vez cuando me devolviste los papeles de la anulación? Créeme, no te habría gustado que te llamara entonces.

—Sam, si me...

—¿Qué demonios quieres de mí? —se hallaba a sólo unos centímetros de su cara, debatiéndose por no tocarla, por no abrazarla—. ¿Qué seamos amigos telefónicos? ¿Qué intercambiamos postales en Navidad? Pues olvídate de eso. No soy Arnold, y por todos los demonios que no soy comprensivo.

—¡Sam, por favor! —alzó la voz, algo raro en ella. Cuando dispuso de su atención, volvió a bajarla—. Quiero contigo sobre la anulación.

Un puño helado se cerró en el estómago de Sam cuando vio que sacaba un sobre de la carpeta. Había traído los papeles para que los firmara. Lo invadió la ira.

Ira, amor y desesperación.

Se opondría a la anulación con todas sus fuerzas. Puede que sólo hubiera venido para asistir a la boda de su madre, pero no pensaba dejar que se marchara otra vez. Maldita sea, era suya.

—¿Quieres hablar sobre la anulación? Bien. Hablemos —le quitó el sobre de las manos y lo rompió en dos, luego se lo devolvió—. Fin de la discusión. No pienso firmar los malditos papeles.

Con los ojos muy abiertos, ella contempló el sobre roto.

—No era necesario romperlos.

—Sí que lo era, maldita sea. Muy necesario. No pienso dejar que te cases con Howard —de pronto tuvo una imagen—. ¿Ha venido? Deja que se lo diga en persona

—anheló la oportunidad. Cerró los puños.

—Oh, por el amor del cielo —ella puso los ojos en blanco—. Estoy intentando decirte que nada de eso es necesario.

Ante su tono paciente, algo en él se vino abajo. Quiso sacudirla, que perdiera su maldito control y sintiera un poco de lo que él sentía.

La empujó contra la puerta y le aplastó los labios con la boca. Lo recorrió una oleada de satisfacción cuando ella se fundió en sus brazos. El gemido que soltó hizo que la apretara aún más y profundizara el beso, devorándole los labios con todo el anhelo que había estado acumulándose en él durante las últimas semanas.

—Sam. Para —apretó una mano contra su pecho—. Quiero que leas algo.

—Jamás leo y beso al mismo tiempo —murmuró, pasando a su cuello, recordando ese punto sensible detrás de la oreja—. Por lo general no se considera educado.

Ella tembló, luego se puso rígida y lo empujó.

—Sam. Quiero que leas esto. Ahora.

Con un suspiro, la soltó. Le puso un periódico de Boston en la cara. La sección de sociedad. Se paralizó al ver la foto que aparecía en la parte superior de la página.

Era Faith. Sonreía, y estaba junto a un tipo que parecía recién salido de la tapa de la revista GQ ¿No bastaba con saber que quería casarse con otro que además tenía que verlo en blanco y negro?

Iba a romper el diario cuando captó la segunda mitad del titular.

*...Se Ha Cancelado el Compromiso.*

Abrió el periódico y ojeó el artículo para asimilarlo a toda velocidad.

*Harold Peterson... Faith Courtland... anunciaron ayer... sin dar explicaciones... La señorita Courtland también comunicó que se tomaba unas vacaciones como presidenta de Elijah Jane Corporation.*

Atontado, la miró.

—¿Has cancelado tu compromiso? —ella asintió. Sam se acercó—. ¿Y me dejaste seguir adelante?

—¿Que yo te dejé seguir? —estalló en una carcajada.

Para liberar su frustración, y porque sus labios resultaban demasiado tentadores, la atrajo hacia sí y la besó de nuevo.

¿Cómo demonios se suponía que iban a mantener una conversación si no paraba de besarla?, pensó Faith. Tenía tanto que

quería contarle.

La sangre le latió con fuerza en la cabeza, bloqueando la música de órgano y las voces apagadas de los invitados a la boda. Había tenido terror de venir, insegura de lo que él sentía por ella, o si la rechazaría. Lo había arriesgado todo, su orgullo, su corazón. Pero no le importó. Lo único que importaba era Sam.

Pero cuando esas manos subieron por su cuerpo y sus dedos tantearon la parte inferior de sus pechos, jadeó y se apartó.

—Está a punto de celebrarse una boda —dijo sin aliento.

—Cuéntame por qué cancelaste tu compromiso —preguntó con ojos encendidos por el deseo.

—Ya lo sabes.

—Dímelo tú.

—Mi madre me convenció de que no estaba bien que me casara con alguien a quien no amaba —se apoyó en la puerta y respiró entrecortadamente—. En particular cuando estoy enamorada de otro hombre —él esperó, atravesándola con la mirada—. Estoy enamorada de ti, Sam —ya estaba. Ya lo había dicho, y no había sido tan difícil como había pensado en el vuelo—. Creo que te amé desde el principio. Al menos desde el momento en que me ofreciste tarta de chocolate —él enarcó una ceja

—. Me hacías reír —continuó, pasando una mano por la solapa del esmoquin—, me ponías furiosa. Me hacías sentir, mucho más que lo que nunca me permití. El control era la única defensa contra el dolor, pero contigo carecía de control. Ni emocional ni físico.

Se sonrojó al reconocerlo, pero se había metido hasta el cuello. Tal como le había sucedido en el río, era impotente para parar lo que estaba sucediendo. La única diferencia era que no deseaba hacerlo; esta vez las aguas la salvarían, no la destruirían.

—Desequilibraste mi vida... mi corazón. Y eso fue lo que más me asustó. Tenía la convicción de que me perdería si me permitía amarte —le acarició la mejilla, luego le dio un beso fugaz—. Pero a cambio me encontré a mí misma.

—¿Y Harold?

—Creo que se sintió aliviado, aunque fue demasiado caballero para reconocerlo. Me deseó lo mejor... en realidad, nos deseó lo mejor a los dos —Sam enarcó una ceja y luego miró el sobre que Faith tenía en las manos. Se lo entregó—.

Mira en su interior.

En el sobre roto encontró pequeñas tiras de papel. Cuando la miró sorprendido, ella sonrió.

—Te dije que no era necesario romperlo. Ya lo había hecho yo. Te

amo, Sam. Si me quieres, si me dejas quedarme, te demostraré cuánto.

—¿Si te dejo quedarte? Santo cielo, mujer, estaba a punto de atarte y llevarte a rastras conmigo. En modo alguno voy a permitir que te vuelvas a marchar. Te amo, cariño. Quiero que te quedes y que seas mi esposa. Mi esposa de verdad. La madre de mis hijos.

Un matrimonio de verdad. Hijos. Se arrebujó en sus brazos, demasiado feliz para hablar.

—Esas vacaciones... —comentó mientras le besaba la mejilla, la nariz... ¿de cuánto tiempo disponemos antes de que tengas que regresar a Boston, a Elijah Jane?

Deberemos establecer una especie de compromiso para ir de un sitio a otro cuando se acaben tus vacaciones, pero mientras tanto, no quiero perder ni un sólo minuto.

Ella le enmarcó el rostro con las manos, conmovida y encantada de que la tuviera presente para ofrecerle un compromiso.

—No iré de un lado a otro. Me quedo aquí, contigo.

Sam frunció el ceño y ella vio la confusión en sus ojos.

—Cariño —le aferró las manos y besó sus palmas—, a pesar de lo que deseo que te quedes aquí, sé lo importante que es para ti Elijah Jane. No puedo dejar que lo abandones.

—No voy a abandonarlo, Sam. Digger y yo vamos a abrir una oficina en Cactus Flat. Los ordenadores son asombrosos. Podremos dirigir una nueva división desde aquí mismo, quizá abrir un par de restaurantes en West Texas y Nuevo México.

Supongo que si Digger, mi padre, pudo hacerlo durante tantos años, yo también podré. Además, quiero que nuestros hijos estén cerca de sus abuelos.

—¿Así que Digger ya lo sabe? Supongo que él no tuvo nada que ver en conseguir que viniera aquí a firmar un certificado de matrimonio, ¿verdad?

—Bueno... —empezó ella con expresión maliciosa—... digamos que acordamos que de vez en cuando un poco... de estrategia es necesaria para garantizar el éxito de un proyecto.

—Así que ahora soy un proyecto, ¿eh? Entonces dime, señora presidenta, ¿vas a llevar este proyecto en persona? —le dio un beso suave.

—Todas y cada una de sus fases, con máxima prioridad, señor McCants —rió pegada a su boca. A regañadientes se separó—. A propósito, mi madre me contó que Matilda recibió una herencia de un pariente lejano. Tengo entendido que una buena suma de dinero. Más que suficiente para que su marido vea a ese especialista de Dallas.

—Digger Jones sigue siendo el viejo Digger Jones aquí en Cactus

Flat —sonrió

—. Aunque, entre regresar de los muertos y casarse con una mujer de la alta sociedad de Boston, es lo más próximo a una leyenda —la organista comenzó a tocar la marcha nupcial. Sam acercó a Faith y le susurró al oído—: Cásate conmigo, Faith.

Esta vez de verdad. Sólo por mí.

Ella lo besó, sonrió y repuso en voz baja:

—Pensé que nunca me lo pedirías, vaquero.

**Fin**